



Recuerdos de la Mediumnidad

Ivonne do Amaral Pereira
Ivonne do Amaral Pereira

Adolfo Bezerra de Menezes
Adolfo Bezerra de Menezes

Yvonne do Amaral Pereira

Dictado por el espíritu

Adolfo Bezerra de Menezes

Recuerdos de la mediumnidad

ÍNDICE

Introducción	4
Prólogo	5
I Facultades en estudio	8
II Facultad innata	18
III Recuerdos de vidas pasadas	27
IV Los archivos del alma	48
V Materializaciones.....	66
VI Testimonio.....	78
VII Amigo ignorado	91
VIII Complejos psíquicos.....	102
IX Premoniciones	121
X La obsesión.....	139

Nota del traductor

Con gran placer he procedido a la traducción de este libro, por encargo de la Federación Espírita Española.

Dentro de las novelas de instrucción para los médiums, podemos considerar la presente obra de Yvonne Amaral Pereira como un compendio especializado no sólo en la catalepsia y letargo, sino en el estudio de diferentes casos, todos ellos muy interesantes.

Las abundantes citas a los principales códigos de la Doctrina Espírita, así como los comentarios del Dr. Adolfo Bezerra de Menezes y otros instructores espirituales ilustran sus propias experiencias sufridas a lo largo de su intensa vida como espírita y médium entregada totalmente a la ayuda a los demás y a las actividades doctrinarias.

Espíritu sufrido como ninguno, Yvonne, pudo ser consciente de que sólo a través de la reforma íntima conseguiremos tanto rescatar deudas pasadas como sobre todo, poder evolucionar moralmente, que debe ser el único objetivo que marque nuestras vidas.

Nada conseguiremos asistiendo como simples oyentes a los Centros Espíritas o a frecuentarlos en función de nuestro deseo de resolver situaciones personales o materiales de orden egoísta, a tomar agua fluidificada o a recibir pases o mucho menos como simples espectadores impresionados por los fenómenos mediúmnicos si el Evangelio de Jesús no lo interiorizamos e intentamos llevarlo a la práctica sinceramente en el día a día de nuestras vidas. Nuestro patrón vibratorio no dejará de ser menos denso y además se nos pedirá más, ya que tuvimos la oportunidad de mejorar y no quisimos hacerlo. Si tenemos la oportunidad de poner nuestros “talentos” en marcha ¡hagámoslo desde hoy mismo, mañana es sólo un adverbio de tiempo!

Agradezco a mi esposa, Maribel, la gran ayuda prestada para que este trabajo haya sido realizado y confío que los hispanohablantes que abran sus páginas puedan sentir que leen y comprenden bien en nuestro idioma el contenido de esta maravillosa obra.

Madrid, Febrero de 2009
ALFREDO ALONSO YUSTE

PRÓLOGO

He recibido muchas cartas, especialmente después que salió a la luz mi libro *Investigando lo invisible* donde relaté algo que me sucedió con relación a mi mediumnidad. Los remitentes deseaban que escribiera más sobre el tema, que en un nuevo relato pudiese esclarecer algo más del oscuro campo mediúmnico, olvidando que el mejor relato para la instrucción del espírita y del médium son los propios compendios de la Doctrina, en cuyos textos deben basarse los médiums para ejercer bien su cometido. Confieso, sin embargo, que no hubiera atendido las reiteradas peticiones que hicieron nuestros amigos y lectores si no hubiese recibido la orden superior para que lo intentase, orden que me impulsó a dar publicidad al presente volumen. Como médium jamás actué por libre iniciativa, sino fuertemente accionada por la voluntad positiva de las entidades amigas que me dirigen, pues se que el médium no representa nada por sí mismo y que jamás deberá pretender realizar esto o aquello sin antes valorar si, efectivamente, es influenciado por las verdaderas fuerzas espirituales superiores.

Hace cerca de seis meses que me dijeron mis Instructores Espirituales cuando aguardaba nuevas órdenes para intentar la mediúmnidad psicográfica:

“Explicarás lo que te ocurrió, como médium desde tu nacimiento. No será necesario nada más. Serás asistida por los superiores del Más Allá en lo que expongas, tus recuerdos personales serán seleccionados por ellos y escribirás bajo el influjo de la inspiración”.

Por esta razón aquí está el libro *Recuerdos de la mediumnidad*. Estas páginas no son más que un puñado de recuerdos de mi vida de médium y espírita y podría relatar mucho más de lo que aparece en él. Se podría decir que mi vida fue fértil en dolores, lágrimas y pruebas desde la cuna. Tal como me veo hoy, me considero un vivo testimonio del valor del Espiritismo en la recuperación de un alma para sí misma y para Dios, porque tengo la certeza que no habría vencido en absoluto en la lucha y testimonio que la vida exigía a mis fuerzas, si

desde la cuna no hubiera tenido la protección vigorosa de la Revelación Celeste llamada Espiritismo.

Podría relatar también aquí los recuerdos de las lágrimas amargas que derramé en mis pruebas, las peripecias y humillaciones que me acompañaron en el transcurso de la presente existencia, y a las que la Doctrina Espírita remedió y consoló.

Pero para poder explicar eso sería necesario mencionar o criticar aquellos que fueron los instrumentos para el dolor de los rescates que debí realizar, sin que suponga acusaciones al prójimo como aprendí en los códigos espíritas que me enseñaron el amor, la fraternidad y el perdón.

Ocultando las personas que fueron parte de mi expiación y olvidando sus actos para solamente tratar la sublime parte espírita, aquí dejo el testimonio del perdón, el único que me faltaba por presentar y que mis mentores espirituales me exigen en el presente momento.

Al parecer, el presente libro es la despedida de mi mediumnidad hacia el público ¿tendré todavía otros dictados del Más Allá? Es muy posible que no, casi con total certeza, lo que todavía puede suceder sería la publicación de antiguos temas conservados inéditos hasta hoy, ya que nunca me apresuré a publicar mis producciones mediúmnicas, teniendo en mis archivos trabajos obtenidos del Espacio hace más de veinte años.

Las fuentes vitales que son vehículo de la mediumnidad, como el fluido vital, nervioso y magnético, ya se agotan en mi organización física. El mismo periespíritu se encuentra cansado, traumatizado, exhausto. Los dolores morales, renovados sin interrupción, sin jamás permitir un solo día de verdadera alegría y el prolongado ejercicio de una mediumnidad positiva que se desdobló en todas las áreas de la práctica espírita, agotaron aquellas fuerzas que tienden a disminuir y a extinguirse en todos los médiums después de un cierto tiempo de trabajo. Si así fuese, como me advirtieron mis mentores y yo misma puedo sentirlo, estaré tranquila y segura de que mi deber en el campo espírita fue cumplido entre espinos y luchas y, cerrando mi tarea mediúmnica literaria en la presente jornada, creo que podré orar al Creador diciendo:

“Gracias Dios mío por la bendición de la mediumnidad que me concediste para rehabilitar mi espíritu culpable. La llama inmaculada que me enviaste de lo Alto, con la revelación de los puntos de tu Doctrina, a mi confiados para desarrollarles y aplicarles, te lo devuelvo, al finalizar la tarea cumplida, pura e inmaculada como la recibí: la amé y la respeté siempre, no la adulteré con ideas personales, me renové con ella para servirla, no la ensució haciéndola incentivo de mis propias pasiones, no fui negligente al cultivarla en beneficio del prójimo, porque utilicé para aplicarla todos mis recursos naturales. Perdona Señor, si no pude cumplir mejor el deber sagrado de servirla, transmitiendo a los hombres y a los espíritus menos esclarecidos que yo el Bien que ella misma me concedió”.

Así en el crepúsculo de mi penosa marcha por la Tierra, recuerdo y dejo a los lectores de buena voluntad parcelas de mí misma, en las confidencias que aquí aparecen, patrimonio sagrado de quien nada poseyó en este mundo, ni siquiera un hogar. Y a los amados guías espirituales que me amaron y apoyaron en la jornada espinosa que se acaba, les doy el testimonio de mi veneración.

Río de Janeiro, 29 de junio de 1966

YVONNE A. PEREIRA

I

FACULTADES EN ESTUDIO

Por medio de cuidados prestados a tiempo ¿se pueden reanudar los lazos que están a punto de romperse y volver a la vida a un ser que moriría definitivamente por falta de auxilios?

Sin duda que sí, y cada día tenéis la prueba de ello. Con frecuencia el magnetismo es en este caso un poderoso remedio, porque restituye al cuerpo el fluido vital que le falta, y que no era suficiente para mantener el funcionamiento de los órganos.

El libro de los Espíritus, Allan Kardec, pregunta 424.

Más allá de este interesante tópico del libro mayor de la filosofía espírita, pido permiso a los probables lectores de estas páginas para transcribir el comentario de Allan Kardec situado después de la pregunta arriba expuesta, ya que tengo por norma, aconsejada por los instructores espirituales, basar el relato de mis experiencias espíritas en las enseñanzas que los espíritus revelaron a Allan Kardec. Dice el citado comentario:

“El letargo y la catalepsia tienen el mismo principio, que es la pérdida momentánea de la sensibilidad y el movimiento por una causa fisiológica aún no explicada. Se diferencian en que en el letargo la suspensión de las fuerzas vitales es general y da al cuerpo todas las apariencias de la muerte. En la catalepsia está localizada y puede afectar una parte más o menos extensa del cuerpo, de modo que deja la inteligencia en libertad de manifestarse, lo que impide que se la confunda con la muerte. El letargo siempre es natural, la catalepsia a veces es espontánea, pero puede ser provocada y destruida artificialmente por la acción magnética ¹.

¹ La bibliografía espírita es abundante en referencias a experiencias sobre la catalepsia y el letargo. Su estudio será muy importante para el aprendiz interesado en ellas (nota de la autora).

Respondiendo a una pregunta que hice sobre determinados fenómenos espíritas, el venerable espíritu Adolfo Bezerra de Menezes nos aporta la siguiente lección que ponemos a disposición del lector para su observación y meditación:

–¿Podrías decirnos algo sobre la catalepsia y el letargo ya que lo que conocemos al respecto es poco satisfactorio?

Y la bondadosa entidad respondió:

“Quien atienda al edificante estudio de las Escrituras cristianas encontrará en el Nuevo Testamento en los capítulos IX de San Mateo, V de San Marcos, VIII de San Lucas y XI de San Juan, en la versión del padre Antonio Pereira de Figueredo, una excelente descripción de los fenómenos de catalepsia (quizá los fenómenos sean de letargo, según el análisis del compendio espírita arriba citado) ocurridos en el círculo del Mesías y registrados por los cuatro cronistas del Evangelio, recordando el caso impresionante del hijo de la viuda de Naim, caso que se referiría solo al letargo, o catalepsia.

La ciencia moderna oficial, la medicina, conoce el letargo y la catalepsia y las clasifica pero no se interesa por ellas, tal vez creyendo que no es de su competencia el hecho de curarlas. La ciencia psíquica, sin embargo, así como la Doctrina Espírita, no solo las conocen, si no que se interesan mucho por ellas, ya que las estudian y obtienen de ellas grandes enseñanzas y revelaciones sobre el alma humana, y por eso pueden curarlas y hasta evitarlas, al mismo tiempo que también pueden provocarlas, perfilarlas, dirigir las, orientarlas y extraer conocimientos de ellas para la instrucción científico-transcendente de la humanidad. Si los adeptos encarnados de esa gran revelación celeste –la Doctrina Espírita– no curan en el momento actual las crisis catalépticas del prójimo, que pueden ser provocadas hasta por una obsesión, es porque son raras o ignoradas o porque, lamentablemente, se descuidan de la instrucción doctrinaria necesaria que los habilite para este fin.

La catalepsia, como el letargo, no es una enfermedad física sino una facultad que, como cualquier otra facultad mediúmnica incipiente, incomprendida, descuidada o mal orientada, se vuelve perjudicial para quien la posee. Como el resto de facultades similares, la catalepsia y el letargo también podrán ser utilizada por la mistificación y obsesión de enemigos y perseguidores invisibles, degenerando entonces en un estado enfermizo del llamado periespíritu, tendencia viciosa de las

vibraciones periespirituales para el aniquilamiento que se recogen y cierran en ellas mismas como lo hace una planta sensible al tocarla, negándose las expansiones necesarias al buen funcionamiento del conjunto físico-psíquico, lo que conlleva una *neutralidad* del fluido vital, dando como resultado un estado de anestesia general o parcial, la pérdida de sensibilidad, cuando todos los síntomas de la muerte incluso el inicio de la descomposición física aparecen, y solo la conciencia está vigilante, ya que ésta, chispa de la Mente Divina que anima a la criatura, nunca se detiene en un aniquilamiento, aunque sea momentáneo.

Tanto la catalepsia como el letargo, facultades gemelas, si son espontáneas (pueden ser también provocadas o dirigidas, ya que la personalidad humana es rica en poderes espirituales siendo, como fue creada a imagen y semejanza de Dios) serán por tanto, una especie de vicio que impulsa el hecho, como los casos de animismo en las demás facultades mediúmnicas, un vicio que, más complicado que otros, si no se corrige a tiempo, podrá acarrear consecuencias imprevisibles, tales como la muerte total de la organización física, la locura, dado que las células cerebrales si han sido alcanzadas con frecuencia y por demasiado tiempo, podrán llevar a la obsesión, al suicidio, al homicidio y a graves enfermedades nerviosas: agotamiento, depresión, alucinaciones, etc. Pero, una vez tratadas adecuadamente por la terapia psíquica, se transformarán en facultades anímicas importantes, capaces de grandes realizaciones por encima de lo normal, conforme la práctica lo ha demostrado, proporcionando a los estudiosos y observadores de los hechos mediúmnicos un amplio campo de aclaraciones científico-transcendentales.

Pero, si los espíritas no saben, conscientemente, o no quieren resolver los intrincados problemas ofrecidos por la catalepsia y su hermano gemelo el letargo (los espíritas no se preocupan de esos fenómenos), sin quererlo ni saberlo subsanan su posibilidad de expansión con la práctica general de la mediumnidad común ya que, al contacto con las corrientes vibratorias magnéticas constantes, y con auxilio de las fuerzas vitales características de los fenómenos mediúmnicos más conocidos, aquel vicio, si se convierte en una amenaza, puede ser subsanado, pudiendo no obstante orientar debidamente la facultad cataléptica para fines dignos a favor de la evolución del que la posee o de la colectividad.

Así, el tratamiento magnético a través de los pases, en particular de los llamados pases espirituales, aplicados por médiums y no por magnetizadores, y la oculta intervención eficiente de los maestros de la espiritualidad, han evitado que la catalepsia y el letargo se propaguen entre los hombres como una calamidad, por eso hoy son relativamente raros esos fenómenos. Esta afirmación nuestra también revela que todas las criaturas humanas poseen en germen esas facultades y las podrían dirigir a voluntad, si conocen sus fundamentos ya que ningún hijo de Dios fue agraciado con predilecciones o menospreciado con falta de atenciones por su Creador. De los casos citados en el Evangelio, destaca el de Lázaro por su extraña particularidad. En él observamos un estado cataléptico extremo, espontáneo, con una distensión de los lazos vitales a causa de la enfermedad, es decir, por un hecho patológico, probando el deseo incontenible que el espíritu tenía por dejar la materia e ir al infinito, y donde también se daba que el fluido vital que anima los organismos vivos se hallaba casi extinto y las uniones magnéticas del periespíritu con el cuerpo eran muy frágiles ya que estaban afectadas por la debilidad de las vibraciones y de la voluntad (Lázaro ya olía mal, lo que es frecuente en las crisis catalépticas agudas, incluso las provocadas, pudiendo la persona ser sepultada viva antes de convertirse en un cadáver real) era preciso el poder restaurador de un alma virtuosa como la de Jesús para imponerse al hecho, sustituyendo células corrompidas, renovando la vitalidad animal y fortaleciendo las uniones magnéticas con la acción de su poderoso magnetismo.

En el caso de la hija de Jairo y en el del hijo de la viuda de Naín, las fuerzas vitales estaban como anestesiadas por la debilidad física producto de la enfermedad, pero no en el mismo grado que en el caso de Lázaro. En este las fuerzas vitales ya se encontraban en avanzada desorganización y, si no hubiese sido por la ayuda de las uniones magnéticas, todavía aprovechables, y por las reservas vitales mantenidas por el periespíritu en las constituciones robustas (el periespíritu actúa como reserva de fuerzas vitales y las uniones magnéticas son los agentes transmisores que sustentan la organización física), si no hubiera sido por las citadas reservas, Jesús no le habría curado porque habría sido imposible.

Muchos hombres y niños han muerto así, y si eso ocurre antes del momento previsto por la programación de la Ley de Creación una

nueva existencia como encarnados les reclamará para cumplir los deberes asumidos y así continuar su propia evolución.

Se preguntará posiblemente el lector:

—¿Por qué eso no es posible bajo la armoniosa ley de la Creación?
¿Qué culpa tiene el hombre de sufrir esos accidentes si no los provoca él y suceden en la mayoría de los casos, ajenos a su voluntad?

La respuesta sería:

Tales accidentes son propios del camino de la evolución, y mientras el hombre no se integre en su condición de ser divino, vibrando satisfactoriamente en el ámbito de las expansiones sublimes de la naturaleza, estará mecánicamente sujeto a ese y a otros problemas. Para la ley de Creación lo que llamamos muerte es un fenómeno natural, sin la importancia que los hombres le atribuyen, excepto en los casos de suicidio u homicidio. La muerte natural en muchos casos, es un accidente fácil de reparar y no se considera de la forma anormal que el ser humano lo hace.

Por eso, siendo la catalepsia y el letargo una facultad, patrimonio psíquico de la criatura y no una enfermedad propiamente dicha, se puede entender que no siempre implica inferioridad para el que la posee, ya que una vez entrenadas, ambas pueden prestar magníficos servicios a la causa del Bien, como lo hacen las demás facultades mediúnicas que, sin adiestrar, sirven de pasto a obsesiones terribles que son perjudiciales para la sociedad, y que, por el contrario, bien entrenadas y dirigidas alcanzarán resultados sublime.

No se puede afirmar, por tanto, que el hombre, o su mente, voluntad o pensamiento están libres de responsabilidad en el caso que tratamos, tanto en su acción negativa como en la positiva, es decir, tanto en las manifestaciones perjudiciales como en las beneficiosas.

Un espíritu encarnado, por ejemplo, evolucionado o con buena voluntad, dueño de sus vibraciones, puede caer en trance letárgico o cataléptico, voluntariamente ², ir al espacio para disfrutar más inten-

² Esos trances son frecuentes por la noche, durante el sueño y, en muchas ocasiones, la persona no es consciente de ellos, o los percibe vagamente. Entre los espiritualistas orientales es un hecho común, ya que ellos cultivan amorosamente los poderes de su alma.

samente de la convivencia con los amigos espirituales, dedicarse a estudios profundos, colaborar con el bien y después volver a la carne, más reanimado y útil para otras tareas. Pero también, hombres comunes o inferiores pueden caer en los mismos trances, convivir con entidades espirituales inferiores como ellos y volver obsesionados, predispuestos a las malas acciones e incluso inclinados al homicidio o al suicidio.

Un desequilibrio vibratorio puede tener varias causas, siendo una de ellas el suicidio en una existencia anterior. Un trastorno vibratorio agudo puede ocasionar un estado patológico, un trance cataléptico, como le sucede al médium que se despreocupa de su higiene mental o moral (bajada de vibraciones y por eso, trastorno vibratorio) y da entrada a las mistificaciones del animismo y a la obsesión. En este caso, el trance cataléptico se presentará como enfermedad grave, aunque no lo sea en sí, y se interpretará como ataques incurables, difícilmente diagnosticables, etc.

El alcohólico podrá renacer predispuesto a la catalepsia, porque el alcohol vició sus vibraciones, anestesiándolas, como también sucede con los drogadictos, todos ellos considerados suicidas por los códigos de la Creación. En ambos casos, la terapia psíquica bien aplicada, sobre todo la renovación mental que influye poderosamente en el sistema de vibraciones nerviosas, tendrá excelentes efectos para corregir el trastorno.

La actuación espírita, propiamente dicha, abrirá nuevos horizontes para el futuro de ese trastorno, que podrá evolucionar para su justo plano de facultad anímica. Y todo eso, formando parte de una expiación, porque es el efecto grave de causas graves, también marcará el estado de evolución ya que, si el individuo fuese realmente superior, estaría exento de padecer los contratiempos que hemos descrito.

Recordemos que la catalepsia y el letargo una vez bien entendidos y dirigidos, sea por los hombres o por los espíritus superiores, se transforman en preciosas facultades, aunque raras y peligrosas, ya que pueden provocar el desenlace físico de la persona, si no tuviese la existencia espiritual que le proteja de posibles accidentes.

El letargo se presta más a la acción de su poseedor en el plano espiritual. Al despertar, la persona traerá solo intuiciones, en ocasiones útiles y preciosas, de las instrucciones que recibió y su aplicación

en el plano terrenal. Es una facultad común de los genios y sabios, sin que suponga un privilegio y actúa incluso sin que ellos lo noten, porque se produce durante el sueño y bajo la vigilancia de los espíritus encargados del caso.

Esos fenómenos solo consisten en la acción magnética que anestesia las fuerzas vibratorias hasta el estado agudo y anula, por así decirlo, los fluidos vitales, ocasionando la llamada muerte aparente al suspender momentáneamente la sensibilidad, las corrientes de comunicación con el cuerpo carnal, como ocurre en el fenómeno espontáneo, solo que en este tipo de fenómeno puede influir un agente espiritual oculto, de categoría elevada o inferior. Si el fenómeno espontáneo se presenta frecuentemente, de manera obsesiva, la curación será moral y psíquica, si la persona se acerca a los principios nobles del Evangelio y al desarrollo de su facultad bajo normas espíritas o magnéticas, hasta que aparezca en el campo mediúmnico.

Hay casos en que un experimentador consciente retira la posibilidad o causa de tales acontecimientos, y la persona vuelve a su estado anterior. Pero sólo el desarrollo pleno de la facultad, es lo que conscientemente, restituirá a la persona el equilibrio de sus funciones psíquicas y orgánicas. El tratamiento médico con fármacos, alcanzando el sistema neurovegetativo, fortaleciendo el sistema nervioso con tónicos reconstituyentes, etc., será también de una importancia valiosa, ya que la escasez de fluidos vitales podrá incentivar el acontecimiento, dándole carácter de enfermedad.

Debemos advertir que tales facultades, relativamente raras al no ser desarrolladas, actúan preferentemente en el plano espiritual con el médium encarnado bajo la dirección de los vigilantes espirituales, al ser un campo apropiado el mundo espiritual para que sea operativo, convirtiéndose entonces su poseedor en un valioso colaborador de los obreros del mundo invisible en numerosas actividades en beneficio de la humanidad, encarnada o desencarnada.

Entre los hombres, la acción de esos médiums tendrá menos eco, pero si saben encauzar las intuiciones que tienen al despertar, se llegarían a alcanzar grandes logros también en el plano terrenal.

Las enseñanzas contenidas en los códigos espíritas, la advertencia de los elevados espíritus que los han organizado y la práctica del Espiritismo, demuestran que ninguna persona debe provocar a la fuerza

el desarrollo de sus facultades mediúnicas, por que sería contra-productante, provocando nuevos fenómenos psíquicos y no propiamente espíritas, como la auto sugestión o la sugestión ejercida por las personas presentes en el recinto de los experimentos, la hipnosis, el animismo o el personalismo, como el sabio doctor Alejandro Aksakof clasifica el fenómeno, distinguiéndole de los denominados *efectos físicos*.

La mediúmnidad debe ser espontánea por excelencia para que fructifique con seguridad y brillantez y será en vano intentar atraerla antes del momento adecuado. Esa impaciencia provocará, insistimos, fenómenos de autosugestión o el llamado *animismo* o *personalismo*, es decir que la mente del propio médium provoca comunicaciones que parecen provenir de espíritus desencarnados. Existen mediumnidades que se revelan desde la cuna y estas son las más seguras, las más positivas, fruto de largas etapas reencarnatorias durante las cuales sus poseedores han ejercido actividades destacables, desarrollando de esta forma fuerzas del periespíritu, sede de la mediúmnidad, vibrando intensamente en uno u otro sector de la existencia, y adquiriendo así una capacidad vibratoria adaptada al fenómeno. Otras existen todavía en formación (fuerzas vibratorias frágiles, incompletas, los llamados *agentes negativos* que nunca llegarán a completarse en una existencia y que mezclarán injertos mentales del propio médium en cualquier ocasión que lo intente, dándose también la posibilidad de la pseudo-perturbación mental, obligando a su ingreso en centros de salud u hospitales psiquiátricos, si fuese el caso de personas desconocedoras de las ciencias psíquicas. Por otro lado, ese tratamiento será balsámico e incluso necesario en la mayor parte de los casos, ya que tales crisis suelen sobrecargar las células nerviosas de la persona y consumir un gran porcentaje de fluidos vitales, etc. etc.

Ya que dispongo en mi clínica espiritual de hechos interesantes que se pueden aplicar a este tema que nos ocupa, expondré aquí algunos de ellos para el estudio y análisis de los hechos espíritas, invitando al lector a meditar sobre ellos, ya que el espírita necesita profundamente instruirse sobre los fenómenos y enseñanzas presentados por la ciencia trascendente que se hizo adepto, ciencia inmortal que no debe sufrir el abandono de las verdaderas atenciones del sentido y la razón.

Firmado Adolfo Bezerra de Menezes

Por mi parte conozco personalmente, hace algunos años en la ciudad de Barra Mansa, en el estado de Río de Janeiro, en la época en que ejerció allí sus funciones espíritas, al eminente médium y orador evangélico Manuel Ferreira Horta (Zico Horta) y a una médium cataleptica llamada cariñosamente *Chiquita* era una joven de diecinueve años hija de una respetable familia y con una esmerada educación. Su facultad se presentó inicialmente en forma de enfermedad con prolongados ataques que desafiaron todos los tratamientos médicos empleados en su curación.

A petición de la familia, fue observada y hábilmente dirigida por aquel lúcido espírita, lo que la convirtió en una médium de admirables posibilidades, con una insólita facultad cataléptica que le permitía la incorporación de entidades sufridoras e ignorantes para ser esclarecidas.

En veinte minutos la médium presentaba los diversos grados de catalepsia, incluso el estado cadavérico posterior a las veinticuatro horas después de la muerte así como los síntomas de inicio de la descomposición, con placas verduscas por el cuerpo y el desagradable olor común a los cadáveres que entran en descomposición.

Otras veces en el primer o segundo grado del trance, transmitía verbalmente las recetas que le dictaban las entidades médicas invisibles que le atendían, obteniendo, de esta forma, excelentes curas para los numerosos enfermos que acudían a la antigua “Asistencia espírita Bittencourt Sampaio”, dirigida por Zico Horta. Describía hechos que veía en el espacio, transmitía instrucciones de espíritus sobre determinados asuntos, penetraba el cuerpo humano con visión espiritual y sus diagnósticos eran muy seguros y fiables, al reproducir verbalmente lo que oía, en espíritu, a los médicos desencarnados.

El tono de voz con que se expresaba era grave y pausado y su apariencia física era cadavérica: rigidez impresionante, enfriamiento del cuerpo, amoratamiento de los tejidos carnales, hasta de la uñas, rostro abatido y triste como un cadáver, ojeras profundas. Lo mismo sucedía al médium Carlos Mirabelli que en breves instantes alcanzaba el grado de descomposición, hasta tal punto que las personas asistentes a la reunión, soportaban penosamente el olor fétido que exhalaba hasta que el trance cambiaba de nivel, en escala descendente,

haciéndole despertar. Al parecer en este caso la catalepsia era completa. Ninguno de los dos recordaba nada al despertar.

Una vez expuesto lo anterior me sentí animada a describir en estas páginas algunos acontecimientos fuera de lo normal que me han afectado en mi vida. Que el amable lector juzgue por sí mismo y deduzca hasta donde puede llegar el intrincado misterio de la mediumnidad, porque esta facultad es todavía misteriosa para muchos de nosotros que solo conocemos los efectos sorprendentes, es decir la primera parte de sus extraños poderes.

Quiero puntualizar que, para la descripción de los fenómenos ocurridos conmigo utilizaré la primera persona del singular y para la primera parte de cada capítulo es decir, para los análisis y exposiciones obtenidas por las intuiciones provenientes del dirigente espiritual de la presente obra, Bezerra de Menezes, utilizaré la primera persona del plural, diferenciando de esta manera las dos facetas del presente libro.

II

FACULTAD INNATA

“Todos lloraban y se lamentaban con pena. Jesús, sin embargo, les dijo: no lloréis que la joven no está muerta, duerme.

Entonces Jesús, tomando su mano, le dijo en voz alta: ‘Talita, kumé’ (muchacha ¡despierta!). Entonces su alma volvió al cuerpo y ella se levantó. Y Jesús ordenó que la diesen de comer”.

Mateo cap. 9 V. 18 a 20; Marcos cap. 5 V. 22-43; Lucas cap. 8 V. 41-56.

“En el letargo el cuerpo no está muerto, hay funciones que continúan ejecutándose. Su vitalidad se encuentra en estado latente, como en la crisálida, pero no está anonadada, y el espíritu permanece unido al cuerpo mientras este vive”

Allan Kardec, *El Libro de los Espíritus*, pregunta 423.

De un libro de memorias, que nuestros dirigentes espirituales, nos aconsejaron escribir, extraemos las siguientes páginas, ofreciéndolas a la meditación del lector pues jamás debemos despreciar hechos auténticos que atestigüen la verdad espírita. El escribirlas supuso un gran desahogo, pues fueron tanto los hechos espíritas que rodearon nuestra vida desde la infancia que, en verdad, nuestra conciencia nos acusaría si las conservásemos solo para deleite de nuestros recuerdos:

Creo que nací ya médium desarrollada, pues jamás busqué la facultad mediúmnica. Algunas de estas aptitudes se presentaron ya en mi primera infancia: la videncia, audición y hasta el desdoblamiento del cuerpo astral, con un curioso fenómeno de muerte aparente.

El primer fenómeno mediúmnico que sucedió conmigo fue a los veintinueve días de haber nacido. Vine al mundo la noche del veinticuatro de diciembre y el veintitrés de enero durante un súbito acceso

de tos en el que me ahogué, quedé como muerta. Todo indica que en una existencia anterior había muerto ahogada por suicidio y aquella asfixia en mi primer mes de vida solo sería uno de los muchos complejos que acompañan al espíritu del suicida, incluso ya reencarnado, recuerdos mentales y vibratorios que normalmente le traumatizan por largos periodos.

Durante seis horas permanecí con rigidez cadavérica, el cuerpo amoratado, el aspecto abatido y macilento del cadáver, los ojos hundidos, la nariz afilada, la boca cerrada y el mentón endurecido, fría, sin respiración ni pulso.

El único médico y el farmacéutico de la localidad –una pequeña ciudad del sur del estado de Río de Janeiro, hoy llamada Río de las Flores, pero entonces se denominaba Santa Teresa de Valencia– me examinaron y constataron la muerte por asfixia, a falta de otra más lógica, emitiendo legalmente el certificado de defunción.

Mi abuela y mis tías me amortajaron para el entierro por la tarde, ya que la “defunción” se había producido bien temprano en la mañana. Yo acababa de llegar a mi familia y por eso, al parecer, “mi muerte” no conmovía a nadie ya que había veintiocho personas en la residencia rural de mi abuela materna, donde yo había nacido, al haber venido toda la familia para reunirse por la Navidad y Año Nuevo, y ninguno expresaba pesar por el acontecimiento, muy al contrario de lo que ocurrió en la residencia del fariseo Jairo, hace casi dos mil años...

Me vistieron de blanco y azul como a un “Niño Jesús” con una túnica de satén con encajes plateados, cintas y estrellitas y me adornaron la frente con una corona de rosas blancas. Llovía torrencialmente y el tiempo había refrescado en aquella ciudad de veraneo. El velatorio, una mesa con manteles bordados, velas y el tradicional crucifijo estaba preparado solemnemente para mí en la sala de visitas.

Ni mi madre lloraba, pero ella no lo hacía porque no creía que yo estuviese muerta. Se opuso terminantemente a que me expusieran en la sala y encargasen el ataúd. Para no contrariarla, me dejaron en la cuna, pero encargaron el pequeño ataúd, blanco con estrellitas y cintas doradas... Mi madre cuando habían pasado seis horas de encontrarme en aquel estado insólito, siendo todavía católica en aquel tiempo y viendo que se aproximaba la hora del entierro, se retiró a un aposento solitario de la casa encerrándose en él con un cuadro de María, Madre

de Jesús y una vela encendida. Se postró de rodillas allí, sola, e hizo esta invocación, concentrándose en rezos durante una hora:

“María Santísima Santa Madre de Jesús y nuestra, tú que también fuiste madre y pasaste por la aflicción de ver padecer y morir a tu Hijo bajo los pecados de los hombres, oye mi petición angustiada y atiéndela Señora por el amor de Tu Hijo: si mi hija está realmente muerta, puedes llevarla devuelta con Dios, porque me resigno a la ley inexorable de la muerte. Pero si como creo, está viva, solo sufriendo un trastorno cuya causa ignoramos, ruego tu intervención a Dios Padre para que vuelva en sí, para que no sea sepultada viva. Y, como prueba de mi reconocimiento por ese gran favor que me haces, yo te la entregaré para siempre ¡renunciare a mis derechos sobre ella desde este momento! Y sea cual sea el destino que la espere una vez vuelva a la vida, estaré serena y confiada porque quedará bajo tu protección”.

Muchas veces en mi infancia, mi madre me contaba ese episodio de nuestra vida con una sonrisa de satisfacción, repitiendo muchas veces la oración anterior inventada por ella en ese momento y unida al Padre Nuestro y al Ave María e, igualmente, con una sonrisa me decía, poniéndome yo muy contenta por eso:

–Yo no tengo nada contigo... tu perteneces a María, Madre de Jesús...

Al retirarse del aposento donde se mantuvo en contacto con lo Alto, mi madre se acercó a mi cuerpo pequeñito, que continuaba inmerso en catalepsia, y me acarició repetidas veces cariñosamente con las manos como si transmitiese energías nuevas a través de un pase. Entonces, un grito estridente, angustioso, acompañado de un llanto inconsolable de niña, sorprendió a los presentes.

Mi madre, vehículo probable de los favores caritativos de María de Nazaret, me levantó de la cuna y me quitó la mortaja, comprobando que la guirnalda de rosas me había herido un poco en la cabeza.

Las velas que tenían que haber alumbrado mi cadáver se retiraron y apagaron, se despojó el velatorio de los solemnes manteles bordados, el crucifijo volvió al oratorio de mi abuela y la funeraria recibió de vuelta el ataúd de “angelito” porque yo había revivido para los testimonios que, por justicia, fuesen probados por mí, como espíritu

rebelde que había sido en el pasado... y había revivido bajo la dulce influencia maternal de María, Madre de Jesús.

Recordando ese patético episodio de mi vida, tantas veces contado por mis familiares, prefiero tomarlo como una señal además del fenómeno psíquico: al ingresar en la Tierra para una encarnación expiatoria, yo tenía que morir para mí misma renunciando al mundo y sus atracciones, para resucitar mi espíritu muerto en pecado, a través del respeto a las leyes de Dios y al cumplimiento del deber, en otro tiempo atrás vilipendiado por mi libre albedrío.

No obstante, el hecho citado ¿Qué podría ser sino la facultad que venía conmigo de otras etapas antiguas, el fenómeno mediúmnico que todavía transcurre hoy en trances idénticos al expuesto cuando, me veo acompañando a los mentores, en espíritu, para ayudar a los que sufren en la Tierra y en el Espacio y asisto, bajo su influencia vibratoria mental, a los dramas del mundo invisible que más tarde son descritos en historias y novelas?

A los cuatro años de edad ya me comunicaba con espíritus desencarnados por la visión y la audición, les veía y hablaba con ellos. Yo creía que eran seres humanos, ya que les percibía con esa apariencia y me parecían todos muy reales, vestidos como cualquier hombre o mujer. En mi opinión de entonces, eran personas de la familia y por eso, quizás nunca me sorprendí con su presencia. Uno de esos personajes me era particularmente querido: yo le reconocía como padre y como tal lo expresaba a todos los de la casa, con naturalidad, creyendo realmente que era mi padre y amándole profundamente. Más tarde, ese espíritu se convirtió en mi principal asistente, ayudándome a vencer mis pruebas y siendo mi orientador en los trabajos realizados por mí como espírita y médium. Se trataba del espíritu Charles, conocido posiblemente por el lector a través de dos obras dictadas por él a través de mi psicografía: *Amor y odio* y *En las vorágines del pecado*.

Durante mi primera infancia, ese espíritu me hablaba muchas veces con autoridad y energía, así como la entidad Roberto, quizás conocido por el lector en las obras *Dramas de la obsesión* de Bezerra de Menezes y *Memorias de un suicida*, donde era el médico español Roberto de Canalejas y que habría vivido en España a mediados del siglo XIX.

Todavía me acuerdo que muchas veces sentada en el suelo jugando con las muñecas, veía a Roberto sentado en una silla que estaba en la misma habitación. Él se inclinaba apoyaba los codos en las rodillas y sujetaba su cara con las manos en una actitud muy humana y así, tristemente, pues era un espíritu triste, me hablaba con dulzura y yo le respondía. No se si las conversaciones serían telepáticas o verbales, solo se que eran reales. Pero no puedo recordar el contenido de las mismas. Además, todo me parecía muy natural y, como niña que era, no me preocupaba de retener en mi memoria el tema de aquellas conversaciones.

Yo distinguía esa entidad perfectamente, vestido como los hombres del siglo XIX, con ojos grandes y vivos, muy profundos, cabellos abundantes y crecidos en la frente, una pequeña barba rodeando el rostro que terminaba suavemente en punta, en el mentón, y un bigote espeso. Se podría decir que era una persona enferma, pues tenía un semblante enjuto y facciones abatidas, manos descarnadas y muy blancas. Ese era el espíritu compañero de mis existencias pasadas a quien me unen poderosos lazos espirituales, a quien hice mucho daño y por quien me sometí a las duras pruebas que me afligieron en este mundo, con la esperanza de obtener el perdón de la ley de Dios por el mal practicado en otro tiempo.

A los ocho años de edad, se repitió el fenómeno del desprendimiento parcial que llamamos *muerte aparente*, siempre espontáneo y que de los dieciséis años en adelante se hizo, por así decirlo, normal en mi vida, iniciándose entonces una serie de exposiciones espirituales que dieron como resultado las obras literarias recibidas por mí del más Allá a través de la psicografía auxiliada por la visión espiritual superior.

Al repetirse el fenómeno a los ocho años recibía a través de él, en cuadros doctrinales descritos con la misma técnica utilizada para la literatura mediúmnica, el primer aviso para dedicarme a la Doctrina del Señor y también de lo que sería mi vida de pruebas, exponiéndome eso de forma sencilla, para que mi comprensión infantil lo pudiese entender. Quien conozca la vida de la célebre heroína francesa Juana de Arco y reflexione sobre ciertos detalles que rodean su mediumnidad, comprenderá fácilmente que las entidades espirituales que se

comunicaban con ella, y a las que atribuía los nombres de los santos que ella veneraba, cuyas imágenes estaban en la pequeña iglesia de Domremy, su tierra natal, comprenderá también lo que más tarde expondré, pues el fenómeno espírita jamás se dará aislado o será exclusivo de una sola persona ya que la técnica para que se produzca es idéntica en todas partes y a cualquier edad, en lo que se refiere a los operadores espirituales.

Juana había crecido desde pequeña amando a aquella iglesia y a las imágenes que en ella había Santa Catalina, Santa Margarita y san Miguel. Y al creer que las imágenes representaban aquellas almas elegidas que en su opinión disfrutaban de la bienaventuranza eterna, confiaba mucho en ellas y estaba segura que siempre le brindarían su amor y protección. Pero lo cierto era que las entidades celestes que se mostraban y hablaban con ella eran sus propios mentores o los guardianes espirituales del pueblo francés, como Santa Genoveva, San Luis y Carlomagno, que tomaron la apariencia de aquellas imágenes para infundir confianza y respeto en aquel corazón heroico, capaz de realizar hechos importantes que iban a repercutir incluso más allá de las fronteras de Francia. Así mismo, nada impediría, que las visiones de Juana fuesen realmente materializaciones de los espíritus de aquellas imágenes de la Iglesia de Domremy, en el caso que Santa Catalina y Santa Margarita hubiesen realmente existido. En cuanto a San Miguel, citado en el Viejo Testamento por los antiguos profetas, tenía esa credencial para su propia identidad. El acontecimiento además, es normal en los anales espíritas y el caso de Juana no es único en la historia de las apariciones, aunque sea de los más bellos y positivos de los que tenemos noticia.

De esta manera, a mis ocho años pasó algo parecido, aunque con carácter muy restringido y particular en condiciones de videncia diferentes de lo ocurrido en Domremy, pero basado en los mismos principios.

En aquella época yo vivía en la ciudad de Barra de Piráí, en el estado de Río de Janeiro y frecuentaba el estudio del catecismo de La Doctrina Católica Romana en la iglesia de Santa Ana, al lado de la cual residía. Mis padres ya se habían hecho adeptos al Espiritismo (mi padre ya era espírita antes que yo naciese) permitiendo no obstante, que yo acudiese a la catequesis, como era normal en el pasado en las familias espíritas. Aquel templo católico, con sus vidrieras sugestivas,

sus campanas con un sonido muy armonioso y el hermoso jardín que le rodeaba, ejercía una suave impresión en mi sensibilidad y la dulce poesía que se desprendía de todo aquello encantaba a mi corazón. Yo veneraba aquel ambiente y hoy comprendo que entonces me sentía como protegida por aquella Santa Ana, que me era tan familiar y por Nuestra Señora de la Concepción, a la que yo tenía la satisfacción de coronar, vestida de ángel, en las fiestas del mes de mayo. Y las imaginaba formando parte de nuestra familia, porque decían de ellas mis abuelas:

–Santa Ana es nuestra abuela y Nuestra Señora es nuestra madre, por lo que tenemos que respetarlas y pedir su bendición todos los días...

Pero, sobre todas las imágenes que había en aquel templo, la que más me impresionaba y conmovía era la del Señor de los Pasos, de rodillas y con la cruz sobre los hombros. Yo amaba aquella imagen que infundía profundas sugerencias en mi alma, y a veces lloraba a su lado, porque las abuelas decían:

–Él padeció y murió en la cruz para salvarnos... Tenemos que amarle mucho...

Me reconfortaba besar un extremo de su túnica o un ángulo de la cruz y le ofrecía muchas veces una humilde flor, con la que quería testimoniarle mis sentimientos, sintiendo una gran tristeza en mi corazón en esos momentos.

La imagen estaba sobre unas andas en la Capilla Mayor, y no en el altar, al no haber sitio para ella en ningún otro lugar del templo. Ya en esa época yo era una niña infeliz, pues el sufrimiento, como hemos visto, me acompañaba desde mi nacimiento y yo sufría no solo la tristeza de mi vida anterior, de la que me acordaba, sino también la insatisfacción en mi hogar que me resultaba extraño, como veremos más adelante. Entre las muchas angustias que me afligían entonces se destacaba el temor que sentía por uno de mis hermanos que, como suele suceder en las familias numerosas, me pegaba frecuentemente por cualquier motivo en nuestros juegos y travesuras. Esto me hacía sentir muy mal y me aterrorizaba, dado que quizás mi excesiva sensibilidad exageraba y me consideraba casi como una mártir, sintiéndome acosada en mi propia casa.

Una noche, inesperadamente, se produjo un fenómeno de *transporte en cuerpo astral* con la característica de muerte aparente. Afortunadamente para todos en casa, ocurrió en la madrugada, lo mismo que ocurre ahora en la edad adulta, y solo fue notado por la anciana señora que dormía con nosotros y que había sido testigo del primer fenómeno, cuando apenas tenía un mes de vida.

Se puso a rezar el rosario, con miedo a despertar a los demás y creyó que era un ataque de parásitos, por lo que me dio a oler vinagre. Como vio que esto era inútil para remediar la situación prefirió orar, lo que realmente fue una gran ayuda para el trance. Al día siguiente, el hecho fue conocido por todos, inclusive por mí misma, que lo recordaba como un sueño muy lúcido.

Durante el fenómeno me vi en el interior de la iglesia delante de la imagen del Señor de los Pasos como hacía habitualmente cuando estaba despierta con la diferencia que ahora estaba al lado de los escalones que subían a la capilla mayor.

El hermano que cité antes me estaba maltratando y pegando furiosamente, destrozando mi ropa y tirándome del pelo. Al sentirme aterrorizada, como siempre, en un momento dado pedí ayuda al Señor. Entonces vi a la imagen salir de las andas con la cruz a cuestas, bajar hacia mí con la mano extendida y decirme bondadosamente:

–“Ven conmigo hija mía... Será el único recurso que tendrás para soportar los sufrimientos que te aguardan...”.

Cogí su mano y me apoyé en ella, subiendo hacia la capilla mayor... Y no me di cuenta de nada más. La visión no se me olvidó nunca, y su recuerdo supone hasta hoy, un gran consuelo para mi corazón.

Efectivamente, a lo largo de mi presente existencia se han producido grandes pruebas y testimonios, mares de lágrimas, que no me han permitido un solo día de alegría en este mundo. Pero desde muy pronto me había fortalecido para las luchas pues en esa edad leí mi primer libro espírita. Es cierto que no puede asimilarse debidamente, pero lo leí hasta el final aunque su estilo de literatura clásica me confundiese. Pero el tema principal, la técnica espírita, revelando el fenómeno de la muerte de un personaje, me llegó profundamente al corazón y lo comprendí perfectamente. Ese libro era la novela *Marieta y Estrella* del médium Daniel Suárez Artazu, en Barcelona, España, en

el año 1870 y su primer capítulo *El primer día de un muerto* fue para mí como un llamamiento para los temas espíritas.

Y de esta forma fue como la Doctrina del Señor, la esperanza en Su justicia, la fe y la paciencia que siempre me impulsaron para el Espiritismo, a la par que cultivaba la mediumnidad que reconocí tener desde mi tierna infancia, me hicieron lo bastante fuerte para dominar y superar hasta ahora las dificultades que vinieron conmigo en esta reencarnación expiatoria, como resultado de un pasado espiritual no armonizado con el bien.

III

RECUERDOS DE VIDAS PASADAS

“¿Cuánto más grave es el mal, tanto más enérgico debe ser el remedio. El que mucho sufre, debe reconocer que mucho tenía que expiar y debe regocijarse con la idea de su próxima cura. De él depende, a través de la resignación, convertir en provecho su sufrimiento y no estropear el fruto con sus impaciencias, ya que, por el contrario, tendrá que comenzar de nuevo”.

Allan Kardec, *El Evangelio según el Espiritismo*, cáp. 5, ítem 10

Muchos amigos nuestros, personalmente o a través de las cartas que nos escriben, solicitan información sobre la reencarnación del prójimo en general y, en particular, de ellos mismos.

Nada podemos, sin embargo, añadir sobre el tema más de lo que hicieron los espíritas que organizaron los códigos del Espiritismo. Si, como se ha dicho, la ley de Creación encubrió nuestro pasado espiritual, será porque su conocimiento no aportaría ventajas para nuestro progreso, es más, podría perjudicarlo, como fue señalado por Allan Kardec y sus colaboradores.

Sin embargo, la observación de sabios investigadores de las propiedades de la personalidad humana, y la práctica de los fenómenos espíritas, nos trae ejemplos de que no siempre el velo del olvido cubre totalmente nuestra memoria normal, apagando los recuerdos de vidas anteriores, pues es cierto que de vez en cuando surgen personas que recuerdan hechos de sus vidas pasadas, que, una vez cuidadosamente investigadas, resultan ser verdaderas, y, en la mayor parte de los casos o en su totalidad, revelan tanta lógica y firmeza en su narración, que sería imposible no creerlas sin demostrar desprecio por la honestidad del prójimo. Por otra parte, el fenómeno del recuerdo de vidas pasadas parece más extraño de lo que realmente es, ya que podemos tener extrañas reminiscencias sin saber que son nuestro pasado espiritual manifestándose tímidamente en nuestras facultades, además, la mayor

parte de las personas que las recuerdan, sin conocer el Espiritismo, sufren su presión sin saber realmente de qué se trata, y por eso no comparten con otros su experiencia.

El espíritu de Bezerra de Menezes en recientes comunicaciones, indica que en los manicomios terrestres existen muchos casos de supuesta locura que no son más que estados agudos de excitación del subconsciente recordando existencias pasadas tumultuosas o criminales, produciendo remordimientos en el presente, sucediendo lo mismo con la obsesión, que bien podría ser un cúmulo de recuerdos del pasado ennegrecido por los errores cometidos, recuerdos que la víctima de ayer indebidamente recompone, convirtiéndose en el verdugo de hoy.

Muchos de los llamados locos así como ciento número de obsesionados, acostumbran a afirmar que fueron tal o cual persona en otra vida y que hicieron esto y lo otro, describiendo a veces actos deplorables.

Pudiera ser que tales relatos no sean más que reminiscencias, quizás desfiguradas por alguna circunstancia casual, de un pasado que aflora en el presente entre choques traumáticos, produciendo una alteración nerviosa y mental.

La ley divina que rige la condición del ser encarnado en la Tierra, estableció el olvido de las vidas pasadas por considerar que es lo más conveniente para la mayor parte de las criaturas, siendo eso lo normal en las personas, ya que, el hecho de recordarlas podría producir choques morales muy intensos acarreado anormalidades que varían en intensidad, conforme a la situación moral y de conciencia de cada uno, pues solo quien recuerda realmente el propio pasado reencarnatorio en el que falló, estará capacitado para comprender el desequilibrio y la amargura que tal hecho provoca.

Al parecer el hecho de recordar existencias pasadas constituye una prueba para las criaturas normales, todavía poco evolucionadas y una concesión meritoria para las más evolucionadas moralmente. En las primeras se produce una especie de obsesión, exista o no obsesor que la provoque y, de cualquier forma, una gran tristeza y desánimo alcanzará al que lo recuerda, que solo presentará espinas y lágrimas en el curso de su vida.

Así como el espíritu desencarnado, de categoría inferior, muchas veces sufre y se turba hasta la locura ante el desfile mental de sus vidas pasadas marcadas por el crimen, el espíritu encarnado puede sufrir anormalidades bajo los choques de esos acontecimientos, por pequeños que sean.

Sin embargo también existen personas que recuerden sus vidas pasadas sin padecer desequilibrio, conservando su normalidad. Los médiums positivos, es decir los que poseen grandes fuerzas intermedias (electromagnetismo, vitalidad, intensidad vibratoria, sensibilidad superior, vigor mental en armonía con las fuerzas físico-cerebrales) serán más aptos que las personas normales para recordar el pasado.

De esta forma, y ante la inmensa cantidad de datos que disponemos sobre este interesante acontecimiento, deducimos que el hecho de recordar vidas pasadas es una facultad que o bien es mediúmnica, y si está desarrollada y equilibrada no alterará la vida de su poseedor, o si está en germen todavía y se perjudica por circunstancias menos buenas, causará lamentables trastornos, tal como la mediumnidad común, ya que el hecho de ser médium no implica ser espírita.

Si el que recuerda, y por eso sufre desequilibrios vibratorios, busca el remedio que le podrá aliviar en las fuentes fecundas del psiquismo, estará a salvo de grandes sinsabores. Si, por el contrario, desconoce el origen de esos hechos y es ajeno al psiquismo, será considerado como un loco incluso por su médico, aunque realmente no lo sea y, como el manicomio es el último recurso que le proporcionaría la cura, se desprende que no se podrá curar.

Pero entonces ¿por qué tales hechos se encuadran en la vida organizada por las leyes superiores del Plano Divino? ¿Serán esos casos acontecimientos normales de la evolución? Es muy posible que así sea ya que, tratándose de una facultad que tiende a alcanzar la totalidad de las propias funciones, existirá un trabajo de evolución.

¿Es el espíritu, encarnado o no, el artífice de su propia gloria? De ahí las luchas tremendas a vencer en el camino... o ¿quizá sea un castigo? De cualquier forma es un trabajo de evolución...

Hasta donde llega nuestro conocimiento con respecto al tema, vivido y sentido por nosotros, observado y estudiado, podemos afirmar que en general, se trata de un efecto de causas graves y en conse-

cuencia de un castigo a través de la ley natural, pudiendo ser un hecho auxiliado por la disposición natural de organizaciones físico-psíquicas muy lúcidas, una adquisición de mentes trabajadas por el esfuerzo de la inteligencia, fruto del cultivo de los dones del alma, si el acontecimiento no implica trastornos de conciencia, pues nuestra personalidad es rica en dones de elaboración lenta, más segura.

Consultando los libros de la Doctrina Espírita, encontramos mucha información sobre el hecho. Hombres ilustres del pasado no solo confesaban sus propias convicciones en cuanto a la reencarnación de las almas en nuevos cuerpos, sino que afirmaban con pruebas contundentes, acordarse de sus vidas anteriores, y esos hombres jamás dieron prueba de debilidad mental, lo que nos lleva a deducir que es un hecho más común de lo que parece y que los casos extremos, que ocasionan la pseudo-locura pueden ser una especie de castigo natural en el orden de las cosas, efecto de vidas pasadas anormales donde abundaban acciones criminales.

El gran maestro de la Doctrina Espírita Lèon Denis en su libro *El problema del ser, del destino y el dolor* cita casos interesantes de personajes históricos que recordaban las existencias pasadas. Es de destacar que todos ellos poseían una inteligencia lúcida, incluso genial, dándonos a creer que sus mentes habían trabajado en la labor intelectual desde largas etapas anteriores, lo que equivale a decir que la facultad de recordar estaba más o menos desarrollada, no produciendo choques violentos ³.

En el capítulo XIV de esa obra, en la segunda parte dice lo siguiente permitiéndonos el lector que transcribamos parte del original:

–“Es un hecho bien conocido que Pitágoras se acordaba por lo menos de tres existencias anteriores y de los nombres que en cada una usaba. Declaró haberse llamado Hermóticomos, Eufórbio y uno de los Argonautas. Juliano, llamado ‘El Apóstata’ tan calumniado por los

³ La práctica del Espiritismo y las enseñanzas de los espíritus, en la actualidad, también parecen demostrar que otras circunstancias pueden ayudar a los recuerdos del pasado, y que no solo los espíritus superiores, encarnado o no, están en situación de recordar algo de sus existencias anteriores, sino que el hecho puede declararse en contra de su voluntad, pudiendo tales recuerdos ser provocados por un agente desencarnado, amigo o enemigo, o por un choque emocional grave (nota de la autora).

cristianos que fue en realidad una de las grandes figuras de la historia romana se acordaba haber sido Alejandro de Macedonia. Empédocles afirmaba que había sido chico y chica”.

–“En la opinión de Herder (*Diálogo sobre la metempsicosis*) – continúa Lèon Denis– se debe de adjuntar a estos nombres los de Yarcas y Apolonia de Tiana. En la Edad Media, encontramos la misma facultad en Jerónimo Cardan. Entre los modernos, Lamartine declara en su libro *Viaje en oriente* haber tenido reminiscencias muy claras de un pasado antiguo. Transcribimos su testimonio:

–“En Judea no tenía Biblia ni mapas de viaje ni nadie que me diese el nombre de los lugares, valles o montes. No obstante, reconocí al momento el valle de Terebinto y el campo de batalla de Saúl. Cuando estuvimos en el convento, los frailes confirmaron la exactitud de mis descubrimientos que mis compañeros se negaban a creer. De igual forma, en Séfora, había apuntado con el dedo y designado por su nombre una colina que tenía en la cima un castillo en ruinas, como el lugar probable del nacimiento de la Virgen. Al día siguiente, al somonte de una altura árida, reconocí la tumba de los macabeos y decía la verdad sin saber. Excepto los valles del Líbano no encontré en Judea un lugar o una cosa que no fuese un recuerdo para mí”.

¿Hemos vivido entonces mil o dos mil veces, es nuestra memoria una simple imagen empañada que el soplo de Dios aviva?

El propio Víctor Hugo que tan de cerca nos habla al corazón afirmaba ser la reencarnación de Juvenal y Esquilo, mientras que el mismo Lèon Denis en otra obra suya *El gran enigma*, confiesa las agitaciones de su alma durante una visita a Chartreuse, cuando sintió salir de las profundidades de su propio ser el recuerdo de una existencia vivida allí. Veamos lo que su pluma relata en el capítulo XIII de esa obra:

–“El cementerio del convento es de lúgubre aspecto. No hay losas ni inscripciones que limiten las sepulturas. En la fosa abierta se deposita con sencillez el cuerpo del monje vestido con su hábito y estirado sobre una tabla, sin ataúd. Después, le cubren con tierra ;ninguna otra señal salvo una cruz, marca la sepultura de ese pasajero de la vida, de ese huésped del silencio, del cual nadie, a excepción del prior sabrá su verdadero nombre!

¿Es la primera vez que recorro estos largos pasillos y estos claustros solitarios? ¡No! Cuando sondeo mi pasado, siento que se estremece en mí un lazo que une mi personalidad actual a la de los siglos anteriores. Se que, entre los despojos que allí yacen, en ese cementerio, hay uno que mi espíritu animó un día. Posee un terrible privilegio, el de conocer mis existencias pasadas. Una de ellas acabó en ese lugar. Después de cinco lustros de la epopeya napoleónica, en la que el destino me había sumergido, exhausto, ahogado por la vista de la sangre y el humo de tantas batallas, vine aquí a buscar la paz profunda”.

Pero ninguno de tales ejemplos se equipara a lo referente a otra personalidad, también citada por el gran Denis. Se trata igualmente de un intelectual, un poeta muy apreciado cuyo nombre era José Méry. El *Journal Litteraire* de veinticinco de noviembre de 1864 dice de él lo siguiente, entre otras referencias interesantes sobre el mismo tema:

–“Hay teorías singulares que, para él, son convicciones: cree firmemente que vivió muchas veces, se acuerda de las menores circunstancias de sus existencias anteriores y las describe con tanta minuciosidad y con un tono de certeza tan entusiasta que se impone como autoridad. Por ejemplo, fue uno de los amigos de Virgilio y Horacio, conoció al emperador Augusto, a Germánico, hizo la guerra en las Galias y en Germania. Era general y mandaba las tropas romanas cuando atravesaron el Rhin. Reconoce los montes y los sitios donde acampó y los valles donde combatió en otro tiempo. Se llamaba entonces Minio”.

Sería muy largo de escribir los recuerdos de eso reencarnacionista del siglo pasado José Méry, que va hasta la India en un pasado remoto. Describía también los paisajes orientales en sus obras literarias que jamás los lectores podían dudar que él había viajado por aquel país. Y destaca el *Journal Litteraire*, finalizando:

–“Es necesario oírle contar sus poemas, porque son verdaderos poemas esos recuerdos a Swedenborg. No sospechéis de su seriedad, que es muy grande. No hay mistificación a costa de sus oyentes ¡hay una realidad de la que él consigue convencerlos!”.

Gabriel Delanne no es menos sustancioso en los ejemplos presentados en su libro *Reencarnación* cuya excitante lectura enriquece la mente del espírita. Es imposible citar algunos de esos ejemplos, que

podrían alargar demasiado este libro. Sin embargo, debemos ofrecer al lector uno de ellos por el encanto de las circunstancias en que fue vivido. Quien lo vivió y describió fue la Sr. Matilde Krapkoff, dama francesa casada con un noble ruso por el año de 1893, a quien el Sr. Delanne conoció personalmente.

Durante un viaje a caballo por los inmensos bosques del interior de Crimea, esa dama recién llegada a Rusia después de su boda, y su comitiva, se perdieron en la espesura, sin poder encontrar el camino de vuelta u otro que les llevase a una aldea donde pudiesen pasar la noche. Hay que destacar que la Sra. Krapkoff, siendo francesa, sentía tal atracción por Rusia, que acabó casándose con un ruso y su adaptación a la nueva patria no fue sino una sucesión de reencuentros con costumbres y cosas que vivían en sus pensamientos. Perdidos en el bosque, y aproximándose la noche, la consternación era general, pero Matilda era la única que mantenía la serenidad. Veamos con qué maestría ella consigue describir la escena del advenimiento de sus recuerdos de una existencia pasada en la soledad de una aldea rusa de Crimea, pidiendo perdón al lector por no poder transcribir íntegramente el texto, debido a su extensión:

“Mi marido me quería tranquilizar, pero yo estaba muy serena, sentía que sabía donde nos encontrábamos. Podría decir que otro ser se apoderó de mi y que ese “duplicado” conoce perfectamente el lugar.

Seramente, dijo a todos que se debían sosegar que no estaban perdidos, que solo debían tomar el atajo de la izquierda, nos llevará a un claro al final del cual, detrás de los árboles hay una aldea, medio tártara, medio rusa. La veo, sus casas se levantan en torno a una plaza cuadrada, al fondo hay un pórtico sustentado por unas columnas de estilo bizantino. Bajo ese pórtico hay una fuente de mármol muy bonita, y detrás, las escaleras de una casa antigua, con ventanitas enmarcadas, todo antiguo y encantador. Paré.

Había hablado rápidamente, con seguridad. La visión en mí era muy precisa y nítida. Vi todo eso, muchas veces al perecer. Todos me rodeaban y me miraban asombrados: ¡qué gracia! Les parecía un despropósito ¡esas francesas!...

Debía estar pálida, helada. Mi marido me observó con inquietud, pero repetí en voz alta:

–Sí, todo es verdad, lo vais a ver.

Vuelvo mis riendas para el atajo de la izquierda. Como me consideraban como una niña mimada, y los guías, un tanto humillados, estaban sentados en el suelo, me siguieron maquinalmente sin preocuparse de lo que pasase.

El cuadro evocado estaba siempre en mí. Lo veo y me siento tranquila. Mi marido, confuso, dice a su hermano:

–Mi mujer puede tener el don de una segunda vista y, ya que estamos perdidos, vamos con ella.

Reforzada por su aprobación, me adentro en los matorrales, que cada vez se hacen menos densos y atajo por el bosque, tanta era la impaciencia por llegar. Nadie habla, la bruma nos rodea y nada hace presentir un claro, pero yo se que está ahí, delante de nosotros, y prosigo la marcha.

Al rato, extendiendo el brazo y con la fusta apunto para el claro, palabra mágica. Hay exclamaciones, todo el mundo se apresura; es un claro más largo que ancho, lo ven entre la penumbra; el fondo se pierde en la bruma, pero los caballos parecen sentir que estamos llegando, galopan y nos encontramos con grandes árboles, bajo los cuales pasamos.

Estoy fuera de mí, proyectada para lo que quiero ver. Un último velo se desprende, una voz murmura, no a mi oído, sino a mi corazón:

–“¡Marina, es Marina, que bien que vuelves! Tu fuente corre todavía, tu casa está siempre allí. ¡Sé bienvenida, querida Marina!

¡Ah, que emoción, que alegría sobrehumana! Allí está todo delante de mí, el pórtico, la fuente, la casa. Es más, me tambaleo y caigo, pero mi marido me sujeta y me coloca dulcemente sobre esta tierra, que es mía, cerca de mi dulce fuente. ¿Cómo describir mi dicha? Estoy postrada por la emoción y rompo en sollozos. Aparecen unas sombras, se habla ruso, tártaro. Me llevan a una casa, mis piernas vacilantes suben los escalones. El corazón se me contrae al atravesar el umbral. De repente, la ficción suplanta a la realidad, veo una habitación desconocida, objetos extraños, la sombra de Marina se apagó, no sabré jamás quien fue ella, ni cuando vivió, pero se que estaba aquí, que murió joven. Lo siento, estoy segura...

Como vemos, en este caso el recuerdo se expande en el momento preciso, el subconsciente expulsa momentáneamente, al calor de una emoción fuerte, las ondas de los recuerdos impresos en lo más profundo, hay un choque emocional y un sufrimiento indecible, pues no es fácil realizar esta operación en las sagradas reservas del alma humana.

Conforme hemos dicho, llegaremos a la conclusión de que el hecho es más común de lo que se suponía y no siempre ocasionará la citada pseudo-locura, sino cuando existan factores de conciencia muy graves o cuando el cerebro físico y el sistema nervioso, por su fragilidad, no puedan soportar los choques emocionales unidos al hecho, aunque, de un modo general, conmueva y aturda a la persona. Una vez expuesto a los posibles lectores la posibilidad de que la criatura humana, en situaciones excepcionales, pueda recordar existencias pasadas, posibilidades refrendadas por testimonios fuera de toda duda, queremos presentar igualmente nuestro testimonio ya que también trajimos para la presente encarnación, ciertos recuerdos, muy vivos, de determinados episodios de nuestra anterior existencia terrena.

Para nosotros, no obstante, ese hecho constituyó una durísima prueba y, en verdad, habríamos sucumbido a una locura total, o incluso al suicidio, si no hubiéramos tenido el gran favor de, desde muy temprano, ser amparada por la grandiosa protección de la Doctrina de los Espíritus y del Evangelio de Jesús, que efectivamente, poseen recursos para remediar todos los problemas de la vida humana.

Debemos advertir, sin embargo, que en estas páginas, tratamos de recuerdos directos que la persona pueda tener de sus migraciones terrestres del pasado y no de revelaciones transmitidas por posibles médiums. Basándonos en los propios códigos del Espiritismo, creemos que tales revelaciones, con rarísimas excepciones, son siempre dudosas y ninguno de nosotros debe dar un crédito total a las mismas, porque los misticadores invisibles frecuentemente se divierten a costa de espíritus curiosos y faltos de vigilancia, sirviéndose de dichas revelaciones, a la vez que el médium puede dejarse influenciar por la excitación de su propia imaginación y decir, como si fuese un instructor espiritual lo que forjó en su mente, pues todo eso es posible y está previsto en la ciencia espírita y la práctica de la misma. Lo que sentimos dentro de nosotros, lo que nuestra propia conciencia revela, las visiones que, voluntariamente, nuestros guías espirituales nos

proporcionan durante el sueño inducido por ellos mismos, lo que recordamos, en fin, hasta la angustia, la nostalgia, la desesperación, la convicción real y no fantástica, es lo que nuestra propia vida confirma, o lo que recordamos hasta incluso para nuestro consuelo o emoción benéfica, esperanza en el futuro y hasta para alegría santa de nuestro espíritu, eso sí, podremos aceptarlos como testimonios de la verdad vivida en otras etapas reencarnatorias.

Las páginas que siguen, extraídas de nuestro archivo de la memoria, son el relato de la triste infancia que tuvimos debido a los recuerdos conservados, al reencarnar, de nuestra existencia pasada. Que el lector juzgue como fueron la infancia y juventud que tuvimos, y que las virtudes del Consolador enviado por Jesús pudieron confortar y aportar remedio bajo la protección del amor, del trabajo y de la fe.

—Mi primera infancia estuvo marcada por el infortunio, como consecuencia de mi libre albedrío en vidas pasadas. Y una de las razones de dicho infortunio fue el recuerdo significativo que permanecía en mí, de la última existencia que había tenido.

Desde los tres años de edad, según informaciones de mi madre y mi abuela paterna, con la que viví gran parte de mi infancia, me negué a reconocer en mis parientes y, especialmente en mi padre, aquellos a quienes debía amar con desprendimiento y ternura. Sentía que mi círculo de afinidades afectivas no era aquel donde vivía pues me acordaba de mi padre, el de la pasada existencia terrena, a quien amaba mucho, pidiendo insistentemente, hasta mucho tiempo más tarde, que me llevasen de vuelta con él. Se trataba del espíritu Charles, a quien veía frecuentemente en nuestra casa, como expliqué en el capítulo anterior. Yo le describía minuciosamente a todo el que quisiera oírme, pero lo hacía sollozando, como una niña perdida entre extraños, sintiendo, desde los tres a los nueve años, una nostalgia profunda de ese padre, nostalgia que hoy todavía siento en mi corazón. Si las apariciones eran frecuentes, yo me sentía amparada y más o menos serena, ya que él me hablaba, conversábamos, aunque jamás me acordase de qué trataban nuestras conversaciones, como sucedía con la otra entidad, Roberto.

Pero, si las apariciones eran escasas, suponía una amargura insoportable para mí, hecho que hizo de mi infancia un problema tanto para mí, como para los míos.

Hasta los nueve años de edad no me acuerdo que aceptase, buenamente, pedir la bendición a mi padre, el de la actual existencia, Me negaba a hacerlo porque afirmaba vehementemente –¡Ese no es mi padre!– e intentaba explicar a mi madre, que quería arreglar la situación, a él mismo y a mi abuela, que fue el ángel bueno de mi infancia, cómo era el personaje que dominaba mis recuerdos.

En mis pensamientos vivían detalles singulares por esa época: refiriéndome a la *casa de mi padre*, describía un zaguán que me era muy familiar, con baldosas de cerámica, coloniales, donde *mi carruaje* entraba para yo subir o bajar de él. Había allí una escalera interna por donde yo subía a los pisos superiores –contaba yo, deshecha en llanto, describiendo la casa para que me llevasen de vuelta a ella– y el pasamanos de la misma con las barras talladas en blanco con frisos dorados, mostraba como motivo una corza perseguida por un perro y por un cazador en actitud de tirar con una escopeta. El cazador, lo comprendí después, ¡era un tipo holandés del siglo XV! Sin embargo, nunca me referí a mi madre de entonces, de la existencia pasada, lo que me lleva a suponer que yo habría sido más afín con mi padre, ya que fue el sentimiento hacia él el que venció al tiempo, dominando incluso la dificultad de una reencarnación.

Pero, si nunca me refería a mi madre de antes, me acordaba muy bien de los vestidos usados por mí y, gracias a ese detalle, fue posible adivinar la época en que se habría verificado mi última existencia terrestre.

Época de Allan Kardec, Víctor Hugo, Federico Chopin, es decir, más o menos de 1830 a 1870 (reinado de Luis Felipe e Imperio de Napoleón, en Francia). A la hora de bañarme, por la tarde, frecuentemente exigía de mi abuela cierto vestido de encajes negros con grandes volantes y forros de seda roja “muy armado” y amplio, inexistente en nuestra casa, y que yo jamás había visto. Pedía los mitones (yo decía “guantes sin dedos”, cosa que jamás había visto), pedía la mantilla (chal) y el carruaje para el paseo, porque mi padre “me esperaba para salir juntos”. Me admiraba mucho de no encontrar nada de eso, así como los cuadros que vivían en mis recuerdos, cuadros de grandes

dimensiones que posiblemente eran colecciones de arte o la pinacoteca de los antepasados de la familia de la última existencia. Me fijaba, entonces, decepcionada, en las paredes, muy pobres, de la casa de mi abuela o de la de mis padres y, de repente, no sé que horribles crisis sucedían, alucinándome, durante las cuales verdaderos ataques de nervios o similar y un descontrol sentimental indescriptible junto con una nostalgia elevada a un grado sobrehumano, me llevaban casi a la locura.

Pasaba días y noches llorando, lo que perturbaba a toda la familia, y el motivo era siempre el mismo: el deseo de regresar a “casa de mi padre”, de donde me sentía arrebatada, una tristeza angustiada que sentía de él y de todo lo que me sentía separada.

En tales condiciones, no podía jugar con otros niños y jamás sentí placer en las diversiones infantiles. En verdad, no encontré jamás, desde la infancia, satisfacción y alegría en parte alguna. Fui, por tanto, una niña esquiva, sombría, excesivamente seria, sin risas ni travesuras, atormentada por tristezas y angustias, imagen, en la Tierra, de aquellos culpables de suicidio descritos en los libros especificados.

El alivio para una situación tan anormal solo residía en los trabajos escolares, pues empecé a frecuentar la escuela muy pronto, y del amor que me daba mi abuela paterna, la cual, a pesar de sus propensiones materialistas, me enseñó a orar muy pronto, suplicando la protección de María Santísima.

Cierto día, a los siete años de edad, me acuerdo todavía que, al intentar obligarme a pedir la bendición a mi padre, me negué y expliqué vehementemente:

–“Ese no es mi padre, mi padre usa una chaqueta muy larga (capa o algo semejante, trajes masculinos del tiempo de Luis Felipe I, de Francia), un sombrero muy alto y cabellos “medio blancos” (grisáceos) y más largos. Y tiene grandes bigotes. Es “un poco mayor”... ¡no es un mozo como “ese de ahí”, no!...

Tal franqueza, que para mi representaba un gran dolor, para los demás sólo era petulancia y falta de respeto. Me costó, ese día, una buena dosis de zapatillazos administrados por mi padre, lo que me sorprendió mucho e hizo que me considerase una mártir, pues fui castigada desconociendo el motivo, ya que, sinceramente, el padre que

yo reconocía era el espíritu que veía con frecuencia y del que me acordaba con inconsolable nostalgia.

En verdad, yo necesitaba más de un tratamiento físico, para el sistema nervioso y psíquico, que suministrase fluidos balsámicos, para el traumatismo fijado en el periespíritu, que de reprimendas y castigos corporales, cuyas razones yo no entendía.

El castigo que yo necesitaba, realmente, allí estaba, en la tortura de conservar el recuerdo de un padre amado de una existencia pasada, cuando allí estaba el padre del presente que requería idéntico sentimiento y respeto, pero era sólo temido y en el que siempre vi severidad, útil y muy necesaria a mi situación actual.

Sin embargo, hubiera bastado una serie de pases bien aplicados, frecuentar las reuniones de estudio evangélico en un Centro Espírita bien orientado y oraciones, para que desapareciese una situación tan anormal.

Si, como es evidente, el hecho de recordar vidas pasadas es sobre todo una facultad, ese tratamiento la habría adormecido en mí, desapareciendo las incómodas explosiones del subconsciente, o quizás era necesario para mi reajuste moral y espiritual, conservar esos recuerdos y, por eso, se mantenían en mí.

Pero el caso es que, posteriormente, yo misma, una vez bien encaminadas mis facultades fuera de lo normal, traté, con mis guías espirituales, algunos niños con esa anormalidad, consiguiendo resolver terribles problemas de naturaleza semejante. Pero, a pesar que mi padre era espírita, antes de mi nacimiento, y dado, con seguridad, que mi espíritu necesitaba esos recuerdos, no se intentó ese tratamiento y yo tuve que pasar mi primera infancia rudamente torturada por una situación completamente anormal, dolorosa.

Más tarde, alcanzadas los nueve años de edad, ese tratamiento se impuso de forma natural y, con los pases tradicionales, terapéutica celeste que fue un bálsamo para mis amarguras de entonces, sobrevino una tregua y conseguí tener más serenidad para continuar con mi existencia.

Pero otra entidad también dominaba mis recuerdos durante la infancia.

Era el espíritu que yo llamaba Roberto, según describí en el capítulo anterior. No podría olvidarle, ya que su presencia en nuestra casa fue constante, durante toda mi infancia y gran parte de la juventud. Ese acontecimiento avivaba extrañas impresiones en mi ser, y, si tardaba en verle, una tristeza muy grande afligía mi corazón. No era raro preguntar por él a mi abuela, pidiéndole que le mandase llamar. Pero en mi alma chocaban sentimientos indefinibles sobre ese espíritu, que sabía era amigo y me amaba con vehemencia. Creía entonces que era un pariente muy próximo, al que me sentía unida y cuya compañía me resultaba habitual. Una atracción grande y afectuosa me atraía a él. Sin embargo, me asaltaba cierto temor cuando le veía y algunas veces me asusté con su presencia, le temía y gritando asustada, buscaba refugio en los brazos de mi abuela. Más tarde, él mismo corrigió esos trastornos de mi mente, afirmando que ese terror solo era el reflejo de remordimiento de mi conciencia por el desliz practicado contra él en la pasada existencia, pero ese acontecimiento se perdía en el abismo del pretérito, que yo ahora no sería capaz de proceder así y por eso no existían razones para atemorizarme en su presencia. Que, además, desde hacía mucho él me había perdonado de corazón y yo, arrepentida, había reencarnado dispuesta a reparar el error del pasado a costa de sufrimientos y sacrificios. Destacaba que un largo pasado de amor unía nuestros espíritus a través del tiempo y que, por ello, lazos espirituales indisolubles nos unirían para el futuro.

Tan reales eran sus apariciones para mi videncia que, una vez, a los cinco años de edad, me acuerdo que, al apoyar sin darme cuenta la muñeca en un hierro al rojo vivo, me quemé, produciéndome una herida muy dolorosa. Dos o tres días después, ese espíritu se presentó sentado en una silla del salón de visitas, donde frecuentemente yo le veía, en casa de mi abuela. Me llamó a su lado, como hacía habitualmente. Pero, al no ir yo de inmediato, extendió la mano y me agarró por la muñeca herida, atrayéndome hacia él. El contacto me dolió horriblemente y me puse a llorar, explicando a mi abuela lo que pasaba.

Pero nadie conocía a aquel “Roberto, el joven de la barbita” a quien yo me refería como el que estaba sentado en la silla, pues nadie más le veía. Todavía me acuerdo del pesar y la decepción marcados en su rostro, al comprender que me había hecho daño con su gesto afectuoso. Como yo me refugié en las faldas de mi abuela, escondién-

dome de él, intentó distraerme escondiendo su rostro entre las manos, mirándome de reojo. Me eché a reír, tapando y descubriendo mi cara, como jugando al escondite. Él hacía lo mismo con sus manos y así al poco rato yo ya estaba contenta, dirigiéndome siempre a la silla que para los demás estaba vacía, pero que para mí tenía al ser más amado por mi espíritu por todos los tiempos, después de aquel otro que yo reconocía como mi padre. Esa entidad continuó junto a mí hasta mi juventud y, si existiese obsesión “buena” por parte de un espíritu, amando en vez de odiar, esta sería una obsesión de él sobre mí. Era como mi novio o un esposo amante que había muerto y no se conformaba con la separación. A los doce años de edad ya escribía literatura profana bajo control mediúmnico (esa entidad nunca produjo literatura doctrinaria, pero sí profana), sin estar yo muy convencida del fenómeno.

Bajo su influjo, yo escribía febrilmente, sin pensar nada, completamente despierta, sin orar previamente, sólo sintiendo el brazo animado por una fuerza incontrolable. Era un estilo literario vivo, apasionado, vehemente, muy positivo, imposible de darse en una niña de doce años. Al parecer, dicha entidad había sido literato o poeta y, más adelante esas producciones mediúmnicas fueron publicadas en periódicos y revistas del interior sin, hasta el momento, ser descifrado su origen verdadero. El me decía, entonces, que me preparaba para futuras funciones literario-espíritas.

De esta forma la acción del espíritu Roberto ejerció una influencia poderosa sobre mi carácter. Una melancolía profunda acompañó toda mi vida debido a su influencia y mi conciencia, al reconocerse culpable delante de él, negaba cualquier alegría a mi corazón. Por mi parte, no podría olvidar fácilmente ciertos detalles de mi pasada existencia, porque las entidades Charles y Roberto permanecían interesadas en conservarlos. En cierto momento, Charles declaró, vehemente y autoritario, como un padre enérgico:

—“No dejaré que olvides ciertos episodios vividos por ti en tu anterior existencia, porque será el único medio de hacerte reflexionar para la enmienda definitiva. No te ahorraré los sufrimientos contraídos en esa vida pero te ayudaré a soportarlos con presencia de ánimo. Eso es lo que haré”.

Y, en efecto, no sólo me ha ayudado a vencer las intensas vicisitudes que experimenté en este mundo, sino que también, con su auxilio, he tomado buenas resoluciones en mi propio beneficio, y todo ello bajo la inspiración extraída de las impresiones dejadas por aquellos recuerdos que, si mucho me hicieron sufrir, también me transmitieron la certeza de que era justo que yo los sufriese, dados mis errores anteriores y que, después de las expiaciones necesarias, vendrán otras fases e progresos y enseñanzas felices.

Prosiguiendo, aclararé que, a veces, los mismos recuerdos parecían surgir de repente, dando a entender que habían sido extraídos de lo más profundo de mi conciencia por una voluntad externa a mí, una sugestión de entidades invisibles, similar a las operaciones de los científicos y magnetizadores realizadas con las personas con quienes estudiaban los fenómenos de regresión de memoria, al efectuar investigaciones sobre la reencarnación durante el trance sonambólico.

Los hechos curiosos que narraré a continuación, durante los que me vi representando, por así decirlo, el papel de “sujeto” de un operador invisible, me llevan a creer eso, al mismo tiempo que desvelan el motivo de los citados recuerdos de otras vidas.

A los catorce o quince años de edad, yo residía en las proximidades del cementerio municipal, en la ciudad de Barra Mansa, estado de Río de Janeiro. Allí fue donde se acentuaron ciertos fenómenos que, desde la infancia trataban de producirse en mi personalidad. Yo caía frecuentemente en trances espontáneos de desdoblamiento espiritual, durante el sueño, creo que a través de catalepsia parcial (sin alcanzar el cerebro) dado que, al despertar, recordaba gran parte de lo que había pasado. En esas ocasiones, veía a Roberto en el momento del desprendimiento, como si él fuera a provocar el fenómeno. Una vez finalizado éste, me llevaba a no sé donde y después le perdía de vista. Entonces, yo revivía con intensidad, partes del drama provocado por mí en una vida anterior: mis errores, las amargas consecuencias de ellas para las personas que más amaba, mi felicidad destruida, la muerte de él, de Roberto y de un niño de seis o siete años, muertes de las que me sentía responsable, etc. Me sentía, entonces, presa del remordimiento que me hizo infeliz y, como una loca, recorría las dependencias de esa casa que habité en esa vida, agitada por crisis de

desesperación inconsolable. Veía, de nuevo todo, los muebles, los cuadros, espejos, la escalera de servicio con los barrotes tallados de la que tanto me acordaba de niña, el carruaje, el parque y hasta la calle donde estaba el caserón señorial. Habitaba de nuevo en aquel hogar antiguo que fue mío y que tanta nostalgia y tristeza me hizo sentir en la infancia, mientras la serie de hechos continuaba hasta conducirme a un cementerio, donde buscaba entre lágrimas de desesperación una tumba, vestida de luto y acompañada de “mi padre”, es decir, de Charles ¿Qué tumba sería esa? Durante los trances, sabía que se trataba de la de Roberto, del niño o quizás la mía propia, donde fui sepultada en otro tiempo.

Era un gran panteón, de mármol, con muchos detalles ornamentales, que consideraba de mal gusto, rodeado por una verja de hierro. Se entraba por una puerta al mausoleo, había inscripciones y versos esculpidos en el mármol, en la lápida principal y en los laterales. Yo me arrojaba sobre ellos, leía los versos una y otra vez y lloraba desesperada.

A través de esos fenómenos revividos en mi conciencia, me enteré que mi existencia anterior transcurrió en España, que fui educada en Francia y me suicidé en Portugal. La tumba que visitaba en los trances parciales de catalepsia, o lo que quiera que sea, estaba en Lisboa y, era todo tan familiar para mí que no dudo que, si visitase esa ciudad, no sólo reconocería la tumba, si existiese todavía, sino también el cementerio y sus inmediaciones.

Puede ser que el progreso haya modificado mucho el ambiente visto por mí. Volviendo a ver en nosotros mismos el pasado que vivimos, los paisajes se presentan tal y como eran en esa época, y no como son en la actualidad. Al día de hoy ese cementerio y sus alrededores estarán cambiados, ya que ha pasado más de un siglo. Aún así, los tengo tan impresos en mis recuerdos que no tengo duda que los reconocería si visitase Lisboa, ya que durante toda mi juventud los visité en espíritu, además de verlos en mi conciencia a través de un importante fenómeno psíquico.

Como ya he dicho, vivía junto al cementerio municipal en la ciudad de Barra Mansa. Me gustaba pasar las tardes entre las tumbas y casi todos los días daba un paseo al cementerio, para leer allí con tranquilidad. Como consecuencia de la disciplina paterna, no podía

pasear o divertirme con otros jóvenes de mi edad. Por eso, como el cementerio estaba cerca de mi casa, yo iba allí como distracción. Me sentaba en los escalones del crucero, situado cerca de la entrada y me ponía a leer, despreocupada y tranquila. A veces me sentaba al lado de las lápidas de mármol para gozar del cielo en la puesta de sol y del gorjeo de los pájaros que regresaban a sus nidos. Libros como *Werter* de Goethe, *Eurico, el presbítero* de Alejandro Herculano *Memorias del Padre Germán* de Amalia Domingo Soler *Marieta y Estrella* de Daniel Suárez Artazu, este último leído y releído por mí desde los ocho años, fueron leídos en aquella morada de los muertos. Asimismo, frecuentemente, percibía espíritus sufridores todavía unidos a sus despojos carnales que se descomponían bajo la tierra.

Eran personas normales, vestidas, muy reales a mi visión, no vaporosos, algunos llorando con los cabellos revueltos, los ojos aterrorizados, yendo y viniendo entre las tumbas sin atinar con la salida, otros desanimados y tristes, sentados en su propia tumba, como guardando el cadáver, los vestidos rotos, miserables, retratando en su doble fluídico, el periespíritu, el mal estado de la indumentaria del cadáver que se descomponía con ella, y también otros sorprendidos y aturdidos, todos feos, desolados, sufriendo profundamente.

Jamás tuve miedo, nunca me molestaron o hicieron ningún daño. Les amaba y comprendía. Al espíritu de un suicida, reencarnado o no, nada le sorprende, atemoriza o desespera, porque ya experimentó todas las fases de la desgracia. En esa época ya conocía la Doctrina Espírita, asistía a sesiones prácticas, estudiaba *El libro de los Espíritus* y *El Evangelio según el Espiritismo*, además de otros y esos hechos descritos, me resultaban muy normales. Me sentía familiarizada con aquellos sufridores como si participase de su estado de desencarnados y oraba por ellos, hablándoles mentalmente. A los pies del crucero les invitaba a orar conmigo y a que se confiaran al amor de Dios, que les socorrería, regresando después a casa, serenamente.

Dicho pasatiempo, el único que podía disfrutar se prolongó por muchos meses ¿Quién sabe si sería un compromiso, un aprendizaje? Nunca me amonestaron mis padres, pero sólo hoy me doy cuenta de la gran protección espiritual que el Cielo me concedió, manteniéndome alejada de cualquier infiltración nociva al contacto con tales compañías.

Mientras, se produjo un hecho singular en algunas ocasiones que no entendía entonces, pero que, al pasar del tiempo, al conocer más la Doctrina Espírita y adquirir experiencia por mi mediumnidad, me llevaron a saber que se trataba de un estado de expansión del subconsciente, fenómeno psíquico ciertamente mediúmnico, ya que la mediumnidad no sólo implica el intercambio con entidades desencarnadas sino también un conjunto de hechos y acontecimientos todavía no estudiados y clasificados debidamente. Nuestro espíritu, no lo olvidemos, es una reserva de fuerzas inconmensurable, en nuestra organización espiritual poseemos poderes múltiples y todavía estamos lejos de abarcarlos en profundidad. No diré, por tanto, que el fenómeno que me sucedía a veces, durante los paseos al cementerio, fuese un trance mediúmnico normal, quizás deba ser considerado como una variante del fenómeno de regresión de memoria, una intromisión rápida de recuerdos contenidos en los archivos del periespíritu, provocada por un agente espiritual, que en este caso sería el amigo Roberto, que procedía así durante los trances de desdoblamiento de mi espíritu y, por tanto se trata de un fenómeno que implica una facultad. En las citadas ocasiones yo comenzaba presintiendo la presencia espiritual de Roberto, sin distinguirla con la videncia.

Súbitamente, sufría una angustia insoportable, durante mi estancia en el cementerio. Procuraba dominarla, pero me sentía impotente para conseguirlo, porque estaba muy dentro de mí ser y era el mismo estado de sufrimiento moral experimentado en mi infancia y durante los desprendimientos en espíritu, cuando volvía al pasado. Me levantaba entonces de donde estaba sentada y visitaba los mausoleos y lápidas de mármol buscando la tumba de Roberto.

Tenía la certeza de que él estaba enterrado allí y que quizás estuviese vivo bajo tierra, la nostalgia me torturaba el corazón, una confusión insoportable desorientaba mi razón y me sentía como flotando, lloraba acometida de un dolor moral deprimente, como si mi corazón se despedazase. Me internaba en el cementerio, buscando los lugares más sombríos, llamándole siempre por su nombre, sumida en el dolor y la desgracia. Pero no perdía totalmente la conciencia del tiempo presente, tanto es así que me esforzaba para no gritar y llamar la atención de extraños que allí se encontrasen, consiguiendo de esta forma, atenuar el terrible hecho que se presentaba, independiente de mi voluntad, acordándome de todo, hasta los días actuales.

¿Qué fenómeno era ese? ¿Sería realmente un trance, o la expansión del subconsciente recordando el pasado, cuando tal recuerdo puede llevar a la persona a la locura? ¿Sería provocado por la propia entidad interesada en no ser olvidada, es decir, por Roberto? Posiblemente era la eclosión del pasado, provocado por el compañero de otras vidas...

El ambiente del cementerio, la presencia del espíritu Roberto, todavía cargando dolorosos recuerdos, mi drama íntimo del pretérito, el deseo que Roberto tenía que yo no olvidase ningún detalle de ese pasado, revivían en mi conciencia normal partículas de sucesos vividos en otro tiempo, que habían ocurrido después de su muerte y que llegaron a desequilibrarme tanto que me llevaron al suicidio.

El estado que surgía de mi subconsciente sería un pálido reflejo del mismo que me había acometido en el pasado, los delirios de un corazón herido por sí mismo y de una conciencia culpable que eran la antesala del suicidio. Pero, de la misma forma, súbitamente, volvía en mí, la presente. El trance acababa. Me sentía aturdida, extraña en mí misma, aterrorizada por algunos instantes, con la certeza que un pasado terrible estaba impreso en los archivos de mi alma.

Me horrorizaba la idea de que pudiese estar obsesionada... y entonces salía del cementerio convencida de que yo misma había estado, en otro tiempo, aprisionada en una tumba como aquellas, por un trágico acontecimiento que no sabía definir...

Tales choques, continuos desde la infancia, tenían que afectar mi estado físico y psíquico. Mi madre, preocupada, buscó tratamiento para mi en el Centro Espírita de la localidad, la antigua "Asistencia espírita Bittencourt Sampaio" dirigida por el lúcido espírita y médium Zico Horta (Manuel Ferreira Horta) quien procuró aliviar la situación con los recursos brindados por el Espiritismo.

Quizás por indicación superior, Roberto se apartó de mí o, por lo menos ya no se insinuaba tanto, pues durante los cuatro años que siguieron no le presenté a mi lado.

Pasó un periodo de tregua, durante el cual fui una persona normal, consciente ya de las grandes responsabilidades que me pesaban, y entristecida por la certeza de aquel pasado tumultuoso de otras vidas.

Advertida por el noble espíritu Bittencourt Sampaio de que me esperaban pesadas tareas en la práctica del Espiritismo, me dediqué a

un profundo estudio de la Doctrina, preparándome para cumplir debidamente mis futuros deberes.

Pero el futuro me reservaba también el más importante trance de regresión de memoria que podría sucederme, como veremos a continuación.

IV

LOS ARCHIVOS DEL ALMA

Sumergido en la vida corporal, el espíritu pierde, momentáneamente el recuerdo de sus experiencias anteriores, como si se las ocultase un velo. A veces tiene, sin embargo, una conciencia vaga y hasta pueden serle reveladas ciertas circunstancias, pero solo por voluntad de los espíritus superiores que lo hacen espontáneamente con un fin útil, y nunca para satisfacer vanas curiosidades.

Allan Kardec, *El Libro de los Espíritus*, pregunta 399.

Y no es, solamente después de la muerte cuando el espíritu recupera el recuerdo del pasado. Puede decirse que nunca se pierde pues, como demuestra la experiencia, incluso encarnado, en el sueño, ocasión en que cuenta con cierta libertad, el espíritu tiene conciencia de sus actos anteriores, sabe porqué sufre y que sufre justamente.

Allan Kardec, *El Evangelio según el Espiritismo*, cáp. 5, ítem 11.

El estudio del periespíritu, su organización y propiedades, su utilidad y necesidad en la organización humana, sus posibilidades verdaderamente fabulosas y encantadoras constituyen, de hecho, uno de los mayores atractivos de la Doctrina de los Espíritus.

Ese delicado envoltorio del alma, concreto, poderoso en las funciones que ejerce en la personalidad humana, se llama también *cuerpo fluídico*, dada la estructura de su naturaleza que, según los sabios investigadores de la ciencia espírita, está compuesto de tres clases de fluidos: el eléctrico el magnético y el cósmico universal, considerado por los espíritus este último como la quintaesencia de la materia.

Ese cuerpo fluídico del alma, que nunca la abandona es, como ella misma, inmortal, pero no inmutable pues evoluciona desde los estadios primitivos hasta alcanzar la superioridad, siguiendo el mismo trayecto glorioso de la esencia divina, es decir, el alma. Ese admirable cuerpo intermedio, que participa tanto del fluido imponderable como

de la materia sublimada a la quintaesencia, el periespíritu, llamado también *mediador plástico*, es también el transmisor de la voluntad del alma, o ser inteligente, a la acción de la materia humanizada, o cuerpo físico humano; es la sede de las sensaciones que actúan en nuestra sensibilidad, sensaciones que serán más amplias cuanto más el mismo progrese; ese *cuerpo celeste*, como lo definió Pablo de Tarso, *cuerpo astral* en el lenguaje de los orientalistas, tan indispensable al alma para los fines de la reencarnación, de donde proviene la confirmación del progreso; el periespíritu, sostén de la propia estructura del cuerpo carnal, conservando la personalidad contenida en la carne: pensamiento, voluntad, memoria, rasgos, etc., mientras las células humanas sufren renovaciones periódicas, además de otras propiedades, posee una de las más importantes que la mentalidad humana pueda concebir, tal como lo prueban numerosas experiencias científicas, archiva en sus profundidades, como superpuestas en capas vibratorias, todos los acontecimientos, hechos, actos, sensaciones y hasta los pensamientos producidos a través de nuestras inmensas etapas evolutivas. Con respecto al periespíritu dicen los grandes maestros de la Doctrina Espírita:

—“Como el roble que guarda dentro de sí las señales de su crecimiento, el periespíritu conserva, bajo su apariencia presente, los vestigios de vidas anteriores, de los pesados, recorridos tanto humanos como espirituales. Esos vestigios reposan en nosotros muchas veces olvidados, sin embargo, al evocarlos el alma, despierta su recuerdo y reaparecen, como otros testimonios, marcando el camino largo y penosamente recorrido”.

Léon Denis, *Después de la muerte*, cáp. 23.

—“... en el sueño, el sonambulismo, en el éxtasis, desde que el alma abre una salida a través de la materia que le aprisiona, se restablece inmediatamente la corriente vibratoria y el foco vuelve a adquirir toda su actividad. El espíritu se encuentra nuevamente en sus estados anteriores de poder y libertad. Todo lo que en él estaba dormido, despierta. Se recomponen sus numerosas vidas y no sólo con los recuerdos y adquisiciones, sino con todas las sensaciones, alegrías y dolores registrados en su organismo fluídico. Y esta es la razón por la que, en el trance, el alma vibrando en los recuerdos del pasado, observa sus existencias anteriores y restablece la cadena misteriosa de sus transmigraciones.

Los menores detalles de nuestra vida se registran en nosotros mismos y dejan trazos indelebles. Pensamientos, deseos, pasiones, actos buenos y malos, todo se fija, se graba en nosotros.

Durante el curso normal de la vida, estos recuerdos se acumulan en capas sucesivas y las más recientes acaban por disolver, aparentemente, los más antiguos. Parece que olvidamos los pormenores de nuestra existencia. Sin embargo, basta evocar, en los experimentos hipnóticos, los tiempos pasados y se vuelve a colocar a la persona en una época anterior de su vida, en su juventud o en la infancia y esos recuerdos aparecen en masa”.

Lèon Denis *El problema del ser, del destino y el dolor*, cáp. 8.

Tales recuerdos pueden avanzar alcanzando la estancia en el espacio, antes de reencarnar, como los espíritas saben, hasta volver a la existencia anterior y, si el desprendimiento es profundo, tanto en el sueño como en el trance, podrá alcanzar dos o más existencias pasadas.

El propio Lèon Denis relata, en la obra citada anteriormente, esta experiencia que también recoge Gabriel Delanne en su libro *Reencarnación*, tomada de informaciones de otros ilustres investigadores de los secretos contenidos en el periespíritu. Así lo expresa en el capítulo XIV:

–“El príncipe Adam Wsznievski, calle Debarcadere, 7, en París, nos comunica el relato que sigue, hecho por los propios testigos, algunos de los cuales viven todavía y que nombraremos con sus iniciales:

El príncipe Galitzin, el marqués de B..., el conde R..., estaban reunidos en las playas de Hamburgo, en el verano de 1862. Una noche, después de una cena que se prolongó hasta tarde, paseaban por el parque del casino y vieron a una mendiga tirada en un banco. Se acercaron y hablaron con ella, invitándola a cenar en el hotel. El príncipe Galitzin, que era magnetizador, después que ella cenó con gran apetito tuvo la idea de magnetizarla, lo que consiguió a costa de un gran número de peses. Cual no fue la admiración de los presentes cuando, profundamente dormida, aquella mujer que cuando estaba despierta hablaba un dialecto alemán, se puso hablar correctamente en francés, relatando que había reencarnado en la pobreza como castigo, por haber cometido un crimen en su vida anterior, en el siglo XVIII, cuando vivía en un castillo en Bretaña, al lado del mar.

Tenía un amante y se libró de su marido arrojándole al mar desde unas rocas, indicó el lugar del crimen con gran exactitud. Gracias a estas indicaciones, el príncipe Galitzin y el marqués de B... se dirigieron más tarde a Bretaña, a las costas del norte, por separado y realizaron investigaciones que ofrecieron idénticos resultados.

Interrogaron a numerosas personas sin obtener, al principio, ninguna información. Al final encontraron a unos viejos campesinos que recordaban haber oído contar a sus padres la historia de una noble joven y hermosa que vivía en un castillo y que había asesinado al marido, mandando arrojarle al mar. Todo lo que la pobre mujer de Hamburgo había dicho, sonámbula, era exacto.

Al regresar de Francia y pasar por Hamburgo, el príncipe Galitzin preguntó al comisario de policía sobre la mendiga. Este le comentó que era analfabeta, hablaba un dialecto alemán vulgar y vivía solo de los escasos recursos que conseguía en su trato con los soldados”.

Gabriel Delanne, erudito escritor y científico espírita, no es menos pródigo en sus libros en lo referente a este tema. Si no reflejamos estos ejemplos de su obra en el presente volumen es por motivos de brevedad. La revista *Reformador* de la Federación Espírita Brasileña, expone constantemente artículos con noticias de personas que recuerdan reencarnaciones pasadas con total certeza y claridad. Solo transcribiremos aquí un trozo de la obra de Delanne, *Reencarnación*, en el capítulo siete *Las experiencias de renovaciones de memoria*:

–“Es lógico pues, seguir con la regresión de memoria hasta más allá de los límites de la vida actual de un paciente, por medio del magnetismo. Así lo han hecho los espíritas y sabios que cité en este capítulo. Sin duda los resultados no son siempre satisfactorios, ya que no todos los pacientes son aptos para recordar el pasado.

Puede suceder que ese recuerdo sea accidental, como un relámpago, en el estado normal. En ese caso, se asiste a un revivir de imágenes antiguas que dan la impresión a la persona de haber visto ciudades o paisajes aunque nunca haya estado en ellas”.

Actualmente, la práctica del Espiritismo y la enseñanza de los espíritus parecen también demostrar que existen otras circunstancias que permiten aflorar recuerdos del pasado y que no solo los espíritus superiores encarnados o no, están en situación de recordar las vidas

pasadas, aun cuando el hecho es chocante, rodeado de anormalidad y en franca oposición a la voluntad del paciente.

Podremos también presentar nuestro testimonio con respecto a la regresión de memoria en estado de trance, como expusimos los recuerdos, aunque restringidos, de la pasada vida en la Tierra, ya que es nuestro deber registrar los fenómenos auténticos conocidos por nosotros, para contribuir a afianzar las tesis espíritas. Pasamos pues a relatar los acontecimientos que nos merecen crédito, dentro de este tema que estamos tratando.

En el año 1942, mis pruebas, intensas desde la infancia, se agravaron profundamente.

No voy a detallarlas aquí, pero fueron inesperadas y violentas.

Habiendo luchado y sufrido sin tregua durante tanto tiempo, enfermé gravemente, con un shock nervioso que me mantuvo inconsciente por dos largos meses. Este shock no era más que un estado más profundo del traumatismo que acompañaba a mi periespíritu desde la reencarnación, a consecuencia del suicidio perpetrado por mí en mi vida anterior, y cuya primera manifestación palpable se produjo en el primer mes de mi vida actual.

Durante dos meses permanecí en un estado como de trance incomprensible, estado de coma, por así decirlo, sin comer, sin hablar, respirando débilmente, con una somnolencia insólita y alimentándome de forma artificial. No se trataba de un letargo ya que después recordé lo que pasó espiritualmente conmigo en ese estado y en el letargo no se recuerda lo que pasa al espíritu de la persona. Tampoco fue catalepsia, ya que los órganos no estaban entorpecidos y tampoco era un trance sonambúlico ya que éste no permite el recuerdo de los acontecimientos ocurridos, después de despertar.

Entonces ¿Qué clase de estado fue?

¿Sería, quizás, una cura de sueño provocada por los guías espirituales como una caritativa ayuda a mi recuperación vibratoria, o una expresión psíquica no conocida, o simplemente un estado traumático? De cualquier forma es un fenómeno a ser estudiado, en base a lo que sucedió y que yo, que lo sufrí, no puedo clasificarlo.

La personalidad humana es rica en dones y posibilidades espirituales y es posible que el shock que sufrí, arrastrase los recuerdos que se desprendieron de las capas profundas de mi alma. También es posible que fuese una manifestación misericordiosa de lo Alto, dándome las razones de mi sufrimiento, con el fin de reforzarme para el futuro.

Los médicos que me atendieron no encontraron causa para mi estado físico y prescribieron un tratamiento para el cerebro, en previsión que se tratase de una embolia. No recibí ningún tratamiento espírita ya que acababa de llegar a ese lugar y no conocía ningún Centro Espírita allí, además del estado de inconsciencia en que me encontraba, lo que dificultaba aun más una búsqueda de ese tipo.

Recuerdo vagamente como si fuera una pesadilla, aquellos dos meses. Estaba y no estaba en la tierra. Me dijeron después que esperaban mi muerte de un momento a otro y que rezaban noches enteras por mí, esperando el fatal desenlace.

Me acuerdo que una vez desperté notando mi cerebro dilatado, casi tan grande como la habitación y teñido en rojo. Puede balbucear con gran esfuerzo: –¡Haced una oración!– pero ese murmullo que las personas que me acompañaban más adivinaron que oyeron, repercutió como una explosión en mi cabeza. Rezaron y yo volví al estado anterior. Estoy convencida que aquella noche habría desencarnado sin la intervención de María de Nazaret, a quien mis familiares oraban, ayudándome de nuevo, como en el primer episodio de mi vida, en mi tierna infancia.

Viví intensamente la vida espiritual durante aquellos dos meses y recuerdo todo lo que pasó con mi espíritu, mientras mi cuerpo yacía inanimado.

Reviví los graves sucesos de vidas pasadas, los errores que ocasionaron las luchas del presente. Es posible que Charles, mi espíritu familiar, me impulsase a verlos de nuevo para estimular en mí el coraje para las reparaciones que debía efectuar. También es posible que me amparase cuando ese estado traumático, de forma mecánica, los avivase en mi conciencia de forma natural, como en cualquier personalidad.

Viví de nuevo la época en que había sido hija de Charles en el siglo XIX, cuando poseía vestidos, carruajes y vivía en aquel caserón señorial que describí en mi infancia actual. Él era un noble europeo, de apellido bien conocido en España, Portugal y Francia, que no revelaré por expreso deseo suyo. También alcancé una existencia anterior, en la que era una gitana que bailaba por las calles de Sevilla, Toledo y Madrid, para morir después de miseria, al lado de un palacio que yo rondaba siempre llena de ansiedad y amargura, y donde poco después reencarnaba como hija de Charles, pues era su residencia. Relataré solo una parte, la más interesante para este libro.

La escena de mi suicidio se extrajo de mis archivos mentales, con detalles patéticos para mí misma que servirían de instrucción y estímulo en la situación en que me encontraba. Me vi, no como en un sueño o espectadora, sino en primera persona protagonizándolo todo. En primer lugar, yendo y viniendo, llorando desesperada por el caserón, gritando los nombres de mis seres amados que habían desaparecido y de cuyas muertes me sentía responsable. Charles me seguía, diciéndome cariñosamente:

–Ten coraje y paciencia, L, hija mía, vuelve tu alma a Dios y conseguirás la fuerza necesaria para reflexionar y rehacer tu vida, consagrándote al bien...

–Todo está irremediablemente perdido papá. No volverán más a mi lado para poder dedicarme a ellos y pagarles con bien el mal que hice –respondí desesperada, sin oír sus palabras, en un estado próximo a la locura o la agonía.

–Piensa un poco en mí, acuérdate que soy tu padre y con esta actitud también me haces infeliz... Te quiero por encima de todo hija mía, no te faltará amparo para reconfortarte moralmente... Podemos viajar, salir de Europa... ¿Quieres ir a América?... Consultaremos a los mejores médicos, Dios nos ayudará... ¡Oye mis consejos, obedéceme L!... Tengo derecho a que me respetes, ya que te olvidas del amor que también me debes...

Más tarde, en el cementerio, caía de bruces sobre la tumba presa de una angustia insoportable. Luego, me vi preparando el suicidio con premeditación. Había tomado un carruaje y mandé ir hacia un lugar apartado de mi residencia, una finca en Lisboa que hasta hace bien poco visitaba, en los desprendimientos parciales de mi vida actual.

El cochero rehusó ir hasta allí. El carruaje era de alquiler y al ofrecerle una cantidad tentadora, aceptó. Al llegar me senté en unas piedras, próximas a un barranco abierto sobre el río, escribí una nota para mi padre, donde me despedía y rogaba su perdón. Una angustia mortal oprimía mi corazón y eran el dolor insoportable, el remordimiento y la nostalgia los que me impulsaban a cometer ese acto desesperado. El río era el Tajo, en Lisboa, Portugal. Yo no era portuguesa en esa vida, pero mi existencia y la de los seres que amé transcurrieron en ese país.

Entregué la nota al cochero para que la llevase a su destino. Al principio no aceptó, desconfiando de mis intenciones, pero quizá por respeto o por la costumbre de obedecer partió por fin, dejándome sola. Me veía a mí misma de luto, llorando la muerte de una hijita de seis años de edad y de mi esposo, ese mismo Roberto cuyo espíritu se me aparecía ahora en mi vida presente, desde la infancia.

Viéndome sola en aquel lugar desierto me acometió una alegría satánica. Me quité la capa que llevaba y me tiré del barranco al río, sin vacilar.

Me reconocí después en el fondo del agua, como sin sentido, sin movimiento, pero no inconsciente, empapada en lodo, flotando sobre la superficie para luego volver a sumergirme. La profundidad del río me horrorizaba, los peces que roían mi cuerpo tenían inteligencia, les veía atacándome, comprendía su voracidad como un fenómeno de psicometría, lo que me llenaba de un profundo terror.

Me atacaban en grupos, voraces, luchaban por un lugar sobre mí y la vida intensa de un río caudaloso, se hizo visible y sensible para mí, con una intensidad tal que parecía un infierno líquido envolviéndome con sus maleficios, ofreciéndome impresiones y sensaciones inconcebibles para un cerebro humano, pues ese estado de conciencia, se encuentra más allá de un límite que la razón humana no puede penetrar, si no es por el propio suicidio.

Me vi después retirada del agua por pescadores que me sacaron con dificultad con unos ganchos enormes que atravesaban mi cuerpo, martirizándome. Más tarde, estaba en la orilla del río, sobre el suelo, desnuda, en descomposición y devorada por los peces. Vi a Charles que estaba como loco, arrodillado a mi lado llorando inconsolable. Quería hablarle, decirle que me llevase a casa, que me cubriese con

alguna ropa, que no había muerto, pero no podía articular ni siquiera un pensamiento completo, todo lo veía a través de una pesadilla infernal, tal era el estado de desfallecimiento traumático en que me encontraba. Vi muchas personas que me rodeaban, pero no reconocí a ninguna, y tenía vergüenza al verme desnuda. Percibí que me suponían muerta y lamentaban lo ocurrido y de repente sentí un terror indescriptible a que me sepultasen viva ya que no podía mostrar la mínima señal de vida, atormentada como estaba en aquella pesadilla siniestra que me enloquecía, sin apagar con eso mi conciencia.

El remordimiento por el acto que había cometido comenzó a brotar, unido a los antiguos sufrimientos. En el momento que vi a Charles llorando sentí y comprendí, solo entonces, el inmenso amor que su corazón albergaba. Oía sus palabras:

—¿Por qué hiciste eso hija mía por qué? ¡Te di tantos consejos, supliqué que te volvieres hacia Dios y pensases un poco también en mí, pero amaste a todos, pensaste en todos menos en mí!

Sus lamentos eran terribles acusaciones para mi conciencia, que alucinaba todavía más, comprendiendo lo justo de aquellas razones.

—¿Por qué hice eso Dios mío por qué? —era la pregunta que me acosaba ininterrumpidamente— ¿porqué hice eso? pero ¿qué hice? No hice nada Dios mío... Padre perdóname, te escucharé ahora, nunca más te desobedeceré, tus deseos serán órdenes para mí lo prometo, de aquí en adelante... Habla padre, dime lo que debo hacer ahora, dime si todavía me quieres, pero por el amor de Dios, no llores así que eso me despedaza más el corazón... Llévame de aquí, a nuestra casa... quiero volver, volver... y los otros ¿dónde se fueron? Aquellos por los que tanto sufro... dicen que estoy muerta, pero vivo ¿no ves que estoy viva y te hablo? No estoy muerta pero no encontré más que peces, fieras detestables, y no a mis queridos muertos... ¿Por qué hice eso Dios mío? ¿qué ocurre? ¿estaré loca?, ¿que pasa, que pasa?...

Vi incluso el cementerio donde fueron sepultados mis despojos. No era el mausoleo donde yo iba antes a llorar. Yo era una suicida... y ni el título ni el oro de mi padre, extranjero en Portugal, pudieron comprar el derecho a sepultarme al lado de aquellos por los que me había matado. Era un campo muy pobre, destinado a herejes, judíos y suicidas y Charles, de luto ahí lloraba inconsolable.

Pero no fue ese el único fenómeno que se produjo durante el estado descrito anteriormente.

Me vi perseguida y aprisionada por una falange maléfica de obsesores, encerrada en cavernas absurdas que parecían cráteres de volcanes extintos, abismos ocultos a los ojos humanos. Allí, seres oscuros, deformes y hediondos, me sometían a torturas inconcebibles, diciéndome que pararían si me uniese sinceramente a ellos. Esos seres –yo lo sabía– eran espíritus de antiguos inquisidores y de sus verdugos, que llevaron a su vida espiritual las tinieblas en que se habían envuelto durante las tragedias que protagonizaron en su encarnación y que permanecían así endurecidos, sin fuerzas para su regeneración personal, y teniendo la presencia de la verdad en las tinieblas de su propia conciencia.

Aquel lugar podría ser *El valle de los suicidas*, descrito en el libro *Memorias de un suicida*, tan conocido por mi conciencia, estado alucinatorio común a los suicidas que cargan agravantes de errores en su espíritu.

Durante mi tierna infancia despertaba, a altas horas de la noche con gritos alucinantes, diciendo que negros enmascarados y con disfraces me torturaban y me quemaban los pies con hierros candentes. Eran sin duda, clamores de mi subconsciente que se manifestaban durante el sueño, aflorando recuerdos o por predisposición particular de mis facultades psíquicas, el mismo tipo de fenómeno que se presentaba ahora en el estado provocado por el traumatismo.

Me vi salvada de aquellos obsesores por grupos de trabajadores del Bien que, orientados por espíritus esclarecedores, me raptaron de aquella caverna con algo parecido a una cuerda y me entregaron a mis salvadores. No me fue posible retener más detalles de ese episodio pavoroso de mi vida espiritual.

Lo recibí de las revelaciones que obtuve de mí misma y de ningún otro, como una lección estimulante para recuperarme del desánimo y proseguir en la lucha que me permitiría rehabilitarme ya que, si tanto había errado en el pasado, era necesario que me sometiese en el presente a las consecuencias de las infracciones cometidas.

Además, todos esos recuerdos iban a ser motivo de aprendizaje también para el prójimo, como indican los códigos de la doctrina espírita.

En ese estado, conviví con los espíritus de mi madre, fallecida tres años antes y de mi abuela materna. Pero no me acuerdo haber visto a mi padre ni a mi abuela paterna, que tanto me había querido y que fue como el ángel guardián que suavizó los infortunios de mi infancia.

No cesaron ahí los acontecimientos del plano espiritual con respecto a mí, durante los dos meses de agonía en el presente. Me vi también asistida por médicos espirituales como si fuesen doctores terrestres. Tomaba medicamentos, en espíritu, y fui sometida a una operación en mi cuerpo astral o periespíritu, ya que este era en realidad el que había enfermado.

Estaba totalmente en manos de aquellos médicos y, como una enferma grave que era, no rechacé nada ni emití opinión alguna, me entregué por completo a la acción protectora de aquellos benefactores. Pero, para tomar los medicamentos, pasaba lo siguiente:

Los tutores espirituales o, con más propiedad, los enfermeros del plano astral, me acercaban al lecho donde yacía mi cuerpo inerte. El periespíritu se acercaba al cuerpo sin tocarle ni despertarle. Administraban la medicación al periespíritu para que su efecto llegase al cuerpo físico. Yo lo veía todo en espíritu, el cuerpo semimuerto y el aposento donde se encontraba, iluminado mágicamente por una luz cuyo fulgor es difícil de expresar, cuando en la realidad se mantenía casi en penumbra. Comprendía todo lo que pasaba y hasta sentía en el paladar las medicinas, con sensaciones en mi cuerpo físico, ya que notaba una extraordinaria afinidad del periespíritu con el cuerpo, echo impresionante que nos demuestra que existe una intensa comunicación electromagnética entre ambos.

Ese fenómeno es idéntico al que se produce con los recién desencarnados, solo que en sentido inverso. Es decir, en este caso el periespíritu se reflejaba en el cuerpo físico mientras que en el recién desencarnado se produce lo contrario. Lo que sucede con el cuerpo, ya cadáver, es que éste se refleja en el periespíritu en los casos en que las uniones electromagnéticas existentes sean muy acentuadas, por no haberse producido todavía la separación total con la extinción del fluido vital.

La medicación consistía en un líquido pesado y graso, parecido a la glicerina, muy dulce e incoloro y, al ingerirlo con una cuchara sentía en los labios el contacto frío del metal, es decir, lo sentía con los labios del periespíritu y del cuerpo físico. La sensación era instantánea en ambos, sensación que me parece mental, pues yo misma crearía la frialdad de la cuchara, recordando sensaciones similares que habrían ocurrido conmigo. La cuchara era como las de plata de las cuberterías antiguas: mango artístico, interior muy cóncavo con bordes gruesos. Y el frasco de la medicina era también artístico, estilizado, en cristal labrado.

Todo cuanto me fue posible observar en los planos normales del mundo espiritual posee un toque de distinción y belleza difícil de traducir, orden, disciplina, observancia de las buenas costumbres, educación refinada. El médico se presentaba con la bata de servicio, era un anciano de barba y cabellos blancos. Pero no era Bezerra de Menezes sino aquel “Dr. Carlos de Canalejas” que vimos en *Memo-rias de un suicida*, uno de mis amigos y protectores espirituales.

El día de la operación realizada en mi periespíritu (fue de noche, en la madrugada, hora en la que el ambiente terrestre presenta menos dificultades para la acción del equipo espiritual), esa entidad espiritual me mostró cierto detalle de mi cuerpo astral a la altura del corazón y me dijo:

—¡Mira! Son fibras luminosas, impresionables a través de tu pensamiento y muy delicadas... por eso algunas se rompieron por la intensidad del dolor moral que tuviste... produciendo entonces un estado de depresión nerviosa, incompatible con el sistema de vibraciones necesario para tu vida. En esa situación, el periespíritu no soporta el contacto carnal...

Me enseñó esas fibras y pude verme a mí misma, a la altura del corazón, como en un espejo mágico. En efecto, las fibras, reluciente como rayos de sol parecían hilos eléctricos que se hubiesen partido. Solo había tres afectados y desprendían chispas aún más luminosas, como ocurre con un cortocircuito en un cable de la luz. ¿Será nuestro periespíritu un conjunto de fibras de luz?

Lo que se, conforme a la Doctrina Espírita es que el periespíritu se compone de fluido cósmico universal (quintaesencia de la materia),

fluido eléctrico y fluido magnético, y se sabe que los tres tienen el mismo origen y son luminosos.

En el cuerpo físico, justo a la altura del corazón, me quejaba de intensos dolores que soportaba con dificultad, lo que me hizo caer en ese estado similar al del coma. En el periespíritu, era el mismo lugar donde veía las fibras partidas.

El médico terrestre examinaba el cuerpo diariamente, no encontrando afección alguna. El médico espiritual sin embargo, trataba cariñosamente el cuerpo espiritual, operando y proporcionando medicación, posiblemente volviendo a unir los hilos que yo había visto partidos, a las citadas fibras luminosas, con los procesos propios del mundo astral pues, en verdad, no pude asistir al trabajo efectuado ya que solo me fue concedido el ver el daño existente en mi periespíritu.

Oía como en sueños lo que el médico explicaba mientras operaba, no sabiendo si lo decía para que yo lo oyese y transmitiese después este aprendizaje, o si instruía académicamente a otros espíritus que estuviese entrenando en el mundo astral, incluso podría tratarse de espíritus de médicos encarnados que durante el sueño se habían desprendido de su cuerpo para recibir nuevos conocimientos a aplicar en la clínica humana. Decía la eminente entidad respondiendo a una de aquellas personas que le había preguntado:

—¿Son, en verdad, órganos? —refiriéndose al conjunto del periespíritu.

—Órganos como los del cuerpo físico ni son ni podrían ser. Ya que no tenemos otras palabras para entendernos mejor, convengamos en llamarles órganos. Sin embargo, son una forma semi-material ideal de los órganos humanos, como baterías acumuladores de vida intensa, poderosas y sensibles en el más alto grado que podáis imaginar, formas-sede de energías vibratorias muy ricas. La vida que existe ahí está constituida por diversas modificaciones del magnetismo ultrasensible y de la electricidad, cuyo poder todavía el hombre no puede comprender a la vez que el conjunto está protegido por la capa menos densa existente en el planeta, que reviste todo modelando la figura humana ideal.

Cada una de estas baterías u órganos, almacena una fuerza electromagnética de diferente grado o sensibilidad, activando las funciones del cuerpo humano: unas dan vida y energía al cerebro que es el polo

de mayor importancia en el periespíritu y el cuerpo físico, otras al corazón, a la circulación de la sangre y a las funciones gástricas, hepáticas, genitales, etc. etc., y todo es fiscalizado, observado y dirigido por el sistema nervioso, cuya sede, como sabemos, es este mismo cuerpo. Y estas “baterías” contienen de alguna forma el diseño de los órganos que deben accionar en el cuerpo humano...⁴

Todo eso retuve en la memoria, casi somnolienta, mientras me operaban, teniendo la impresión que esto fue aprovechado para una clase porque, como sabemos, en el mundo espiritual nunca se pierde el tiempo con una sola persona, todo es esclarecimiento e instrucción para la colectividad.

Ayudaban al médico otras dos entidades desconocidas para mí mientras que yo, en espíritu, durante la operación me encontraba en la mesa de un quirófano idéntica a la de los modernos hospitales, encima del cuerpo mortal inerte, lo que quiere decir que dicha operación se efectuó en el mismo lugar donde yacía el cuerpo inanimado.

Después de ese extraño acontecimiento entré en convalecencia. No obstante, todavía hoy en día, tanto la fatiga física como el sufrimiento moral hacen reaparecer los dolores sentidos y yo los padezco, sin sufrir realmente ninguna enfermedad en mi cuerpo físico. Como detalle curioso para aquellos que observan la personalidad humana, tengo que decir que durante el estado agudo de inconsciencia perdí el recuerdo de mi personalidad actual. En las raras ocasiones que pude hablar en aquel estado, según me comentaron las personas que me atendían, me reconocía a mí misma como la hija de Charles, la personalidad de mi última existencia.

En una ocasión, según me contaron, me senté en la cama y pedí una pluma, poniéndome a escribir apoyándome en la almohada. Escribía lentamente, como lo hace el alumno al dictado del profesor. Me

⁴ El lector se sorprenderá de que me fuese posible retener esta información y describirla veinte años después de haberla oído. Pero recordemos que lo que se graba en nuestra memoria durante los llamados *semitrances* se vuelve inolvidable para el estado de vigilia, se copia en formas indelebles y cuando es necesario, salen de los archivos donde se encuentran, por los canales de la intuición. Cuando el médium es asistido por los mentores en el ejercicio mediúmnico se hace más fácil reproducir lo que fue visto y oído muchos años antes (nota de la autora).

acuerdo vagamente de este hecho, sin embargo recuerdo claramente que me veía en una biblioteca con muebles de estilo manuelino ⁵ pulidos, relucientes, estando el recinto muy iluminado con luces de tonos azules. Me sentaba en la escribanía y escribía en papel blanco y satinado y Charles, enfrente de mí, me dictaba lo que yo escribía. Su apariencia era muy triste, y vestía de blanco luminoso, con la indumentaria de un noble del siglo XVI, época en la que vivió en Francia y fue sacrificado en la célebre *matanza de los hugonotes*.

El dictado era un mensaje explicándome los errores cometidos por mí en otro tiempo y suplicándome que siguiese el camino rehabilitador entregándome a la causa de Jesús con todas las renunciaciones que eso implicaba, ya que había reencarnado para eso y que solamente así lograría seguridad y paz, no solo ante las pruebas sino teniendo en cuenta la tarea mediúmnica que debería realizar, a la vez que renovaría mi coraje y mi fe, ya que nuevos testimonios se presentarían en mi vida, intensificando mis luchas. Ese mensaje todavía sigue en mi poder. Parecía una carta, de la que transcribo algunos párrafos:

—“Buena parte de lo que hoy sufres es la otra cara de lo que me hiciste sufrir a mí, tu padre, en los días de nuestro pasado en la Tierra, en aquella misma casa cuyo recuerdo te siguió de una existencia a otra, como la sombra de un remordimiento. ¿Te has parado a pensar, hija mía, como fue el dolor que me destrozó el corazón al ver que tú, a quien tanto amaba, preferiste morir a soportar tus propias desventuras, resignada a mi lado, amparándote en mi ternura? ¿Pensaste en lo que puede ser la amargura de un corazón paterno, menospreciado por la hija a quien más amó, que prefirió amar a todos los demás y olvidó a su padre cuando se suicidó por nostalgia y el amor a otros? ¡Pues eso es lo que hiciste con tu padre!

⁵ El *estilo manuelino*, es un estilo arquitectónico portugués que se desarrolló en el reinado de Manuel I de Portugal (1469-1521) después de su muerte, aunque ya existía desde el reinado de Juan II (1455-1495). Es una variación portuguesa del estilo gótico final, así como del arte luso-morisco o mudéjar, marcado por una sistematización de motivos iconográficos propios, de gran porte, simbolizando el poder regio. Incorporó, más tarde, ornamentaciones del Renacimiento italiano. El término *manuelino* fue creado por Francisco Adolfo Varnhagen en su *Noticia Histórica e Descritiva do Mosteiro de Belém* de 1842 (nota del traductor).

¿Pensaste quizás en lo que padecí, obligado a vivir todavía en aquella casa donde naciste, después que la abandonaste, primero para entregarte a las pasiones y después para buscar tu muerte de forma voluntaria? ¿Pensaste lo que sufrí en aquella casona silenciosa impregnada de tu nostalgia y lo que sentía al ir y venir por los salones todavía llenos de tus recuerdos? ¿Y en lo que fue mi dolor al encontrar tu cuerpo descompuesto sin haberte podido dar siquiera un beso antes?

Por todo ese sufrimiento de tu padre es por lo que hoy tanto lloras en tu arrepentimiento. Es por mí por lo que hoy sufres, tu dolor de hoy refleja mi dolor de ayer. Sufre con resignación pero ten por seguro que, aunque estemos temporalmente separados por tu reencarnación, permanezco fielmente a tu lado, consolándote en tus horas tristes y fortaleciéndote en los momentos más difíciles...

Sufres por la falta de una casa que te negaron pero ¿por qué te asombras de no tenerla?... Tu casa es mi casa, hija mía y de momento no puedo ofrecértela. Consuélate conmigo que tampoco tengo casa ya que nunca más tuve un hogar desde el día que abandonaste el nuestro para entregarte a la voluptuosidad y el suicidio. ¿Puede existir un hogar donde la paz se ausentó para que el dolor permaneciese? Aquí en la vida espiritual donde habito, hay casas suntuosas. Hay una esperándote, es la mía y la tuya. Pero no estoy en ella porque un hogar sin ti, para mí no tiene sentido.

Quiera el cielo que de ahora en adelante, te vuelvas definitivamente hacia Dios como necesitas, siendo fiel a la actitud de renuncia general para que, finalmente, consigas la paz en tu corazón.

Necesitarás hacer mucho en el camino del amor a Dios, al prójimo y a la verdad y si mi ayuda en esas luchas reparadoras es grata a tu corazón, me tendrás siempre junto a ti como me tuviste en las peripecias de los milenios pasados. Te debo mi ayuda ante Dios y no faltaré a mi deber. Egipto ya nos vio unidos por lazos de amor recíprocos, el esplendor de Persia nos recibió juntos de nuevo, concediéndonos seguir una unión que pretendía alcanzar la eternidad. Roma nos albergó en su decadencia y nos mantuvo unidos, con algunos desvíos imprevistos que sufrimos... Llegó la Edad Media, la faz del mundo se transformó pero nuestros corazones siguieron fieles al antiguo sentimiento. Más tarde, el Renacimiento, que tanto nos vio sufrir y llorar y luego, el siglo de los filósofos... y finalmente el siglo XIX y

España. Como ves, hija mía, el siglo XX nos podría contemplar definitivamente redimidos por el amor. Pero tu suicidio de ayer nos separó, apartando por un tiempo imprevisible la felicidad con la que tanto soñábamos y que tan penosamente venimos buscando.

Aún así, no te abandono porque aunque separados por el rigor de una existencia aislada, me puedo presentar a ti, como así hago. Pero vendrá un día que te podré presentar delante de Jesús, en comunión plena con él, a través de la oración, para rogarle:

–¡Señor, hemos vencido al pecado y a la muerte, bendícenos con la gloria de Tu Amor!

Y nuestras almas ese día, escucharán las mismas palabras dirigidas a María Magdalena arrodillada a sus pies:

–“Perdonados son tus pecados, porque mucho amaste”.

¡Y te aseguro hija mía, que depende de ti y no de mí, la gloria de ese día!

Sigue pues, tu camino de reparaciones, ya que si te equivocaste ayer, es justo que hoy te rehabilites a través del dolor y del trabajo. No sufrirás sola, tu padre de ayer, de siempre, seguirá tus pasos suavizando cuanto le sea posible las espinas que atraviesan tu corazón. Oirás el murmullo de mi voz como en otros tiempos, en aquella casa que era nuestra, durante tu infancia cuando te dormía en mis brazos o al lado de tu cuna...”.

Una vez que acabé de escribir, me dejé caer en el lecho del dolor y volví al estado de coma, sin pronunciar una sola palabra.

Después de la operación de mi periespíritu, desperté y entré en convalecencia, pero no conseguía hablar. La voz no vibraba, no tenía volumen. Podría decirse que aquellas fibras periespirituales luminosas, que yo vi rotas y que fueron de nuevo unidas por los cirujanos espirituales pero no del todo normalizadas, impedían la vibración vocal. Yo seguía sintiendo dolores constantes en la región del corazón y mi cerebro se resentía de debilidad y vacío. Sin embargo, fui mejorando lentamente el volumen de la voz, al principio baja y lenta como un murmullo y al año, con un tono normal. En ese periodo de convalecencia llegó a mis manos el libro *Pablo y Esteban*, el más

bello concedido por el espíritu Emmanuel al médium Chico Xavier, que considero que es la obra más importante concedida a los hombres por la espiritualidad superior, después de la Codificación del Espiritismo.

Lo leí una y otra vez, lo estudié con mi alma vuelta hacia el cielo y encontré en él no solo alivio para el corazón, sino también una nueva orientación para mi vida. Al terminar su lectura y meditación, me sentí como resurgiendo para Dios. A su vez, el recuerdo de las escenas de mi suicidio en la pasada existencia y las revelaciones hechas por el espíritu de Charles durante el trance arriba citado, la certeza de su amor inmortal, de su protección constante, explicándome las razones y las pruebas que había sufrido e infundiéndome valor, fueron otros tantos bálsamos que renovaron mis fuerzas.

Tenía la impresión que acababa de reencarnar para una nueva existencia. Aprendí con Pablo de Tarso en aquel libro, nuevos caminos y decisiones para mi experiencia en la Tierra. Verdaderamente, no había deseado otra cosa sino dedicarme definitivamente a la Doctrina Espírita, apartarme de las luchas mundanas y de las incomprensiones, vivir exclusivamente para Dios, e incluso mi propia mediumnidad desde hacía mucho la dedicaba al servicio de esa doctrina.

Pero mis pruebas, que habían desafiado todas las posibilidades de alivio y resistencia, también impidieron el desempeño mediúmnico durante mucho tiempo, habiendo reconocido entonces que tenía que cumplir tareas en el campo espírita, no de una manera suave y cómoda, sino luchando duramente contra el infortunio y la opresión de la mala voluntad de los demás hacia mí.

Una vez reanimada, me dispuse nuevamente al trabajo espírita en general, como lo practicaba antes... En espera de los nuevos testimonios del amigo Charles, que exigirían de mí más tarde todos los valores morales que fuese capaz de poner en marcha.

V

MATERIALIZACIONES

“Llegada la tarde de aquel mismo día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban juntos los discípulos, por miedo a los judíos, vino Jesús y, situándose en medio de ellos, les dijo:

–La paz sea con vosotros”.

San Juan, cáp. 20 versículo 19 (después de la Resurrección)

“Y cuando este cuerpo mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra de la Escritura:

–Sorbida fue la muerte en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?

Por tanto hermanos míos, manteneos firmes y constantes, creciendo siempre en la obra del Señor, sabiendo que vuestro trabajo no es vano para Él”.

Apóstol Pablo, 1ª Epístola a los Corintios cáp. 15 versículos 48 a 55.

¿Quién, entre los espíritas, desdeñará la posibilidad de presenciar un fenómeno de las llamadas “materializaciones de espíritus desencarnados”? ¿Quién, espírita o simpatizante del Espiritismo, rechazaría el contemplar la figura de un ser querido que ya no está en su cuerpo físico? ¿Quién de nosotros no se postraría delante de un fantasma que, materializado en la forma humana con la que le conocíamos, se presenta, demostrando que la muerte fue “sorbida” por la victoria de la inmortalidad y que la duda sobre lo que ocurre en el Más Allá se sustituye con la certeza confirmada por los hechos científicos que se imponen a través de las almas de los propios muertos que, voluntariamente se dejan ver y examinar?

En la historia de la humanidad son abundantes los hechos de apariciones de espíritus, en visión individual o colectiva. En nuestros

días ese fenómeno se ha hecho común, por así decirlo, no obstante la precariedad científica de los que se inclinan para el área de la Tercera Revelación.

De entre los muchos experimentadores del fenómeno, algunos o la mayoría, actúan con liviandad, movidos por la curiosidad y la pretensión sin obedecer al verdadero sentido de investigación y a la responsabilidad, sin el más mínimo criterio científico, lo que es lamentable porque lleva al descrédito de la causa espírita ante el público, ya que abundan las mistificaciones y los fraudes.

A pesar de los prejuicios, el fenómeno existe, ha sido rigurosa y científicamente demostrado por los más respetables representantes de la ciencia en el mundo entero, y todos nosotros, los espíritas leales a la verdad doctrinaria, deberíamos velar por esa sublime conquista con el máximo respeto y devoción.

Es positivo, para los estudiosos de la Doctrina de los Espíritus, recordar lo que los libros clásicos de la misma afirman sobre esto. Nunca será en vano estudiar de nuevo esos temas admirables, que tanta luz proyectan en nuestra razón y tanto consuelo y esperanza infunden en nuestros corazones. Por eso, recordaremos aquí la palabra de los ilustres sabios que en el siglo pasado se ocuparon de los fenómenos de la materialización de los espíritus, ya que se ha renovado el interés por esa área de la Doctrina, entre la nueva generación de espíritas.

No podremos transcribir aquí muchas páginas de los compendios que tratan el tema, tan desconocido hoy por los experimentadores de los fenómenos espíritas de la actualidad, pero si citar ciertos detalles de libros célebres, situados en la bibliografía espírita como códigos de instrucción y que valdrán como punto de apoyo para lo presenciado por nosotros mismos.

Recurrimos en primer lugar al sabio William Crookes, cuya memoria los espíritas veneran. Esto es lo que dice en su libro *Hechos espíritas*, refiriéndose a las materializaciones del célebre espíritu de Katie King, en la página sesenta y nueve de la cuarta edición:

—“Katie nunca había aparecido con tan gran perfección. Durante cerca de dos horas paseó por la sala, conversando familiarmente con los presentes. Varias veces me cogió del brazo, andando, y la impre-

sión que sentí era la de una mujer viva a mi lado y no la de un visitante del otro mundo, esa impresión fue tan fuerte, que la tentación de repetir una nueva y curiosa experiencia se volvió irresistible”.

En la página setenta:

–“Katie dice entonces que, en esa ocasión, era capaz de mostrarse al mismo tiempo que la señorita Cook (la médium). Bajé el nivel de gas y, enseguida, con mi lámpara fosforescente, entré en el aposento que servía de gabinete”.

En la página setenta y uno:

–“Con la lámpara en alto, miré a mi alrededor y vi a Katie, de pie, detrás de la señorita Cook, muy cerca de ella. Katie llevaba un vestido blanco y amplio, como ya habíamos visto en la sesión. Agarrando uno de las manos de la señorita Cook e inclinándome, subí y bajé la lámpara, tanto para iluminar la figura completa de Katie, como para convencerme de que veía, sin la menor duda, a la verdadera Katie, que había tenido en mis brazos minutos antes, y no el fantasma de una mente enferma.

Ella no habló, pero movió la cabeza, en señal de reconocimiento. Por tres veces examiné cuidadosamente a la señorita Cook, en cuclillas, para tener la certeza de que la mano que tenía cogida era la de una mujer viva, y por tres veces volví la lámpara hacia Katie, para examinar con total seguridad y atención, hasta no tener la menor duda de que estaba delante de mí”.

Y finalmente, en la página setenta y seis:

–“Varias veces levanté la cortina cuando Katie estaba de pie, muy cerca, y entonces las siete u ocho personas que estaban en el laboratorio, pudieron ver al mismo tiempo a la señorita Cook y a Katie, a plena claridad de la luz eléctrica”.

A su vez, el sabio ruso Alejandro Aksakof en el capítulo cuarto de su compendio sobre materializaciones de espíritus *Animismo y Espiritismo* narra lo siguiente, obtenido en una sesión de materializaciones, extraído de una conferencia dada en Newcastle por el conocido psíquico Sr. Aston y publicada en la revista *Medium and Daybreak* de Londres, el cinco de octubre de 1877:

–“... Al llegar la Srta. Fairlamb (la médium), la llevaron a la sala de sesiones y pusieron dos baldes, uno con parafina fundida y otro con agua fría y los colocaron frente al gabinete, a una distancia de dos pies”.

Continúan con información sobre los preparativos, y a continuación viene la narración del hecho:

–“... De repente, la cortina se abrió, y delante de nuestros ojos se presentó la forma materializada de un hombre. Llevaba una camisa de franela a rayas y un pantalón de algodón blanco. Su cabeza aparecía envuelta con una especie de pañuelo. El cuello y las mangas estaban abotonados. Esa era toda su vestimenta”.

–“Después de haber realizado con los brazos algunos movimientos circulares, como para desentumecerlos, entró en el gabinete para subir la llama del gas, que podía ser regulado tanto desde el interior del gabinete como desde fuera. A continuación, apareció de nuevo y realizó algunos ejercicios más, entró detrás de la cortina, aumentó la luz y se dirigió hacia nosotros con pasos firmes. Realizó algunos ejercicios corporales más y procedió a los preparativos de moldeado (en parafina hirviendo): se agachó, cogió los baldes y los llevó al espectador más cercano”.

–“...Luego, cogió una silla que estaba al lado del Sr. Armstrong y la colocó de forma que el respaldo separase la cortina unas veinte pulgadas (lo que permitió a tres de los presentes ver a la médium), se sentó e inició el modelado del pie. Durante los quince minutos que duró la operación, los experimentadores podían ver al mismo tiempo el fantasma y la médium, suficientemente iluminados”.

Más adelante, en el mismo capítulo, prosigue el Sr. Aksakof, citando un largo relato del investigador Sr. Burns, editor del *Medium and Daybreak*, del que sólo transcribiremos algunos párrafos:

–“La iluminación no era muy intensa, pero permitía leer en cualquier lugar del aposento, ver todo lo que allí había y distinguir las formas que apareciesen”:

–“...”los asistentes formaron un semicírculo, cuyo centro se hallaba en la pared, debajo de la lámpara, tocando los dos extremos en la pared opuesta. En un lado del aposento había una mesa con libros, revistas, etc. Todas las personas tenían la cara vuelta hacia el gabinete,

y la espalda hacia la lámpara. Aparecieron seis o siete formas materializadas que salieron del gabinete, una detrás de otra. Entre ellas había un muchacho que gesticulaba mucho; tomó una hoja de papel de encima de la mesa, la enrolló y nos empezó a dar en la cabeza con ella, dando cada vez un salto hacia atrás, muy ágilmente”.

–“Otro espíritu era Roberto Bruce, al que esperábamos con el mayor interés. Yo estaba en comunicación con él hacía muchos años y nos unía una gran simpatía. Estaba dotado de un poder considerable y conseguía estar con nosotros mucho tiempo”.

–“Ciertos detalles de aquella entrevista quedarán por siempre en mi memoria. Bruce se acercó a la lámpara y la retiró de la pared, la llevó al gabinete, aumentó la llama y dirigió la luz hacia la médium, al mismo tiempo levantó la cortina lo bastante para que pudiésemos verles a ambos. Después, redujo la llama y volvió a poner la lámpara en su sitio. Tuvo algunos problemas para hacer entrar el gancho en el orificio, ya que esa parte de la lámpara estaba en la sombra. Una señora que estaba debajo justo de la lámpara, quiso ayudarle a ponerla en su lugar pero él no aceptó y continuó con sus intentos hasta que, por fin, acertó”.

Podríamos continuar reproduciendo párrafos de otros libros como *Región en lucha entre este mundo y el otro* del eminente Sr. Roberto Dale Olwen, y el no menos bello tratado de Espiritismo práctico y científico *Historia del Espiritismo* de Arthur Conan Doyle, ilustre escritor inglés, donde el lector encontrará un manantial propicio para el aprendizaje mediúmnico, pero preferimos detenernos aquí en esa relación, estimando que no hacen falta tantas credenciales para lo poco que, por nuestra parte, tenemos para testimoniar el valor de la Revelación Espírita, por lo que pasamos a describir un significativo recuerdo de nuestra vida espírita.

En la ciudad e Lavras, en el sudoeste del estado de Minas Gerais, fue donde presencié y viví los más bellos fenómenos espíritas a través de mi propia facultad mediúmnica o de la de otros. El lector se acordará que allí tuve las visiones de mi “apocalipsis” si me permiten así expresarlo, que dieron lugar al libro *Memorias de un suicida* en el antiguo gabinete mediúmnico del “Centro Espírita de Lavras”, hoy llamado “Centro Espírita Augusto Silva” en homenaje al pionero

espírita en aquella región. Se acordará también de los hechos narrados en *Dramas de la obsesión* de Bezerra de Menezes, hechos desarrollados allí en su faceta espiritual, y vividos por mí misma y mis compañeros médiums de esa institución.

Sería preciso un libro entero para relatar todos los hechos que presenciábamos en nuestra labor espírita en el citado centro durante seis años, donde la Verdad espírita fue exaltada, testimoniada y practicada por encarnados y desencarnados.

Podría decirse que la ciudad de Lavras era una reserva de fuerzas invisibles, en lo que yo recuerdo de mi estancia allí. Se dieron incluso sesiones de materializaciones, un panorama completo de espiritualidad que allí se prodigaba.

Pero ¿Por qué esa ciudad reunía tantos valores psíquicos? ¿Por qué tantos fenómenos espontáneos valiosos, se daban en esa época, si según informaciones actuales, no se producen más en las nuevas generaciones? ¿Sería por el fervor de aquellos espíritas que vivían y actuaban en fraternidad y armonía, recordando a los primeros cristianos?

Creo que el ambiente general de la ciudad, su ambiente *metaetérico* como diría el profesor Myers, no era propicio a lo que se desarrollaba en el centro espírita. La ciudad había sido un centro esclavista de importancia en la época imperial y los ecos espirituales de aquel periodo colonial, ecos angustiosos de tremendos dramas, eran percibidos por nosotros, los médiums, impregnando el aire que nos rodeaba. Así mismo, las pasiones políticas regionales de la época no contribuían en absoluto a suavizar el ambiente enrareciendo las vibraciones, como siempre ocurre con las agitaciones políticas. Pero es cierto que jamás encontré en ningún lugar tantas fuerzas psíquicas reunidas para producir tan variados e importantes fenómenos de orden espírita.

En aquel tiempo (1926-1932) había en la ciudad una poderosa médium portadora de varias facultades, entre ellas la de efectos físicos así como las materializaciones de espíritus desencarnados. Era modesta, sencilla, humilde y angelical. Se confiaba a las luces del Consolador inspirada en un gran sentimiento de amor a la Verdad. Se llamaba Zulmira Custódia Resende Teixeira da Silva, era viuda y sus hijos viven todavía en la ciudad de Lavras. Tenía sesenta años y ella misma se declaraba agotada y enferma, pero fue la médium más fuerte de

materializaciones, la más espontánea y positiva que conocí y sus sesiones eran las más bellas y convincentes que nunca asistí.

Debo confesar que no soy partidaria de las sesiones de materialización de espíritus, y si asisto a ellas, siempre me prevengo contra posibles fraudes, mistificaciones y personalismo de los dirigentes y estoy de acuerdo con los libros doctrinarios de que hoy por hoy no son necesarias esas reuniones, ya que estamos suficientemente preparados para comprender y asimilar la Doctrina Espírita sin acudir a pruebas materiales para convencernos de la verdad.

La época de las materializaciones pertenece al pasado. En los días que corren serán raros los fenómenos que realmente puedan convencer, aunque se pueden dar. Con un siglo de Doctrina codificada, explicada y razonada, es suficiente para que nosotros, espíritas, podamos adquirir condiciones vibratorias para el intercambio directo con los desencarnados, a través del estudio, la meditación y nuestra propia espiritualización, sin necesidad de provocar materializaciones de espíritus, a no ser para fines de utilidad superior.

Sabemos además que los espíritus superiores no se interesan más por ese tipo de manifestaciones de lo invisible que delegan en entidades de orden mediocre o inferior. No obstante, el hecho es sensacionalista y atractivo y, cuando es legítimo, está presidido por las bendiciones de la Verdad y es tan emocionante y arrebatador que los asistentes se entregan a la evidencia, conmoviéndose hasta llorar, viendo que la Verdad se impone sin ninguna duda, tal es la naturaleza de las vibraciones que emite.

Había llegado a Lavras hacía solo seis días, cuando fui invitada a una sesión de materialización de espíritus en casa de la médium Zulmira Teixeira. La invitación partió de una familia vecina de mis padres, pues yo no conocía ni la ciudad ni a la médium. Al llegar a su casa, ni siquiera nos presentaron, por la premura del tiempo. Hasta ese momento yo conocía las materializaciones solo por los relatos de los libros de la Doctrina Espírita y por algún periódico de propaganda de la misma. Pero estaba más que familiarizada con las materializaciones de espíritus fuera de las sesiones, ya que mi primera infancia les veía y hablaba con ellos.

En el lugar de la sesión, lo primero que observé fue la carencia de cabina ni cortina ni oscuridad para ocultar a la médium. Ella se

sentaba delante de los asistentes, en número reducido, y cubría su rostro con un paño negro. Su vestido también era sencillo y oscuro. La luz, mortecina, estaba en la habitación y consistía en una lámpara de queroseno, dando una penumbra agradable, pudiendo ver a los asistentes, sus rostros y sus vestidos. Posteriormente, algunas sesiones se realizaron con las ventanas abiertas, que daban a un pasillo con jardín donde estaba la puerta de acceso a la casa. La médium era espontánea, conseguía el fenómeno sin desearlo ni provocarlo, actuando sin el misticismo o misterio que normalmente acompañan este tipo de trabajos.

El ectoplasma se elevaba al lado de la médium, desprendiéndose de ella, y modelaba a la entidad comunicante a la vista de todos, permitiendo a los asistentes observar todas las fases de la materialización, viendo simultáneamente al espíritu y a la médium, lo que es de vital importancia en una sesión de este tipo, dando una impresión respetable. Que nadie piense en la existencia de un fraude. La médium Zulmira Teixeira tenía un carácter sencillo y honesto y era reverente con Dios, realizaba esos servicios por verdadero amor a la causa y con espíritu de devoción.

Era tan sencilla que ni sabría cometer fraude, pues semejante arte exige trabajo insano, mucha audacia y menosprecio a la idea de Dios, “talentos” que le faltaban a dicha médium.

Aquella primera vez que asistí a la sesión, se hicieron visibles, materializados, los espíritus del Dr. Augusto Silva, impulsor del Espiritismo en Lavras y una hija de la médium, recientemente fallecida. Pero, inesperadamente se presentó después una entidad desconocida a quien la médium, en trance, afirmó no conocer tampoco. Bastante materializada la entidad se reveló como un hombre joven con barba negra y terminada en punta en la barbilla, gruesos bigotes y cabellos abundantes peinados hacia arriba con el estilo propio de los elegantes del siglo XIX, manos finas y aristocráticas y vestido a la antigua pero un tanto leve, vaporoso.

Reconocí entonces al espíritu Roberto que me había sido tan familiar en mi infancia. Hacía seis años que se apartó de mí sin que tuviese noticias de él. Y, he aquí que apareció allí probando así la perseverancia de su generoso sentimiento hacia mí. Estallé en sollozos conmovida por recuerdos incontrolables. Pero, utilizando el aparato

vocal de la médium, que seguía en trance, con voz masculina, grave y dulce, me dirigió palabras afectuosas y de alivio, que intentaré reproducir, ya que quedaron impresas en mi corazón hasta hoy:

–“No llores querida, ahora estoy bien... renovado para Dios y resignado a su Ley... Quiero pedirte que me perdones lo mucho que te he hecho sufrir con mi insistencia angustiada a tu lado. No creas que fue una venganza... era nostalgia de un pasado que me fue muy querido... debo avisarte que me concedieron trabajar contigo para el bien del prójimo, como tanto desee en otros tiempos... Soy médico y trabajaré en mi antigua profesión, contigo como intermediaria... también realizaré actividades de socorro a suicidas, yo que fui uno de ellos, me valdré de ti, a quien tanto amé, para ayudarles ahora. Y tú me ayudarás, ya que tú también lo fuiste. Al irme de aquí, te daré una señal como despedida...”.

Tratándose de un amigo tan querido, que me seguía desde la infancia, esperé que me diese un beso, un abrazo, algo que pudiese reflejar el inmenso sentimiento de nuestras almas hermanas.

Pero él tenía algo mejor para demostrar su afectuoso interés porque, deshaciendo lentamente la materialización a nuestra vista, de repente mis brazos se transformaron, yo no los sentía más. Era como si hubiesen desaparecido sin ningún trance mediúmnico, ya que yo seguía consciente de todos mis sentidos y sentada entre los asistentes que se alineaban en semicírculo delante de la médium.

En lugar de ellos estaban sus brazos, los de Roberto, que acabábamos de ver materializados en su fantasma. Sus manos largas y finas que yo conocía también allí estaban, perfectamente reproducidas (las manos del periespíritu son siempre muy perfectas en las entidades normales o elevadas), luminosas como los brazos y brillando con tonos azulados, tanta luz proporcionaban que no solo me iluminaban a mí por completo sino todo lo que me rodeaba.

Supe entonces, que yo era médium de materializaciones y transfiguración, pero no estando interesada por ello, no intenté cultivar esa facultad, prefiriendo atender a los consejos de mis amigos y protectores espirituales, Bittencourt Sampaio, Bezerra de Menezes y Charles, cuya opinión era opuesta en ese aspecto.

La entidad Roberto, a partir de aquel momento no se apartó de mi trayectoria durante seis largos años. Juntos trabajamos curando enfermos y obsesionados, revelándose él como un experto en el tratamiento de enfermedades infantiles y pulmonares. Su actuación con los suicidas fue notable, como si fuese una misión especial o rescate de deslices idénticos en una existencia remota, ya que en la última que tuvo en el siglo XIX, no se había suicidado. A él le debo una gran experiencia y aleccionamiento en casos de suicidios reflejados en la vida del Más Allá.

Las recetas para los enfermos, concedidas a mí por él, eran preferentemente alópatas ⁶, redactados como lo haría un médico encarnado. Se servía de la psicografía mecánica para ello, lo que me hacía sufrir mucho, ya que mi brazo y manos, dirigidos por él, parecían estar dentro de un guante de hierro, lo que me producía mareos y dolor.

Los otros espíritus médicos que me permitían recetar, se servían de la psicografía semi-mecánica, de manera que la caligrafía de Roberto se distinguía muy bien de la de los demás. Era un espíritu caprichoso, que exigía el máximo de mis facultades mediúnicas y su actuación cuando se manifestaban espíritus suicidas en las reuniones espíritas fue siempre de lo más eficaz. Yo me adaptaba bien a sus exigencias, reconociendo en él al amigo traicionado en otro tiempo y que ahora me rodeaba de afectos, contribuyendo a mi resurgimiento moral y espiritual en el presente. El día diez de marzo de 1932 se despidió tristemente de mí y de las reuniones espíritas donde asistía, para ocuparse de su próxima reencarnación. Y nunca más tuve noticias de él.

Mientras, seguían las sesiones en la residencia de la médium Zulmira Teixeira y más tarde tuve ocasión de ver, materializado, el más bello fantasma que pude nunca contemplar, el guía espiritual de la médium, que ella decía era “San Gerardo de Majella”, venerado como santo en la religión católica y que debería ser sin duda un espíritu superior.

Estaba dotado de una belleza especial, celeste, joven, angelical. Apareció con su hábito de religioso, iluminado con destellos azules. Tal era la intensidad de luz que irradiaba que toda la casa parecía un

⁶ Alopátia: Empleo de remedios que producen efectos diferentes a los síntomas de la enfermedad que se quiere combatir. Es lo contrario de homeopatía, que aplica remedios que producen síntomas semejantes a los de la enfermedad que se combate (nota del traductor).

faro iluminado. La entidad se modelaba a la vista de todos, deteniéndose en actitud de oración después de deslizarse por la sala, donde los asistentes podían apreciar su fina barbilla, su nariz afilada y los rasgos delicados, así como los detalles del rosario que pendía de su cuello, no solo las cuentas sino las espinas del crucifijo del mismo mientras la médium seguía en trance, sentada enfrente nuestro. El rosario no se parecía a los de la Tierra, estaba formado con fluidos luminosos, diáfano centelleante, algo indefinible.

Los asistentes, rompieron en sollozos, pues la aparición era venerable e infundía mucho respeto. La entidad no dijo nada, pero dejó nuestros corazones llenos de ternura y encanto, como testigos de la veracidad de lo ocurrido. Transcurridos unos minutos, el bello fantasma se disolvió, apagándose en nuestra presencia tal como se había antes formado, volviendo entonces la penumbra a la sala.

En otra ocasión, se presentaron espíritus turbulentos y obsesores, golpeando las puertas, paredes y la mesa, incluso arrastraron sillas y se dejó ver, uno de ellos materializándose, con una túnica negra, capucha y con el rostro cubierto con una máscara de calavera, castañeteando los dientes y extendiendo los pies y las manos del esqueleto, intentando aterrorizarnos. Fue una sesión muy agitada, con un ambiente espiritual angustioso y pesado, al que el espíritu del doctor Augusto Silva puso fin mandando cerrar los trabajos y advirtiéndonos sobre lo delicado de tales intentos.

Finalmente, en una de las últimas reuniones que asistí, realizadas por esa médium, pude ver transfigurado en ella misma al muchacho "Zezé" de catorce años de edad, sobrino de otra médium de Lavras, la Sra. G. P., muerto ahogado en la laguna Angola, cerca de la ciudad, en las vacaciones del año 1924, cuando las pasaba con su tía, ya que el vivía en Sao Paulo. Se presentó con la misma indumentaria con que fue amortajado, traje azul de pantalón corto y camisa blanca, con el cuello de la misma y los puños sobre la chaqueta, como estaba de moda en la época en que fue enterrado.

En la misma reunión también se materializó un espíritu familiar a la médium, el indio "Emanuel", que realizó muchas curas de enfermos

y obsesionados a través de Zulmira ⁷. Aquel indígena parecía una bella estatua de bronce. Semidesnudo, tenía como único vestuario los accesorios propios de su condición. Su correa, el carcaj de flechas, el arco, las flechas, la diadema y las pequeñas plumas que le adornaban irradiaban reflejos blancos, azules y amarillos. Era joven y su cabellera oscura y larga, reluciente, caía sobre sus hombros. Traía impreso en todo su ser los rasgos de la raza a la que pertenecía: los Tamoio.

Rezó solemne y pausadamente el Padre Nuestro, en el lenguaje de su tribu, a través de la garganta de la médium en trance. No fue posible constatar la autenticidad de ese dialecto, pues los presentes no conocían el idioma tupi-guaraní ni sus dialectos. Pero ante aquel fenómeno tan bello y positivo, sin oscuridad, sin gabinetes aislados ni cortinas, por tanto sin ninguna posibilidad de engaño y además ante la vigilancia exhaustiva de algunos que no querían ser engañados ¿cómo dudar que aquel espíritu utilizase para orar entre sus nuevos amigos terrestres, el dialecto materno, aprendido en los bosques de Brasil?

César Gonçalves, uno de los mayores oradores espíritas de Brasil investigador metódico del fenómeno mediúmnico, se encontraba presente en esa reunión. No se levantaban actas, ya que en Lavras no se tomaba nota de las importantes revelaciones concedidas por el mundo invisible. Y, quizás por esa falta de preocupación por el sensacionalismo, los fenómenos eran allí espontáneos y de la mejor calidad.

Más tarde, en otros lugares donde estuve asistí a nuevas sesiones de materialización de espíritus desencarnados. Aunque fueron respetables y bien dirigidas, nunca fueron tan bellas ni convincentes. En mi corazón, Lavras, la ciudad de los ipês ⁸, en el extremo sudoeste del estado de Minas Gerais, quedó señalada como el lugar donde observé las más importantes revelaciones del Más Allá. Por eso, no pude jamás olvidarla.

⁷ En esa época, no se conocía al médium Chico Xavier, intérprete del espíritu Emmanuel, lo que hace desechar la idea de sugestión en la persona de la médium Zulmira Teixeira. Es evidente la cristianización del espíritu de aquel indígena brasileño, al adoptar un nombre cristiano, Emanuel, cuya traducción es "Dios con nosotros" (nota de la autora)

⁸ Ipês: árbol muy florido de la familia Tabebuia, muy abundante en Lavras (nota del traductor).

VI TESTIMONIO

“En la muerte violenta, las sensaciones no son precisamente las mismas. No ha comenzado precisamente ninguna disgregación inicial previa a la separación del periespíritu: la vida orgánica en todo su esplendor es aniquilada de repente. En estas condiciones, el desprendimiento se inicia después de la muerte y no puede finalizar rápidamente. En los casos de suicidio, excede a toda expectativa. Unido al cuerpo por todas sus fibras, el periespíritu hace repercutir en el alma todas las sensaciones corporales, con atroces sufrimientos”.

El cielo y el infierno, Allan Kardec, 2ª parte, cáp. 1, ítems 11 y 12.

“Su alma aunque separada del cuerpo, está todavía completamente inmersa, en lo que podría llamarse “torbellino” de la materia corporal, y tan vivas son sus ideas terrenas, que cree estar encarnada”.

El cielo y el infierno, Allan Kardec, 2ª parte, cáp. 5, El suicida de la Samaritana.

Muchos de nuestros lectores y casi todos los espíritas en general, creen que las novelas mediúmnicas no son más que arreglos literarios, ficciones que permiten exposiciones doctrinarias. Algunos incluso exponen que no leen esa clase de obras ya que no se interesan por lo ficticio. Ni siquiera sienten la curiosidad, que demostraría interés por la causa, de captar el arte con que los autores espirituales tejen sus enredos para presentar la magnificencia del Bien que se exalta en esos libros, ajenos como están a los hechos reales de la vida diaria, que se exponen en esas obras como enseñanza paralela a la revelada por la Doctrina de los Espíritus.

El espíritu de Bezerra de Menezes, en una obra mediúmnicamente concedida a nosotros (*Dramas de la obsesión*), clasifica las novelas espíritas como similares a las parábolas del Mesías, ya que están extraídas

de la vida real del hombre, como aquellas fueron inspiradas al Divino Maestro por la vida cotidiana de galileos y judíos, con sus peripecias diarias. Se engaña pues quien juzgue esas novelas como historias ficticias o simples composiciones artístico-literarias para fines de propaganda doctrinaria.

Estamos autorizados a declarar, en base a nuestra larga convivencia con los mentores espirituales que, en la gran mayoría, si no en su totalidad, las novelas mediúmnicas tienen la verdad de la vida humana como base, alterando algunos datos para evitar la identificación real de los personajes. En el capítulo cuarto de su obra *Después de la muerte*, el gran Lèon Denis describe lo siguiente, refiriéndose a las realizaciones concretas del Más Allá:

“Construcciones aéreas, de colores brillantes, galerías adornadas de estatuas que parecen animadas y palpitantes de vida, circos inmensos donde se reúnen y celebran consejos los delegados de los Universos, templos de amplias proporciones donde se elevan los ecos de una armonía divina, cuadros cambiantes luminosos, reproducciones de vidas humanas, vidas de fe y sacrificio, apostolados dolorosos, dramas del infinito”.

Y nosotros mismos, y también el lector, somos testigos de que las “reproducciones de vidas humanas” arriba citadas fueron dictadas a los médiums a través de visiones y de la psicografía. Las novelas de la vida real están ahí, en la bibliografía espírita prestando su servicio a la obra de esclarecimiento en cuanto a la conducta que debemos tener en la vida íntima y social, acorde a las leyes de Dios.

En *El cielo y el infierno* de Allan Kardec, en los relatos de las entidades sufridoras que el Codificador analizó, encontramos temas variados surgidos de hechos reales que podrían ser base de historias educativas modélicas, de sabor espírita. El mismo Denis en otra obra suya, describe acontecimientos observados durante experiencias espíritas realizadas bajo riguroso control científico, que proporcionarían un amplio bagaje intelectual para historias y novelas basadas en acontecimientos reales. Cualquier médium meticoloso y honesto, que ame su misión mediúmnic, podría tomar de su convivencia de las entidades espirituales, temas dignos de ser reflejados en una buena literatura educativa, siempre que se base en la veracidad de esos acontecimientos y no en fantasías de su subconsciente. Además ¿Cuántas

confesiones y narrativas de los espíritus sufridores en las sesiones prácticas, contienen dramas impresionantes, cuyos ejemplos serían excelentes con fines educativos?

Normalmente, los hechos narrados en las novelas mediúmnicas son extraídos de las vidas en el planeta, remotas o recientes, de los autores espirituales, como ocurre por ejemplo en *Hace dos mil años* y *Cincuenta años después*, concedidas por la entidad Emmanuel al médium Chico Xavier, además de otras de la misma entidad que detallan existencias conocidas por este espíritu en el Más Allá.

En otras ocasiones, los hechos son extraídos de la existencia de amigos o alumnos espirituales de los autores de la obra, como en la novela *Amor y odio* dictada por el espíritu Charles y en *Dramas de la obsesión* donde Bezerra de Menezes describe las dramáticas peripecias de un pequeño grupo de protegidos suyos, encarnados y desencarnados, durante los trabajos que realizó como orientador espiritual en los centros espíritas.

En el libro *En las vorágines del pecado*, concedido a nosotros mediúmnicamente, podemos observar la vida de su autor espiritual, Charles (El Carlos Felipe II de la misma obra) y de los seres que amó en la época, es decir en el siglo XVI. Y por todos es conocido que pasó lo mismo con el espíritu del conde Rochester que, en varios libros suyos confiados a la condesa Krijanowsky, médium rusa, comparte con el lector no solo sus actividades como espíritu en evolución, sino también la unión milenaria existente entre él y la médium.

Así mismo la entidad Padre Germán confía episodios de su vida terrena a la médium española Amalia Domingo Soler, confidencias que componen uno de los más bellos libros que enriquecen la bibliografía espírita, *Memorias del padre Germán*.

Todas esas luminosas entidades del mundo invisible y muchas otras más igualmente esclarecidas y brillantes son unánimes en declarar que el mundo espiritual es fértil en temas para estudios y análisis y que se encuentran dramas intensos en los recuerdos de sus habitantes, que en muchas ocasiones concuerdan en narrar a lo vivo, o sea creando escenas bajo el poder de la mente, sus pasadas peripecias en la Tierra.

Sabemos también que los escritores del plano invisible que proporcionan obras literarias a los encarnados, si son románticas,

acostumbran a juntar partes de una existencia con las de otra para ofrecer una lección más completa y lógica, haciendo como si fuese una única etapa en la Tierra; sustituyen nombres, fechas y lugares, para no identificar a los personajes, amplían la moral de la historia, adaptándola a las enseñanzas evangélico-espíritas para dotar a la obra de una finalidad educativa, insertan frecuentemente noticias espíritas auténticas de la época con fines propagandísticos, tal como ocurre en *El paralítico de Kiev* concedido a nuestra facultad por León Tolstoi, sin alterar la esencia y veracidad del caso, y disfrazan personajes y ambientes situándoles en la aristocracia y dándoles títulos nobiliarios, conscientes de que esos detalles posee la magia de atraer más al lector, deleitándole con un arte especial, aunque en muchas ocasiones algunos personajes hayan pertenecido realmente a la nobleza.

Aquí viene al caso recordar algunas confidencias de nuestro gran amigo espiritual Camilo Castelo Branco, en su obra *El tesoro del castillo*, dictada a nosotros y donde afirmaba que lo Invisible estaba lleno de entidades de la categoría moral del barón André Janeiro, personaje central de dicha obra, y que él, Camilo, no tenía necesidad de crear ficciones para editar obras mediúnicas porque tanto en el Más Allá como en la Tierra tenía a su disposición temas verídicos excelentes. Lo que faltaban eran médiums que se sometiesen a las disciplinas necesarias para la tarea de comunicación.

Para un literato, pero principalmente para uno desencarnado, un punto de referencia, pequeño acontecimiento de la vida real del ciudadano terrestre o de la entidad espiritual, bien estudiado y analizado, puede convertirse en una hermosa obra educativa espírita y es lo que vemos que sucede con nuestros escritores del Más Allá que no tienen necesidad de inventar las novelas que dan a sus médiums porque, escudriñando la sociedad terrestre y el mundo invisible, encontrarán acontecimientos dignos de ser immortalizados en un libro.

Las Bellas Artes en su área literaria, poseen recursos expresivos para, sin apartarse de la verdad, presentar una literatura romántica atractiva que podrá ser considerada como biografía de personajes que realmente han existido en la Tierra.

El Espiritismo, cuya misión es influir para renovar, mejorando todas las áreas de la sociedad, creo una literatura nueva, ejemplar, y su

bibliografía actual es una digna muestra de lo que todavía puede realizar en el futuro.

El relato que sigue, vivido por nosotros intensamente, está en los archivos de nuestra larga misión mediúmnica, guardado en nuestro corazón como una de las etapas más difíciles de nuestra “carrera mediúmnica” por así decirlo. Intentaremos resumirlo, restringiéndole al hecho meramente espírita, porque las demás circunstancias que le rodearon fueron tan penosas y humillantes para nosotros que no las trasladaremos al dominio público, pues deben ser olvidadas en obediencia a las leyes divinas.

Y además, la realidad, a pesar de la ficción dramática, es algo tétrica. El suicida Guillermo vivió en una famosa ciudad del sur del estado de Río de Janeiro, dejó una descendencia numerosa y, aunque no le conocimos personalmente cuando estaba encarnado, si lo hicimos con parte de su familia. Si no desvelamos aquí su nombre es por seguir los principios de fraternidad recomendados por el Espiritismo, que no aconseja la identificación real de ningún personaje de una obra que será de dominio público.

Y veremos como de un hecho normal de nuestra vida de espírita y médium y de un acontecimiento real, pero muy común en el Más Allá, pueden crearse algunas páginas literarias, que reflejando solo la verdad, podrán esclarecer doctrinariamente al lector en el análisis espírita propiamente dicho.

He aquí la ficción novelada de un hecho real, pero normal en la experiencia mediúmnica:

Todavía hoy no me puedo explicar la razón por la que en el mes de Junio de 1935 llegué a la estación de los antiguos Ferrocarriles Leopoldina Railway, en la ciudad de Petrópolis, estado de Río de Janeiro, llamada también “ciudad de las hortensias” por un gran e inolvidable poeta. Dos explicaciones acuden a mi mente: necesidad de una peregrinación expiatoria de mi espíritu, gravemente marcado por mi suicidio en la existencia pasada y reparaciones en el área de asistencia fraterna a compañeros de infortunio, desencarnados por la misma causa.

Si, en otro tiempo, como suicida, me ayudaron almas generosas del Más Allá, la Ley Suprema exigía de mí ahora que ayudase a otros.

Sabemos que esa Ley propone la solidaridad entre las criaturas de Dios, y jamás recibiremos favores o auxilio de otros sin que, posteriormente, dejemos de transmitirlos también a nuestro prójimo.

La residencia donde me hospedaba en Petrópolis estaba en un barrio sombrío y apartado del centro urbano, en las proximidades de un convento de la Orden de las Carmelitas y de un seminario de la Orden de San Vicente de Paul, lo que le daba un ambiente un tanto melancólico. Era romántica y sugerente, con un gran terreno elevado al frente, plantado de hortensias azules. Fue construida por un alemán que, por motivos económicos, se suicidó más tarde en el desván de la casa. Con apariencia de un chalet antiguo, la casa, pintada de blanco y con maderas rojas, tenía el estilo de las edificaciones alemanas y suizas, lo que me sensibilizó, dada la extraña afinidad que siempre he tenido por las cosas y personas del norte de Europa. Pero esos detalles, es decir el suicidio de su antiguo propietario, llegaron más tarde a mi conocimiento, así como el hecho de haber construido él la casa y haber vivido y muerto allí.

A pesar de su estilo atractivo, me pareció lúgubre al entrar, solitaria como estaba y rodeada de sombras, al estar al lado de una montaña, y al trasponer su umbral noté en mi corazón una fuerte sensación de angustia y aflicción, tan intensa que, si las circunstancias me lo hubiesen permitido, habría regresado inmediatamente a mi antiguo domicilio.

En la primera noche que pasé allí no pude conciliar el sueño, al oír gemidos continuos, estertores indefinibles, murmullos confusos, ininteligibles, como si alguien pretendiese en vano hablar claramente, pero no le fuese posible. Unos golpes en la tarima del suelo me molestaron durante toda la noche. El ruido procedente del mundo invisible es más impresionante que el del real, y eso me afectó profundamente. Al día de hoy prefiero ver a los espíritus, sea cual sea su nivel moral que oír los ruidos que producen, tan diferentes de los de nuestro mundo, graves, sordos, huecos.

Los ruidos y el hecho de no haber podido dormir alteraron mis buenas disposiciones físicas y morales y, al día siguiente, estaba abatida y presa de una insólita angustia. Al comentar con las personas de la casa lo que me había ocurrido, me dijeron que serían suposiciones mías, pues allí nunca habían sentido nada sobrenatural. Pasado un breve tiempo, continué oyendo los ruidos incluso por el día y observé que

venían del desván de la casa, que estaba exactamente encima de mi habitación. Recelosa de desagradar a los dueños de la casa, no me quejé, pero para mi alivio moral y para retirar la angustia que me oprimía, volví a estudiar diariamente “El Evangelio según el Espiritismo” y oré con fervor sus oraciones, cosa que hacía desde la infancia.

Me debilité y mi salud se alteró, ya que los dolores de cabeza constantes me impedían dormir durante noches consecutivas.

Mi presión arterial bajó, perdí fosfatos y albúmina de tal forma que hoy todavía no entiendo cómo pude resistir sin enfermar gravemente, ya que no tomé ningún medicamento, sólo agua magnetizada por mí misma, preparada con fervorosas oraciones a Jesús, ya que en esa época no tenía dinero para acudir a un médico ⁹.

Visité el desván, que estaba abandonado. Al entrar en él, sentí una influencia gélida y lloré mucho, sin saber porqué. Pero no vi nada, salvo algunos muebles antiguos.

Dos meses después, se desveló el misterio que me intrigaba.

Al lado de mi cuarto había otro, separado por un pasillo, donde había también dos cuartos más, deshabitados, ya que los dueños del chalet dormían en la parte delantera del mismo.

Ese cuarto al lado del mío era un escritorio, lo que me hizo utilizarle como cuarto de estudio, oración, escritura, etc.

Al seguir con mi insomnio, una noche me levanté a primera hora de la madrugada y me dispuse a leer en el escritorio, abriendo “El Evangelio según el Espiritismo” en el capítulo sexto “El Cristo Consolador”.

Lo leí con todo fervor y veneración, esas dulces verdades siempre calaron muy hondo en mi corazón y han sido y son el bálsamo que refuerza mi alma en los momentos de mayor preocupación.

En cierto momento, concentrada en la lectura edificante, que era como orar, y, enfocada ya hacia el intercambio con el mundo invisible y quizás guiada por mis mentores espirituales, distinguí con precisión en el desván, tirado en el suelo, a un hombre bañado en sangre, deba-

⁹ Por más extraño que parezca, es verdad que la acción de un espíritu sufridor sobre un sensitivo puede llevarle a la pérdida de fosfatos y albúmina, derivando en depresión nerviosa.

tiéndose en las convulsiones de una agonía dolorosa, murmurando palabras ininteligibles, agitando las piernas y los brazos y produciendo los ruidos que yo venía oyendo desde mi entrada en la casa. Su agitación parecía una agonía, y le hacía mover también la cabeza y el cuerpo. Era corpulento, de piel blanca y sonrosada, cabellera abundante y rubia y bigote también rubio y hasta los ojos, por una rápida asociación de ideas o fenómeno de penetración vibratoria y no solo por la videncia, creí que eran claros, como si realmente pudiese distinguirlos. Vestía una camisa blanca abierta, de manga larga, pantalón con un cinturón de cuero, pero la camisa estaba empapada en sangre. Parecía como si acabase de descerrajarse un tiro de revolver en el corazón y la sangre corría empapándole no solo el tórax, sino también el abdomen, las manos, los brazos y la cabeza derramándose por el suelo y él se envolvía tétricamente en su propia sangre. La escena no me asustó ni me impresionó, aunque me había conmovido. Sentí en mi corazón una compasión indescriptible, con un sentimiento inédito de amor, de un amor intenso desconocido todavía por mi corazón, a favor del pobre “agonizante”. Lo que contemplaba allí no era un extraño, un extranjero que no conocía personalmente, sino una criatura muy amada cuya desgracia me conmovía profundamente. Las lágrimas asomaron a mis ojos, pues no creo que ningún médium pueda presenciar una escena de esas con indiferencia. Entonces comprendí lo que ocurría, oré por el pobre suicida, que quizás nunca había sido asistido por una oración y ofrecí a Jesús mi colaboración con el fin de ayudarlo, como es deber de todo médium ante un desencarnado en apuros.

–¿Qué podría hacer por él? –pregunté mentalmente al rezar.

–¡Orar! ¡hablarle! ¡rodearle de vibraciones amorosas! ¡despertarle de la pesadilla en que se encuentra hace tanto tiempo! ¡anestesiarse su desgracia con una palabra de fe y esperanza! ¡ampararle en el corazón con la dulzura de una madre! Una mujer médium es siempre madre de los desgraciados... –susurraron a mis oídos los piadosos asistentes invisibles que me protegían, permitiendo el fenómeno.

Entonces recé. Rezaba diariamente con fervor, postrándome de rodillas suplicando por el suicida que veía allí y mentalizando a Cristo con manos extendidas para ayudarlo, con el fin de que alguna manera el captase la creación de mi pensamiento y pudiese tener esperanza en él, intentando conseguir alivio para su descontrol vibratorio. Leía, como oraciones, las amorosas comunicaciones del Espíritu de Verdad,

de San Agustín, de Fenelón, del cardenal Marlot, todas aquellas sublimes lecciones que “El Evangelio según el Espiritismo” ofrece a los corazones sedientos de consuelo y esperanza.

Pero era necesario saber el nombre del suicida para solicitar la ayuda de los hermanos encarnados, en forma de oraciones y en las sesiones llamadas de caridad, y al día siguiente de verle por primera vez, pregunté al dueño de la casa quién había vivido antes allí. Me proporcionó entonces los detalles ya citados, es decir que ahí había residido el propio constructor y antiguo propietario del inmueble, que se había suicidado en el desván con un tiro de revólver en el corazón, hacía diez años, que era alemán y se llamaba Guillermo. Y no pensemos que lo que yo veía allí fuera un reflejo del acto impreso en las vibraciones del ambiente, por que si fuese así, la visión sería fija mientras que lo que yo percibía se movía aproximándose a mí y en un estado de convulsión agónica.

Este espectáculo se mantuvo durante un año, tiempo que residí en la “ciudad de las hortensias”. Los dueños de la casa solían salir por la noche al cine, visitas, fiestas, etc. Y como yo no me animaba a acompañarles, estaba sola, hasta altas horas de la madrugada, en un barrio apartado y sombrío donde no pasaba nadie. En esas condiciones, a solas, delante de Dios, yo tenía que adoctrinar con frases amorosas a ese espíritu, deshecho en convulsiones a mis pies, sumergido en una atroz pesadilla creada por las alucinaciones del traumatismo vibratorio resultante del suicidio, y hacerle despertar a través de las fuerzas del pensamiento. Para eso reunía todo el valor de mi fe y la confianza en la ayuda de los guías espirituales y actuaba con resolución, y hablaba exhortándole en nombre de Jesús a volver en sí para dominar sus propios disturbios mentales con su voluntad, que se debería imponer al colapso que sentía; le explicaba su verdadero estado, le aleccionaba sobre la inmortalidad del alma, tal como hace un adoctrinador con los desencarnados en una sesión normal. Yo tenía que actuar sin dejarme intimidar ni por un instante o vacilar en mi empeño, pues sabía que si esto ocurría estaría perdida: las funestas infiltraciones vibratorias del suicida podrían redundar en una obsesión inconsciente por su parte, lo que me podría conducir incluso a un suicidio idéntico en aquel mismo desván.

Volvía entonces al capítulo 6º del “Evangelio según el Espiritismo”, libro que considero repleto de magia celestial, y que fue mi

escudo también en esa etapa de mi vida. Las dulces advertencias del Espíritu de Verdad resonaban por el recinto reanimando mi ser, dando vigor a mi corazón con efluvios de esperanza y confianza, que llegaban, por procesos vibratorios de sublime transcendencia, a aquel ser desesperado que yo veía a mis pies. Y al leerlas, tenía la impresión que el mismo Jesús hablaba al suicida, mediante cuadros creados por mi pensamiento y adaptados a él por los asistentes espirituales:

–“Soy el gran médico de las almas y vengo a traer el remedio que os curará. Los débiles, los sufridores y los enfermos son mis hijos predilectos. Vengo a salvarlos. Venid pues a mí, los que sufrís y estáis oprimidos y seréis aliviados y consolados. No busquéis en otro lugar la fuerza y el consuelo, pues el mundo es impotente para darlas”.

–“Vengo a instruir y a consolar a los pobres desheredados. Vengo a decirles que se resignen en sus pruebas, que lloren, por que el dolor fue sagrado en el Huerto de los Olivos, pero que tengan esperanza, puesto que también a ellos los ángeles consoladores vendrán a enjugar sus lágrimas”.

–“Dios consuela a los humildes y da fuerza a los afligidos que la solicitan. Su poder cubre la Tierra y en todas partes, al dado de cada lágrima colocó Él un bálsamo que la consuela”.

Todo lo que existía en mí de bueno y aprovechable lo empleaba en las súplicas a Jesús para que me enviase ayuda para socorrer a aquel infeliz. Lo hacía bañada en lágrimas, postrada de rodillas, por que de otra forma sería una profanación para la escena que se desarrollaba ante mis ojos, ya que yo creía firmemente que Jesús estaba presente en aquellas voces contenidas en las comunicaciones del “Espíritu de Verdad” y hasta en los ruegos que yo misma hacía.

Sin embargo yo sentía que todas mis fuerzas psíquicas exigían que recibiese a aquel espíritu mediúmicamente, que las corrientes de atracción magnética de mi facultad estaban unidas a él para el legítimo fenómeno de incorporación. Yo sufría con él, sentía sus dolores, su asfixia, su angustia. Sentía el corazón pesado y dolorido, una sed abrasadora, vértigos, pero dominaba esas sensaciones mediante mi voluntad, por la oración, suplicando siempre la asistencia de los amigos espirituales, pues comprendía el origen de todo aquel malestar. Por mi frente corrían sudores de agonía, helados, y muchas veces un temblor incontrolable hacía castañetear mis dientes, y no es posible

describir el martirio que padecía en el contacto con aquel suicida, a quien a pesar de todo, debía consolar y esclarecer.

Buscando el beneficio general, intenté descubrir un centro espírita donde pudiese encontrar colaboración para este caso, y lo encontré. Pero existían dos problemas para esto: la falta de confianza de los espíritas en mi mediúmnidad –yo no era conocida en la ciudad ni entre ellos– y la distancia que existía entre el centro y mi residencia, ya que estaba al otro extremo de la ciudad y el horario de las reuniones era incompatible con los míos, ya que no contaba con nadie que me pudiese acompañar en mi vuelta a casa. Comprendí entonces que la tarea junto al suicida era exclusivamente mía, que se trataba de un pesado testimonio de fe y resistencia a la tentación del suicidio, que Dios exigía de mí y por eso proseguí, confiando en los recursos proporcionados por la Doctrina de los Espíritus.

Las materializaciones del espíritu en cuestión, no eran permanentes, sino frecuentes, intermitentes, a veces demorándose algunos segundos para volver enseguida, otras veces eran relampagueantes, aunque yo continuase percibiendo su presencia y su influencia sin ver nada en concreto. Aun así ¿cómo no enloquecí de miedo o no me dejé obsesionar en los momentos en que veía al infeliz suicida dejar el desván y fluctuar en el espacio atraído por mis energías afines y llegar al escritorio junto a mí, continuando con sus eternas convulsiones?

En tan difíciles circunstancias, además de la misericordia de Dios y la asistencia de los mentores cuya protección piadosa sentía y agradecía, destacándose la ayuda de las entidades Charles y Camilo Castelo Branco, este último todavía no reencarnado.

He aquí la esencia del fenómeno, explicada por Charles, ahora cuando escribo estas páginas veintinueve años después de los hechos:

–“También tu fuiste suicida, y como tal, hiciste sufrir mucho a otros, incluso aquellos que intentaron ayudarte, como espíritu. El suicidio es un acto de debilidad y falta de creencia, de desánimo generalizado, de cobardía moral un terrible conjunto que ata a la criatura en una maraña de situaciones anormales. Era necesario pues, para desagravio de tu honra espiritual, que un día testimoniases valores alrededor del suicidio, y retribuyeses a otros con la ayuda que obtuviste de la asistencia caritativa de los que te socorrieron en otro tiempo. El caso que tienes delante es uno de los testimonios que debías presentar por la ley de reparaciones de delitos pasados, testimonio de fe, tu que fallaste por la falta de fe en ti misma y en el poder de Dios. Unida a ti por corrientes afines, la entidad suicida adquirió condiciones para reanimarse y percibir que era necesaria la mejora de su estado, tomando fuerzas vibratorias para superar el sopor en que se dejaba envolver. Comprendía la adoctrinación que realizabas, recibía el bálsamo magnético que le transmitías como si fueran pases, y lentamente era beneficiada como en dosis homeopáticas, pues ese era el único recurso para suavizar este caso.

No lamentos jamás los dolores que experimentaste en aquellos días angustiosos de tu labor, cumplías un deber sagrado, rehabilitabas tu conciencia, servías al Maestro Divino sirviendo a Su oveja descarriada, y según él se recuperaba bajo tus cuidados, también tu te recuperabas bajo la ley de la fraternidad, que indica proceder con los otros como nos gustaría que ellos hicieran con nosotros. Como suicida que fuiste, estarás unida a las consecuencias del acto practicado y una parte de esas consecuencias es la necesidad de ayuda a los compañeros de infortunios... hasta que la conciencia se libre de su culpa, el suicidio es así y no de otro modo. Y tal como es, nos cabe enfrentarlo y combatirlo, para felicidad del género humano”.

Tal estado de cosas requería de mi fe, mi amor, paciencia y valor, todo el tiempo que residí en la “Ciudad de las hortensias” pues, solo pocos días antes de mi partida de allí, asistí a la retirada definitiva del espíritu del pobre suicida del lugar del siniestro, es decir del desván de la casa construida con el producto de su trabajo honesto, casa que le era muy querida y cuyo terreno de enfrente él mismo había plantado hortensias azules, antes de su dramático gesto de desobediencia a la Ley de Dios.

Dejé Petrópolis algunos días después de la partida de mí muy querido alumno espiritual Guillermo. Era en junio, y el cielo azul pálido, medio velado por las brumas de invierno, ensayaba tímidamente brillar bajo los rayos del sol que rompían las nubes. Desde la ventana del vagón en que estaba, y mientras el tren corría, alejándose de la bella ciudad serrana, yo contemplaba el paisaje mojado por el rocío de la noche y me confortaba por la belleza que todo aquello irradiaba. Pero no fue con un sentimiento de tristeza, con el que me despedí para siempre de aquel ambiente en que tanto había sufrido, que, si había sido trágico y difícil de soportar, también había alcanzado, bajo mi punto de vista la consideración de santuario, en virtud del sublime acontecimiento que se había desarrollado en mi presencia, bajo los auspicios de la Doctrina de los Espíritus. Oré conmovida, mientras el tren corría, agradeciendo todo lo que me había sido confiado entre las solitarias paredes del chalet alemán, bien segura de que había cumplido mi deber y que los mentores estaban satisfechos conmigo.

¿Adonde habría ido la entidad suicida?

¡Sólo Dios lo sabe! Yo sin embargo nunca lo supe, a pesar de las deducciones que me atreví a hacer.

Pero lo que consuela es que sabemos con certeza que fue ayudado de los males en que él se había precipitado, que Jesús le extendió Su mano compasiva, permitiéndole, en nombre del Padre, nuevas enseñanzas para su necesaria rehabilitación... mientras que entre su espíritu y el de la pobre médium que le atendió, se establecieron eternos lazos de amor espiritual en presencia de Dios, el Sumo Hacedor...

VII AMIGO IGNORADO

“Además del Ángel de la guarda ¹⁰, que es siempre un espíritu superior, tenemos espíritus protectores que, aunque menos elevados, no son menos buenos ni magnánimos son amigos o parientes o incluso personas que no conocemos en nuestra existencia actual. Ellos nos asisten con sus consejos y, a menudo, interviniendo en los actos de nuestra vida”.

El Evangelio según el Espiritismo, (Allan Kardec, cáp. 28, ítem 11).

Ningún espírita, atento a los deberes del estudio doctrinario y de su consecuente observación, desconoce que la sociedad del Más Allá y la de la Tierra son una misma cosa, continuación una de otra, en fase diferente, con la única dificultad de ser la primera invisible e incluso ignorada por la segunda. Los espíritas sabemos también en qué grado los hombres en general son asistidos e influenciados por los habitantes del mundo espiritual, ya que tenemos amigos y enemigos, simpatizantes y adversarios desencarnados, y que su influencia en nuestra vida diaria depende solamente de nosotros mismos del estado de nuestra mente, de los actos diarios que practicamos. Según sea nuestro proceder, incluso durante la infancia –pues también el niño podrá ser bien o mal asistido espiritualmente– podremos imponer respeto a los desencarnados de orden mediocre o inferior y hacer de ellos amigos leales para siempre, o también obsesores, pues sabemos que no solo los amigos elevados, tanto en la Tierra como en el Más Allá, nos podrán valer en las horas difíciles.

Alimentamos, sin embargo, la pretensión vanidosa de que nuestros amigos espirituales serán solamente los instructores y guardianes de elevada jerarquía, aquellos que están muy elevados por sus virtudes, méritos y sabiduría. También deseamos para nuestros guardianes diarios, espíritus cuyos nombres han sido venerados en la tierra por la humanidad, e infantilmente creemos que esta o aquella individualidad

¹⁰ Jefe de la falange o legión espiritual a la que pertenecemos, espíritu de alta elevación moral e intelectual.

brillante del mundo de los espíritus vive a nuestras órdenes, sometida a los caprichos de nuestra curiosidad o insensatez, sin querer atender a la necesidad de esfuerzo para el propio progreso, a fin de conseguir aquellas tan deseadas compañías espirituales. Pero la verdad es que tenemos, además de esas, otros amigos devotos que nos ayudan mucho, realizando actividades de fraternidad cristiana alrededor de nuestras necesidades de pecadores en servicios de rescate a través de las pruebas y luchas propias de la evolución, amigos pertenecientes a los planos modestos de la sociedad espiritual que, humilde y amorosamente, nos socorren con discreción en las horas adversas, sin que lo sospechemos la mayoría de las veces, aunque actúen, ciertamente, bajo la dirección de entidades más elevadas.

Como todos, también poseemos amigos de esa categoría espiritual, y estas páginas serán un homenaje y nuestro reconocimiento a la dedicación humilde y perseverante con que ellos nos han amado y servido durante toda nuestra vida.

Lo que sigue, expresión de hechos concretos de las dos caras de nuestra existencia, espiritual y material, señala no solo la fuerza de un sentimiento del corazón que venció a los siglos y a las reencarnaciones, sino también aspectos tiernos de la sociedad espiritual en comunión con la terrena, la influencia en nuestra vida, de las entidades espirituales de que estamos rodeados sin saberlo. Y tengamos en cuenta que no siempre atraeremos solo las influencias odiosas, sino también las amorosas...

—“Gracias a Dios, siempre supe tratar con las criaturas sufridoras, los pobres, humildes, mendigos y hasta criminales. Durante el largo ejercicio de mi mediúmnidad traté con todos ellos y entre esa sociedad de ‘los hijos del Calvario’, bella expresión del espíritu Emmanuel, hice amigos sinceros. A decir verdad, fue en el hogar paterno donde recibí la enseñanza de que todas las criaturas son hermanas al ser hijas del mismo Dios y que, por eso mismo, es inadmisibile cualquier preconcepto ya sea de religión, raza, color o posición social. Tales sentimientos, innatos en el corazón de mis padres fueron ampliados y confirmados por la reeducación prestada por el Consolador. Y me es grato entonces, recordar en estas páginas episodios de mi infancia y primera juventud, a pesar de la angustia permanente que yo sufría por los recuerdos procedentes de la existencia anterior.

Mis padres, que residían siempre en casas muy espaciosas, como eran las residencias en el estado de Río de Janeiro y Minas Gerais, en esa época acostumbraban a recoger mendigos de la calle en nuestra casa, hospedándoles en dependencias apropiadas, y donde pasaban a veces largas temporadas. Nuestra casa pues, era una especie de albergue para la pobreza desvalida. Los hijos de la casa teníamos que servirles, a aquellos pobres, como a verdaderos huéspedes. Teníamos que lavarles, retirarles parásitos de los pies y de la cabeza si era el caso, ofrecerles ropa para cambiarse mientras mi madre lavaba las suyas, convencerles de seguir una conducta higiénica, etc. Después, ellos se iban para una vida incierta, sin adaptarse a este tipo de costumbres, pero quedaban reconocidos, sintiendo veneración por todos nosotros.

No era raro verles volver a nuestra casa en otra temporada y después retornar a su vida incierta. ¡Cuántas veces mi padre regresó a casa, de noche, acompañando a una o dos familias de pobres desarraigados que encontraba por las calles o en los andenes de la estación ferroviaria, que permanecían con nosotros hasta que él mismo conseguía trabajo para el jefe y casa para la familia! Una vez, una mendiga medio ciega, la Sra. Rita, se quedó en nuestra casa, acompañada de su hijo menor, durante un año. Tuvo una ascendencia increíble sobre el carácter delicado y sumiso de mi madre, era orgullosa y autoritaria, exigiendo las comidas a determinadas horas, incluso antes que las nuestras, y escogiendo el menú para el día siguiente, en lo que frecuentemente era atendida por mi madre, que en ellos veía personas con derecho a un trato amable como cualquier otro huésped. Mi padre nunca se enfadaba con estas cosas, si no que se reía diciendo que, con seguridad en otras vidas la Sra. Rita habría sido alguna dueña de esclavos, habituada a mandar y bien servida por todos, y ahora vivía espionando todo aquello para vencer el gran orgullo que todavía le hacía infeliz. Por otra parte si a mi madre le llegaba la noticia de alguna pobre parturienta sin recursos, la visitaba y después le enviaba todo lo que podía, desde la ropita del recién nacido hasta comida para la madre, siempre lo mejor que ella tenía. Había en nuestra casa muchas gallinas, pues residíamos en una granja en aquella época. Pero, si alguien quería comprar alguna, mi madre no la vendía si no que la regalaba por que le daba vergüenza recibir dinero por algo tan insignificante. Mi padre la censuraba por esto diciendo que era un hombre muy pobre, cargado de hijos (éramos siete), y no podía dar tanto a los demás. Ella se callaba sin decir nada. Pero al poco era él mismo el que

daba a los pobres no solo una o dos gallinas, sino también los huevos y cestas con toda clase de cosas. Sin embargo, era verdad que éramos pobres y mi padre nos crió con muchas dificultades. Quizás por esos valores recibidos en la casa paterna, donde las personas recibían toda clase de consideraciones y a quien nosotros, los hijos, debíamos besar la mano, pidiendo su bendición, hoy sigo comprendiéndolas como también a los desencarnados de orden inferior, infundiéndoles confianza.

Todas esas personas son merecedoras de nuestra consideración. Les gusta recibir nuestras atenciones, que hablemos de sus asuntos y que nos riamos juntos. Y nunca tenemos que demostrarles altivez y compasión, sino ser naturales con ellos, disculpar su miseria y sus errores sin destacarlos, y nuestra superioridad se impondrá solo por las buenas cualidades que sepamos emitir en su presencia. Si nos convidasen para una fiesta en sus chabolas (en Río de Janeiro se da mucho esto), se ofenderían si no fuéramos o si nos viesen mal arreglados, entendiéndolo como una ofensa a sus personas.

Entre aquellos pobres agasajados en mi casa paterna, se destacaban dos ancianas negras, que habían sido esclavas en su juventud. Tan grande era el afecto que nos profesaban que ellas no se fueron de nuestra casa hasta que mis padres se mudaron a Minas Gerais. Se llamaban Delfina y Germana y eran cuñadas, mis hermanos y yo las llamábamos "titas". Las servíamos con gran satisfacción la comida en una bandeja bien presentada y les oíamos con gran interés contar las historias de cautividad, aprendiendo también las canciones de aquella época de esclavitud, que cantábamos con ellas. ¡Y con qué respeto les besábamos las manos, pidiéndoles su bendición por la mañana y por la noche!

Mis padres habían recibido de mis abuelos estas enseñanzas y mantenían en nuestra casa costumbres patriarcales, siempre eran obedecidos pero nuestra vida era bella, a pesar de las espinas que muchas veces nos herían y todo cuanto aquí relato se extendió entre su prole, incluso después de su muerte.

Las viejas ex-esclavas murieron llevando para el más allá el afecto y la gratitud que nos tenían, y, como espíritus desencarnados, continuaron siendo nuestras amigas, deseosas de retribuir el cariño que les dimos, y ayudándonos en los momentos difíciles de nuestra vida. Muchas veces vi sus espíritus, tanto en vigilia como en desprendimientos mediúmnicos sonrientes y afables (Delfina se presentaba más esclarecida que Germana) dispuestas a intentar siempre algo para ayudarnos

y satisfacernos. Y parece incluso que las dos antiguas amigas, una vez desencarnadas encaminaron hacia nosotros grupos de espíritus afines a ellas, pues siempre me causó extrañeza el hecho de verme frecuentemente asistida por espíritus de antiguos esclavos africanos y de indios de tribus brasileñas. Podría decirse que el trato amoroso concedido por mis padres a aquellos humildes hijos de Dios a quien hospedaban en su propia casa, impulsándonos a proceder de igual manera, había atraído hacia nosotros, los hijos, las simpatías de los desencarnados de la misma clase.

En lo que a mí respecta, esa asistencia se ejerce hoy como nunca, durante los fenómenos de desdoblamiento en cuerpo espiritual cuando a veces, me encuentro como perdida en regiones tenebrosas del mundo invisible o incluso de la Tierra, a merced de peligros imprevisibles. Me inclino a creer que, asistiéndome en esas ocasiones, esas entidades cumplían con su deber, ya que pienso que podrían considerarse como una “policía del mundo invisible” dirigida por entidades más elevadas. Podríamos llamarles también “asistentes sociales de lo Invisible”, vigilantes, etc., por emplear términos comprensibles para nosotros. No obstante, jamás me comuniqué con esos amigos espirituales en sesiones mediúnicas organizadas, jamás recibí de ellos mensajes escritos o verbales a través de otro médium, ni consejos ni advertencias. Solo me han servido como fieles amigos, portándose humilde y discretamente, durante ciertos sucesos ocurridos en trances espontáneos, sin la dirección de los mentores.

Me hablan pocas veces, y cuando lo hacen se muestran respetuosos y discretos, siendo su lenguaje idéntico al mío, sin ningún acento tupiguaraní o africano. Estas espíritus me han ayudado librándome de la persecución de los bandoleros del Más Allá, que acostumbran a preparar trampas terribles para los médiums, a través de la mistificación y la seducción, ejercidas durante el sueño de los mismos o a través de sugerencias ingratas, pues dichos bandoleros, u obsesores, son la mayoría de las veces, grandes adversarios de los médiums, ya que estos constantemente les presienten y desenmascaran, impidiendo sus intentos.

El fenómeno de desdoblamiento espiritual es un mecanismo que sucede naturalmente, fuera de la acción protectora de los mentores, y durante dicho fenómeno, los humildes amigos en cuestión dan caza a los obsesores, deteniéndoles en muchas ocasiones, siendo acreedores de mi reconocimiento, exactamente como sucedería en la Tierra si nos

viésemos asaltados por delincuentes y fuéramos socorridos por hombres de oscura posición social, pero humanitarios y honestos.

Tengo que confesar al lector, para que entienda mejor mi relato, que desciendo de indígenas brasileños de la tribu Goitacás. Mi bisabuela paterna era una legítima india Goitacás y fue hecha prisionera cuando niña por mi tatarabuelo, rico hacendado portugués, en el estado de Río de Janeiro. Más tarde, esa india se casó con un hijo suyo, mi bisabuelo. Esa señora, cuyo nombre nativo nunca fue conocido por la familia que la adoptó, recibió el nombre cristiano de Fermina y era una persona con gran bondad de corazón y honradez, madre de familia ejemplar, jamás demostró cualquier resabio de la selva, siendo amada y respetada por toda su descendencia, que se honraba también por su origen. Al parecer, yo sería el único descendiente suyo que no me entusiasmaba por el origen Goitacás, aunque amase su memoria. Mi padre no llegó a conocerla pero respetó su recuerdo gracias a las noticias que se transmitieron por tres generaciones.

Perteneciendo a falanges espirituales emigradas de Europa, no me entusiasmaba demasiado por mis ancestros indígenas. Sin embargo llegué a querer mucho a los indios brasileños en general, gracias a la Historia, cuyas lecciones tuve en mi infancia, pues entendía que ellos, los indios brasileños, así como los africanos y los portugueses, están tan identificados con la familia brasileña que, con excepción de los descendientes directos de otras corrientes de emigrantes extranjeros, todos los brasileños guardan en sus venas la sangre generosa de una de las tres razas citadas e incluso muchos tienen las tres mezcladas en simbólica unión.

Comprendía, siguiendo las enseñanzas espíritas, liberales por excelencia, fraternas y amorosas, que la verdadera patria de la humanidad es el Universo Infinito y que todos los hombres son hermanos entre sí, afines incluso con los tres reinos inferiores de la naturaleza.

Me admiraba pues, de notar a mi lado de vez en cuando, como ayuda y protección, la figura espiritual de un indio brasileño, joven y gentil, de unos 18 a 20 años de edad, cuyo semblante reflejaba una melancolía profunda mientras que su actitud era siempre discreta y afectuosa. Algunas veces encontré cierto parecido en sus rasgos con algunas tías-abuelas mías, pero no le preste mayor atención a este hecho. Como espíritu desencarnado, no había perdido todavía el conjunto mental de la última encarnación terrena, no se si por propia

voluntad o por causas por mí desconocidas, ya que su aspecto era el normal de los indios brasileños, discretamente adornado con plumas de aves y flechas de color, los cabellos largos caídos sobre sus hombros a la usanza de nuestros nativos.

Su configuración espiritual no era nada tenue a mi visión, bien en los trances mediúmnicos o en estado de vigilia sino bien sólido y reluciente, semidesnudo y moreno tal como había sido su cuerpo material. Y de tanto verle y ser ayudada por él acabé por tomarle afecto sinceramente y su recuerdo se hizo muy querido y tierno en mi corazón

Me daba la impresión, de que, encarnado, su voz tendría un tono bajo y sus palabras eran pausadas, ya que así es como yo le comprendía, incluso durante la vigilia. Sin embargo, nunca me habló el lenguaje vulgar y si de forma natural, aunque lo hizo en pocas ocasiones. Una vez le pregunté su nombre, para rezar por él y por que no me gusta tratar con espíritus anónimos. Pero él se encogió de hombros, sonrió tristemente y respondió graciosamente, como queriendo liberarse de una impertinencia:

–José... me llamo José...

Hace cerca de dos años, un fenómeno de desdoblamiento espontáneo y, por eso sin asistencia de los mentores se produjo incluso contra mi propia voluntad y me llevó a volar por el espacio en los planos bajos, en una bonita noche de plenilunio. En esas circunstancias siempre debe el médium prevenirse contra posibles accidentes, manteniéndose en constante correspondencia mental y vibratoria con sus mentores, ya que no puede desconocer la grave responsabilidad que tiene en este tipo de acontecimientos.

Fuera del cuerpo físico todo es más perfecto y bonito para la comprensión y penetración de nuestro espíritu. El encanto de la noche, pues era poesía lo que irradiaba el paisaje bajo la dulce luz de la luna, así como la luz azul que penetra en todo el planeta y parece provenir de vibraciones cósmicas, el perfume de las flores, la naturaleza excitada por las irradiaciones magnéticas de la fase lunar, y la reconfortante armonía que se desprendía de todas las cosas, arrebataron mi imaginación, llenándome de bienestar y alegría. Pero, en vez de elevar el pensamiento a Dios agradeciéndole esta sensación y de esta forma atraer la asistencia de los amigos espirituales, para intentar con ellos algo útil a favor del prójimo o de la propia doctrina, me puse a volar

libremente bajo la luz de la luna, a cantar y a bailar ballet clásico, gritando loca de alegría de vez en cuando:

—¡Oh, que maravilla ser libre! ¡Quisiera liberarme de todo para expandir intensamente mis deseos!

Y así estuve algún tiempo, que no puedo precisar si breve o largo, agotándome sin necesidad, a merced de un trance mediúmnico peligroso, sin acordarme siquiera de la existencia de los guías espirituales.

De repente fui bajando, sin fuerzas para continuar equilibrada en la atmósfera, hasta que toqué el suelo. Entonces, no me pude levantar porque las vibraciones habían disminuido de intensidad, en vista de la frivolidad de los pensamientos, que habían retardado mi sistema de energías mentales, siendo estas el origen de todos los acontecimientos en los planos espirituales, ya sean superiores o inferiores. Me vi perdida en un desierto de colinas rodeadas de montañas más altas.

Era un lugar solitario e impresionante por su extensión, típicamente brasileño que atemorizaba por el silencio que reinaba en él. Me embargó una penosa sensación de abandono y peligro, ya que me notaba como entorpecida por una presión hipnótica, pues no podía razonar ni orar. Parecía un lugar de vibraciones pesadas, posiblemente poblado por una legión de fantasmas obsesores que ahí tenían su cuartel general, y me atraían siempre, como imanes poderosos, hacia lugares más lúgubres. Sentía una extraña presión en el cerebro y veía mermaidas mis fuerzas de reacción, pero oía el canto de los grillos y el croar de las ranas, así como unos silbidos finos y agudos en los que reconocí aterrorizada, la señal inconfundible de las cobras y serpientes durante sus salidas nocturnas. Mi visión se distendió y conseguí ver un amplio espacio transitado por decenas de esos terribles ofidios moviéndose agitadamente. Incluso una atracción más poderosa, invencible, me llevaba hacia una gruta repulsiva, entre un matorral tenebroso.

Mi corazón latía aterrorizado y unos temblores incontrolables agitaban mi periespíritu, sin que pudiese reaccionar. Pero, en un momento dado, surgió delante de mí el joven indio arriba citado, que ya me había ayudado en otras situaciones igualmente críticas. Llegó hasta mí, me cogió del brazo, mostrando prisa e inquietud, apretó con fuerza y exclamó con su voz dulce y muy baja, como siempre:

—¿Qué viniste a hacer aquí hijita, estás loca?... corres un gran peligro en este lugar...

No me indicó la naturaleza del peligro, pero se elevó en el espacio, asegurando mi brazo fuertemente, y emprendió un vuelo rápido y seguro, atravesando el inmenso desierto de colinas, hacia más allá de las montañas. Sentí reavivar todas mis energías, con la extraña fuerza que se desprendía de él. Y todavía hoy me admiro del equilibrio, la ligereza y la rapidez de ese vuelo, que tan a tiempo me socorrió y fortaleció. El buen amigo me trajo hasta mi habitación rápidamente, sin que me fuese posible observar el trayecto que hicimos, para verificar a que región de Brasil había ido a parar.

Contemplé mi propio cuerpo en la cama, rígido y medio desmayado bajo la acción del trance cataléptico parcial. Mi caritativo amigo me depositó allí con suavidad, con la misma técnica de los demás protectores espirituales, infundiéndome nuevas energías.

Al despertar lentamente, pude todavía oír como me daba una afectuosa advertencia:

–No hagas más eso, es muy peligroso. En esas ocasiones es necesaria la máxima vigilancia. Y ahora descansa en paz y reposa...

¿Oh, cómo no sentir al corazón irradiar santas expresiones de amor por amigos de esa clase, tan humildes como amables y generosos?

Fui informada últimamente, por el mismo amigo “José” al que yo creía un desconocido, que pertenecía a la tribu de los indios Goitacases, y que se unía a mí no solo por lazos de simpatía espiritual, sino también por los de sangre, ya que él fue el hermano mayor de mi bisabuela, revelación que me sorprendió sobre manera, ya que nunca me había detenido a pensar en la antigua parentela que había vivido en la selva del estado de Río de Janeiro. También me reveló, dejándome asombrada, que nuestra unión espiritual viene desde hace siglos, pues él mismo no era un espíritu primitivo, que ya había vivido, reencarnado, en otros climas y civilizaciones y que su destierro espiritual para la selva fue el resultado de una larga serie de errores e infracciones cometidos contra las leyes de Dios. Y que tal castigo le había humillado tanto, delante de su propia conciencia y de los amigos de otras eras, que ahora había decidido rehabilitarse, a costa de todos los sacrificios impuestos por la expiación. Dijo más que esa era la clase de castigo más dolorosa y vergonzosa para un espíritu, por que es equivalente al exilio hacia planetas primitivos, pues el bosque es, del

mismo modo, un mundo primitivo donde existe el llanto y el crujir de dientes. Y destacó:

–No puedes suponer, hijita mía, lo que es el sufrimiento íntimo de un indígena de la selva, que ya vivió, en existencias anteriores, entre civilizados. Se puede decir que no puede olvidar su pasado, ya que este palpita todavía dentro de él y se exterioriza en los sueños, aspiraciones e intuiciones. De ahí su tristeza, nostalgia e incluso neurastenia...

–Si ya fuiste civilizado, como encarnado ¿Por qué conservas ahora la configuración indígena que es tan primitiva? ¿No es hora de corregir los conjuntos mentales?... ¿O las antiguas existencias son hoy tan odiosas en tus recuerdos y por eso prefieres la apariencia indígena?... –me atreví a preguntar basándome en el derecho que la práctica espírita concede a la instrucción doctrinaria.

–Sí –respondió–, la apariencia actual me es más grata, por que no puedo desaparecer de mí mismo, soy eterno y es necesario que sea alguna cosa individualizada... como indígena brasileño inicié la serie de reparaciones de las faltas cometidas en el mundo civilizado. Pero, aunque yo quisiera modificar mi apariencia, no podría, por una cuestión de pudor y honradez. ¿Cómo aparecer ante mí mismo o ante otros con la personalidad de un déspota, un tirano, un criminal y un traidor? Tendré que desempeñar una larga serie de tareas nobles en las áreas que me asignen, en desagravio a los males que causé en otro tiempo en la civilización... El castigo continua, todavía no estoy libre de pecado... por eso pedía a tu bondad que rogases a Dios por mí...

–¿Quién te viene castigando, Dios? –pregunté.

–¿Oh, como puedes juzgar que Dios castigue a alguien? El que se castiga soy yo mismo, es la ley de causa y efecto, mi conciencia, el desajuste en que me encuentro delante de la armonía universal...

–¿Puedes decirme el grado de nuestra unión en el pasado?

–No, no puedo. Ni siquiera como intuición a través de un sueño...

–¿Por qué no puedes?

–La ley divina me lo prohíbe y no quiero infringirla más... Además no lo podrías creer... Solamente puedo decir lo que te acabo de revelar...

Respeté la ley que tal cosa prohibía y no insistí. No obstante, una gran ternura anida en mi corazón por ese humilde amigo espiritual, discreto y dedicado, cuya sangre de su último cuerpo físico corre también en mis venas. Y ante hechos tan inesperados y edificantes como ese, que la doctrina Espírita nos permite, solo me quedará alabar a Dios, como en una oración:

—¡Gracias Señor, por la gracia de sentirme protegida por la generosidad de tan santo amor!

VIII COMPLEJOS PSÍQUICOS

“Se define generalmente la materia como lo que tiene extensión, o lo que es capaz de impresionar los sentidos, lo que es impenetrable. ¿Son exactas estas definiciones?”

“Desde vuestro punto de vista lo son, por que no habláis si no de aquello que conocéis. Pero la materia existe en estados que ignoráis. Puede ser, por ejemplo, tan etérea y sutil que no cause ninguna impresión a los sentidos. Pero sigue siendo materia, aunque para vosotros, sin embargo no lo sería”.

Allan Kardec *El Libro de los Espíritus*, pregunta 21.

–En el año 1958, un pariente mío, a quien llamaré aquí “C”, enfermó gravemente de una úlcera de duodeno. Me llamaron a Minas Gerais, donde entonces estaba, para ayudar en el tratamiento al enfermo. Una vez allí, pude constatar que, además de la bien diagnosticada enfermedad física, “C” estaba bajo la influencia psíquica de dos entidades desencarnadas sufridoras, que agravaban su mal, a las que yo distinguía fácilmente con mi videncia en la habitación de “C”. Una de ellas se dejaba ver tumbada en el suelo sobre una vieja estera y una almohada rota y sucia, sin funda y cubierta con unos miserables restos de colcha. La segunda entidad era el espíritu suicida de un primo de “C”, de nombre Adán, que se había envenenado hacía dos años y que, a pesar de haber residido en otro estado del País y no tener mucho contacto con “C”, ahora se encontraba en el domicilio de este, como espíritu, viéndole yo en diversas situaciones disparatadas en la casa, contorsionándose con dolores y sufrimientos como vómitos constantes, tos, sofocos, asfixia, alucinaciones, etc., alcanzando fluídicamente con todo ello al enfermo, que exteriorizaba los mismos síntomas y además agravaba sus males.

Aunque soy médium de facultades positivas, muy afín con los espíritus suicidas, en aquella ocasión no sentía nada anormal al contacto con esas dos entidades, limitándose mi acción solo al fenómeno de la videncia. La entidad suicida Adán, fue retirada fácilmente por la

acción de la caridad espiritual en conjunción con la terrena y encaminada a una sesión del “Grupo Espírita Meimei” de la ciudad de Pedro Leopoldo en Minas Gerais, donde se comunicó a través del fenómeno de incorporación, por uno de los médiums del Grupo, presentando todas las características de su personalidad y de la clase de muerte que había tenido, incluso los vómitos, la tos y la asfixia, aun cuando el médium no supiese nada de la existencia de dicha entidad y de los hechos con ella relacionados, siendo además vista y descrita con detalle por la videncia del médium Chico Xavier, que desconocía igualmente la existencia del suicida y los lazos de parentesco entre éste y “C”.

Mientras, la primera entidad arriba citada no había sido retirada y yo la veía con frecuencia, materializada y exteriorizando singulares particularidades. Se trataba del fantasma de un hombre negro, de unos cuarenta años de edad, alto y corpulento, obeso, con señales de grave enfermedad, pues parecía que estaba muy hinchado, como quien padece del riñón. Los pies, muy visibles estaban descalzos e hinchados y la entidad se veía vestida pobremente.

Mi pariente “C” residía en una casa recién adquirida en Río de Janeiro, que había sido reformada por el anterior propietario y tenía un aspecto agradable. Sin embargo, había sido levantada en un terreno donde antes existía una cabaña, que fue demolida para la nueva construcción.

Como de costumbre, al entrar en la residencia de “C”, comencé a orar diariamente, a la hora del trabajo psicográfico que nunca interrumpí. Y en esas ocasiones y en otras más, a veces hasta inesperadamente durante las labores domésticas, mi visión espiritual, o lo que sea, quizás incluso una facultad psicométrica del ambiente, me sorprendía al ver en el lugar de la casa una cabaña, y en vez del jardín con sus bonitos árboles y el piso de cerámica y cemento, un pobre terreno en ruinas con una huerta de hortalizas resacas y algunas pocas gallinas raquíticas, además de utensilios inservibles esparcidos por todas partes.

Y así continué orando y escribiendo –yo recibía por aquel entonces los dictados psicográficos de la novela *En las vorágines del pecado*, de Charles–, hasta que algunos días después, durante un nuevo trance positivo de desdoblamiento en cuerpo astral, todo el panorama psíquico que se producía en el domicilio me fue explicado por el espíritu Charles, mi dedicado amigo espiritual. Esta entidad me proporciona

siempre tareas difíciles, incluso penosas, exigiendo el máximo de mis fuerzas mediúmnicas. Los libros dictados por él han sido siempre los más trabajosos, requiriendo una dedicación extrema y una labor intensa para que se aproximasen lo más posible a lo que él quería transmitir. En esta ocasión, es decir en 1958, me proporcionó una de las tareas más difíciles que nunca realicé, principalmente porque se trataba de una acción ejercida en estado de trance mediúmnico, en el plano espiritual y no en el terrenal. Intentaré describirla lo mejor posible, ya que no está exenta de interés para los estudiosos del Espiritismo.

—Una vez transportada al estado de espíritu semi-libre, vi que desaparecía la casa actual, y en su lugar, se veía solo un terreno con una cabaña, construida de adobe, cubierto con tejas viejas, con ventanas minúsculas sin cristales, y puertas muy toscas hechas con tablas y el suelo de tierra batida. Se veía una huerta descuidada con algunas hortalizas, y sobre todo con gran cantidad de arbustos de guisantes con cañas de bambú. Me di cuenta que en otro tiempo había sido muy fértil, pero se había deteriorado, por circunstancias que de momento no comprendía. Dos o tres gallos de pelea, de raza china iban y venían escarbando y cacareando. Un montón de basura en una esquina y restos de ceniza de un fuego en círculo indicaban el vertedero para abono de las plantas y también que el habitante de la cabaña era dado a prácticas mágicas de *macumba*, como vulgarmente es conocida en el dialecto popular brasileño.

Un negro joven, o su espíritu, corpulento, simpático cuidaba los guisantes con mucha atención, amarrándoles con tiras vegetales a las cañas. Usaba una camisa blanca andrajosa, pantalones oscuros muy usados y sucios de tierra, sombrero de fieltro muy viejo, dando impresión de extrema pobreza y decadencia. Los pies descalzos, hinchados, como si tuviese elefantiasis e igualmente el cuerpo se veía deformado con la hinchazón.

Al seguir el fenómeno en noches sucesivas, gracias a la orientación del espíritu Charles, me enteré que aquella entidad se llamaba Pedro cuando estaba encarnada, vivía en la cabaña y que ahora desencarnada, continuaba en el mismo lugar, fijando el pensamiento en el escenario pasado y construyéndolo alrededor de sí mismo, para su disfrute o infortunio, a fuerza de tanto recordarlo, siendo por tanto ese su “ambiente inmediato” es decir un tipo de creación mental sólida, idénticas a las analizadas por Ernesto Bozzano en su libro *La crisis de la*

muerte. El escenario proporcionaba, incluso a mí misma, la ilusión de la más positiva realidad, cuando solo se trataba de una creación mental, inspirada en los intensos recuerdos del pasado, sobre la materia quintaesenciada, o Fluido Cósmico Universal, que como sabemos está por todas partes. Y Charles destacó:

–“Te entrego este pobre hermano para que le consueles de sus infortunios, instruyéndole en los principios de renuncia a los bienes terrenos, a los que todavía aprecia, por la adquisición de los bienes espirituales. Puedes hacer eso, hazlo y te ayudaremos”.

Comprendí la confusión en que se encontraba el pobre espíritu, que veía una nueva casa y terreno en lugar de los suyos y continuaba a la vez viviendo en su querida cabaña, es decir que, creando él mismo su ambiente, mediante los recuerdos fijados en su mente, residía como espíritu entre nosotros, los habitantes del nuevo edificio, a la vez que se quedaba en su vieja estera tirado en el suelo de la propia habitación de “C”. Tal era en verdad la serie de sufrimientos físicos que había pasado Pedro cuando era hombre que ahora, traumatizada su mente y las vibraciones, había trasladado al periespíritu la forma que tenía cuando encarnado, conservando por eso la apariencia de la antigua enfermedad y de los sufrimientos que había experimentado. El volumen de su cuerpo, o de su periespíritu, sólo eran los ecos mentales de la hinchazón que había acometido su cuerpo carnal, a consecuencia de una enfermedad renal, que había degenerado en un terrible cáncer que invadió totalmente sus entrañas, causando su muerte. Todo indicaba que Pedro había vivido pobremente, del producto de su pequeña huerta y que más tarde ya enfermo había caído en la miseria, muriendo sin recurso alguno.

Se trataba, como se puede ver, de un pobre ser muy ignorante pero no propiamente malo, pero difícil de convencerse del estado anormal en que vivía, dada su mínima capacidad de comprensión de las cosas.

Y Charles insistía:

–Es necesario ayudarle, no solo por su bien, sino por el de todos vosotros. Te lo entrego para que le ayudes. Los médiums son colaboradores de sus mentores espirituales y deben realizar los servicios normales en la vida espiritual cuanto antes, ya que reciben mucho auxilio para facilitar su función. El amigo en cuestión solo necesita amor y caridad, y los médiums forzosamente deben ser capaces, más que

cualquier otra persona para realizar esas acciones humanitarias. Si no las realizan es por que no quieren. Y la mujer, con las tendencias maternas que le son propias, obtendrá resultados muy superiores mediante la práctica de la mediumnidad bien sentida y comprendida.

Era necesario por tanto que yo instruyese o adoctrinase a aquel espíritu sin ayuda de ninguna sesión mediúmnica, como en el caso del suicida Guillermo. Sería como aleccionarle en los rudimentos de la moral cristiana dentro del hogar, como hacen las madres con sus hijos, moral que él no poseía en absoluto, y de la Doctrina de los Espíritus, que poseía menos todavía, un trabajo como los realizados en los centros espíritas, que hiciera posible un esclarecimiento mayor, en el verdadero estado espiritual que él todavía no conocía ni podía vivir, dadas las precarias condiciones vibratorias en que se encontraba. Pero ese trabajo sería antes realizado en cuerpo astral, durante trances de desdoblamiento y como es común en lo Invisible, donde el esclarecimiento individual se realiza naturalmente durante conversaciones amistosas o en aulas para los más afines, y no con sutilezas transcendentales, como en la mayoría de las sesiones mediúmnicas terrestres. No me atemoriqué, pues todo me parecía natural, y me acuerdo todavía, que, la primera vez que tuve delante a la entidad en cuestión para poder hablarle e iniciar mi trabajo, le saludé de esta forma:

–Buenos días Pedrito ¿Cómo lo has pasado?

Hay que resaltar que las escenas que seguirán se desarrollaron durante la madrugada, cuando estaba en sueño magnético o lo que quiera que fuese, profundo, estando el cerebro ya descansado de las impresiones del día y exento, por tanto, de interferencias. Sin embargo, jamás vi oscuridad.

Me sentía al contrario, iluminada como por la claridad del plenilunio, lo que creo se trataba de la luz propia del mundo invisible, ya que el hecho sucedía en la madrugada. Sintiendo que era de día y olvidándome de que me encontraba allí gracias a un importante fenómeno mediúmnico, yo actuaba naturalmente y saludaba al habitante del Más Allá con un muy humano “Buenos días”, usando también el diminutivo para el nombre ya que acostumbro a nombrar a mis amigos con diminutivos, lo que a los desencarnados de situación sufriente siempre sensibiliza, pero no me atrevo a tales libertades con las entidades protectoras.

Oyendo el cumplido la entidad sonrió satisfecha, comprendiendo yo entonces que me tomaba por una nueva vecina, de aquellas que le compraban sus hortalizas o le llevaban pequeñas dádivas que le auxiliasen en su miseria, y respondió sin dejar de pelear con el amarre de los guisantes:

–Buenos días señora... voy tirando gracias a Dios... no ando bien para nada, como la señora puede ver, estoy cada vez peor...

–Ya, veo que no estás muy bien... y trabajando tanto... ¿Quieres que te ayude a amarrar los guisantes a las cañas? Estás un poco flaco Pedrito, ese trabajo es muy penoso para una persona en tus condiciones... y así te cansarás cada vez más... –respondí, observando que a él le gustaba hacerse el mártir, a fin de captar su confianza antes de pasar a nada más.

Él aceptó el ofrecimiento y yo me puse a ayudarle con sus queridas plantas. Lo que no ofrecía duda es que mis propias vibraciones se conjugaban positivamente con las ondas vibratorias que salían de él y yo veía el terreno tal como fue en otro tiempo y las ramas de los guisantes y las cañas parecían tan sólidas cuando las tocaba como si fuesen realidades terrestres, incluyendo las sacudidas de las tiras con que amarrábamos los arbustos.

Siguió una conversación diaria amistosa, durante cerca de dos meses. No me fue posible recordar los asuntos tratados en la mayoría de las ocasiones. En trances como ese, los recuerdos se conservan intermitentes y muchos se desvanecen al despertar. Solo vuelven a revivir más tarde por los canales de la intuición, ayudados por el asistente espiritual que orienta el trabajo. Me acuerdo que Pedrito, llorando, se quejaba amargamente de un hombre que le había perjudicado mucho, llamándole “señor Romano” y al que achacaba la miseria en que se encontraba. Era frecuente durante esos coloquios espirituales, estar sentada sobre un viejo cajón al lado de mi alumno, oyéndole contar sus desgracias, mientras que después lloraba y oía las lecciones de instrucción evangélica y los rudimentos de la Doctrina Espírita sobre la vida del Más Allá, que yo le transmitía, único bálsamo que la inspiración de Charles me proporcionaba para aliviar sus amarguras.

Le hablaba entonces de la misericordia divina que no desampara al sufridor que en Él confía, o de la bondad de Jesús, siempre dispuesto a auxiliar a los necesitados, intentando levantar la esperanza en su

corazón y contándole historias educativas en las cuales Jesús aparecía en el esplendor de su vida diaria entre los hombres, es decir, al servicio del prójimo. Pedrito era como un niño, con poca capacidad de entendimiento para instrucciones más amplias, incapaz de más profundidad para otra forma de esclarecimiento.

Le hablaba de las curas realizadas por Jesús a los ciegos, paráliticos y leprosos, destacando que aquel que hizo tales curaciones entonces también extendería sobre él su mano protectora para curarle de sus diversos males; hablaba de las parábolas que su entendimiento podía mejor asimilar, de la resurrección de la hija de Jairo y de la de Lázaro, acentuando, a propósito, la atención dispensada por el Maestro a los niños, los pecadores y los enfermos, su grandeza espiritual de emisario divino, su amor a la humanidad, sus sufrimientos heroicamente soportados y el generoso perdón concedido a los que le habían perseguido.

En una ocasión él dijo, como prueba que asimilaba las enseñanzas:

—¡Ah, señora! ¿Si yo viviese en aquel tiempo, no es verdad que el me curaría de mi enfermedad también?

—El tiempo siempre es el mismo Pedrito, el Divino Maestro no nos abandonó, y estoy segura que ha de curarte también tu enfermedad... Pero tu cura ya comenzó, hermanito, y dentro de poco no sentirás más sufrimiento, estarás fuerte y feliz para conquistar el futuro.

En otra ocasión, cuando yo le hablé sobre el fenómeno de la muerte, garantizándole que nuestra alma seguiría viviendo para progresar siempre hacia Dios y nunca aniquilándose en parajes infernales, él se rió alegremente diciendo:

—Dios quiera que sea así, porque tengo mucho miedo de ir al infierno cuando muera...

Según las intuiciones que me proporcionaban no era aconsejable sorprenderle con la noticia de que él ya no era un hombre y sí un habitante del Más Allá. Quizás era muy pronto, dado el retraso mental en que permanecía y los múltiples perjuicios que se derivaban del mismo. Recibiría más tarde el esclarecimiento, de forma natural, en el momento que le fuese posible ir a un plano menos denso que aquel en que en realidad estaba viviendo.

A Pedrito le gustaban las historias evangélicas y se reía, encantado, al oír que el samaritano pasaba por el camino “que iba de Jerusalén a Jericó, y socorría al infeliz herido por los salteadores” al narrarle la parábola del *Buen samaritano*; y recuerdo todavía la satisfacción con que oía la conmovedora historia del *Hijo pródigo*, perdonado por su padre, después de tantas peripecias sufridas, de la Aparición de Jesús a María Magdalena y los Apóstoles después del Calvario; de la conversión de Saulo y de tantas otras cosas que la inspiración me indicaba como recurso para una adaptación de su mente a los temas suaves y superiores que le permitiesen elevar las vibraciones.

Notaba también, que se iba acostumbrando a mí y confiando en mi palabra, sensibilizado y atraído por el trato afectuoso que le daba. A veces lloraba, quejándose de terribles dolores y ardores en los riñones, en el hígado y en el estómago, que le impedían comer. Hasta que un día le pregunté mientras le ayudaba a amarrar los guisantes:

–¿Quieres ir a un médico Pedrito? Esa enfermedad no es nada, sólo es tu pensamiento, que recuerda el tiempo en que te dolía, haciéndote sufrir de nuevo... De todas formas, aun así, necesitas algún tratamiento para la enfermedad de tu alma pues es la que está enferma... Será mejor que vayas a un hospital, por que allí tendrás comodidades, tratamiento adecuado, enfermeros para atenderte, además de los médicos y todo será gratuito. Si quieres puedo hacer que te ingresen en un hospital muy bueno que conozco...

–Pero... –respondió interesado, no comprendiendo mi intención que era apartarle de aquel ambiente a la vez que le proporcionaba una enseñanza de mejoras espirituales. –Sí, quiero ir al hospital, el problema es encontrar a una persona para cuidar a mis gallinas y mis plantas... no puedo ir porque además, tengo que arreglar mi huerta para ganar algo, no puedo continuar con esta miseria...

–Mira, en primer lugar está tu salud, porque el que está enfermo no puede trabajar... yo me encargaré de todo para que puedas ir... ¿No confías en mí? Ya sabes que a mí me gusta también criar gallinas, yo tuve muchas... y también me gusta cuidar de las plantas...

Este trabajo de persuasión, sin embargo, no fue rápido ni fácil. Llevó cerca de dos meses de dedicación y esfuerzo, mientras mi pariente “C” era sometido a un tratamiento riguroso de pases para desintoxicar su organismo de las irradiaciones de la entidad invisible,

fortaleciéndose mental y físicamente para resistirlas. Y todo aquel trabajo requería por mi parte un gran sentido de responsabilidad, ya que me había sido confiado por una entidad espiritual de elevada categoría al que respeto y amo por lo mucho que me ha amado y servido. Yo exigía de mí misma un gran caudal de amor, paciencia, desvelo y atenciones diarias, incluso en las horas de vigilia, sin lo cual el intento sería nulo y no podría corresponder ni a la confianza que habían depositado los amigos espirituales en mí, ni tampoco con el deber para con el Evangelio. Con frecuencia oía a Charles que me animaba:

–¡Ámale! –decía como en un susurro– trátale con la alegría del corazón, con la misma que protegerías la renovación educativa de un ser muy querido de siempre. También ese es tu hermano, acreedor de tus desvelos...

Se preguntarán porqué no retiraron los guías espirituales a Pedro del ambiente de “C”, como lo habían hecho con la entidad suicida Adán.

A esa pregunta responderé que, en primer lugar el obrero del Señor debe obedecer a sus dirigentes espirituales, realizando las tareas que le han sido confiadas, sin replicar. El mundo espiritual es complejo, las leyes que lo rigen y las circunstancias de vida son muy elásticas y también complejas y estamos lejos de conocerlo en su verdadera estructura para que osemos criticar la forma de actuar de los mentores invisibles. Por eso mismo son también complicadas las circunstancias de los casos a tratar, e ignorando la razón por la que recibimos un caso y no otro, lo que debemos es obedecer las orientaciones recibidas y alegrarnos con el honor que recibimos de lo Invisible, de trabajar sirviendo a la causa de la fraternidad. En segundo lugar, recordaré que un suicida, presa de terribles descontroles vibratorios supone una aproximación psíquica más incómoda y peligrosa para la criatura encarnada que sufre y se debilita por este o aquel motivo, que la de una pobre alma sencilla, ignorante, pero incapaz de hacer el mal voluntariamente, pues el primero puede inducir al suicidio, incluso sin querer, a aquel a quien influencia, mientras que el segundo, tan necesitado de ayuda, quizás está todavía más necesitado que la persona a quien asedia, y estará en mejores condiciones de recibir el esclarecimiento necesario para retirarse voluntariamente y no ser expulsado bajo coacción.

Además, un suicida, según sea su categoría espiritual, no posee ni siquiera condiciones para entender advertencias doctrinarias. Es un alucinado que se debate contra pesadillas incontrolables, sin sentido ni serenidad para reflexionar y valerse de su propia voluntad, razón por la que será retirado del lugar donde se encuentre, la mayoría de las veces contra su voluntad.

Mientras, yo continuaba en la labor de evangelización y esclarecimiento a la entidad Pedro, preparándole todo lo posible para su adaptación a la vida espiritual. Ahora en la noche, durante las psicografías que realizaba diariamente, leía temas espíritas y evangélicos y le convidaba a acercarse a mí para oír la lectura, pues sabía que estaba deambulando por la casa y por el terreno, creyendo que realizaba las labores de su huerta, y muchas veces le vi a mi lado, en esta misma habitación donde escribo estas páginas, oyendo atentamente las lecturas instructivas y consoladoras. Una vez, por la noche, tocando al piano la sonata *Claro de luna* de Beethoven, me sorprendió la presencia de Pedrito.

Estaba sentado en un sillón, cerca del piano, como cualquier ser humano, con las ropas rotas y manchadas de tierra, con el rostro apoyado en la mano, oyendo la música tiernamente y llorando diciendo que en toda su vida había oído melodía tan linda y agradable como esa. Era como un niño desamparado y necesitado, confiado por el Consolador a mi cuidado maternal para iniciarle en el Evangelio, iniciación que sería como un renacimiento para las nuevas etapas en su existencia de espíritu en lucha por la evolución. Además, tal trabajo no era en absoluto nuevo para mis tareas mediúmnicas. Desde muy joven yo estaba llamada a tales labores trascendentes, y entre algunos espíritus que pude ayudar de esta forma, se destaca uno, citado en el libro *Investigando lo invisible*, aquél que llamamos “literato”, ya que deseaba el anonimato, negándose incluso a tener un seudónimo.

Una noche, durante la psicografía, momentos que según parece, favorecen el intercambio con los espíritus de los muertos en general, recibí la visita de uno de nuestros buenos amigos espirituales, muy afín con “C” por particularidades psíquicas todavía no esclarecidas. Decía llamarse José Evangelista, haber sido hombre de color cuando estaba encarnado y esclavo de descendencia africana en Brasil en tiempos de la monarquía. Muy inteligente y culto, ese espíritu fue un enigma para mí durante algún tiempo, pues solo en los dos últimos

años pude conocer los motivos por los que se presentaba una entidad tan culta.

Era un gran trabajador que con frecuencia se comunicaba en nuestro núcleo espírita, dedicado al bien del prójimo, a veces bajo la supervisión de mentores más elevados, no obstante disponer de métodos particulares para actuar en los servicios de la fraternidad pues, como ha sido esclarecido, la ley de Fraternidad Universal concede libertad de método a sus obreros, siempre que se observen los principios de la misma. El espíritu José Evangelista diciendo ser ex esclavo en Brasil, no presentaba aspectos de su estado encarnado por que se expresaba naturalmente, sin dialecto ni acento sino en estilo clásico normal. Apegado igualmente a mí, la noche arriba citada se hizo visible y se hizo entender, susurrando a mi entendimiento:

–He recibido orden de nuestros maestros para ayudarte a retirar a Pedro de aquí. Ya se encuentra bastante mejor del desajuste en que estaba y apto para comprender algo, ya que su corazón está más sereno de las amarguras que le oprimían. Por otra parte, viene perjudicando a “C” con su presencia y la justicia manda que le apartemos ahora rápidamente ya que mejoró bastante.

–Acepto tu ayuda con satisfacción, hermano, ya que no me es posible retirar de aquí a nuestro paciente, sino sólo reconfortarle, ayudándole a serenar su corazón y volverse hacia Dios, para progresar...
–respondí, reanimada con la presencia de aquel excelente siervo del Bien.

José Evangelista se presentaba con ropas blancas, conservando sin embargo la apariencia de color negro en su espíritu, ya que su mente se había fijado en ese estado de la última existencia carnal.

Le era grata la existencia de esclavo, y por esa razón continuaba con ese color por voluntad propia, pues el periespíritu es libre de tales condiciones físicas, conforme indican los códigos de la Revelación Espírita.

Esa misma noche al retirarme con facilidad de mi cuerpo, como venía sucediendo frecuentemente, fui sorprendida con otras confidencias de Pedrito, y me acuerdo de ellas con tanta precisión como si las estuviese recibiendo en este momento, no obstante los siete años transcurridos. Tales confidencias eran espontáneas, yo no pregunté nada ni las provoqué ni las quise, pero una vez expuestas, las acepté y

aquí las transcribo tal como fueron reveladas, ya que entiendo que el intercambio con el Más Allá es una preciosa enseñanza para nosotros, al presentar lecciones expresivas e impresionantes de la vida real, ya que también con lo dicho con los espíritus sufridores y no solamente con los instructores de orden elevado, aprendemos lo que nos reeducará el carácter, ya que los primeros nos suelen dar lecciones prácticas para corregir nuestra conducta diaria.

Estábamos sujetando como siempre los guisantes, pues esas eran las plantas que mayores cuidados exigían del antiguo hortelano, no obstante la fatiga que iba sintiendo, que le llevaba paulatinamente al desinterés por la huerta. Lloraba mientras trabajaba, como si los recuerdos de las pasadas angustias se avivasen en ese momento. Apenada, le dije:

–No llores Pedrito ¿No tienes fe en Dios? Vamos a rezar para que el Señor nos ayude... todo va a mejorar, tengamos un poquito más de paciencia...

–Sí señora, yo tengo fe en Dios sí... Dios Nuestro Señor es muy bueno de verdad –respondió llorando–, y no se como agradecerle Su bondad conmigo... Mire señora, si estoy sufriendo mucho, también tengo quien me ayude mucho, gracias a Dios... La culpa de mi desgracia la tiene el señor Romano. ¿La señora conoce al señor Romano?

–No Pedrito, no le conozco...

–Él es el tendero de allí, de la calle de arriba, un italiano muy inteligente y ambicioso... yo tenía negocios con él, es decir, compraba en su almacén las cosas para mí, el pienso para las gallinas, que era poco porque ellas pastaban bien, el queroseno para la lámpara, el carbón para cocinar y el jabón para lavar mi ropa, los platos y las sartenes. Pero después que enfermé, me quedé en la ruina como la señora no puede imaginar, no pude trabajar más, no ganaba nada, ¿cómo podría cavar y salir a vender las verduras con la fiebre que me atacó? Estuve tres meses muy mal, señora, pero continué comprando en el almacén del señor Romano. ¿O tenía que pasar hambre? ¿Y las gallinas se iban a quedar sin pienso? Pero no pude pagar nada de eso a tiempo. Entonces señora el señor Romano me hizo una traición tan grande que me dejó en la miseria que la señora me ve...

—¡No pienses más en eso, Pedrito! Lo que pasó, pasó. Acordándote de ese triste pasado, te martirizas nuevamente sin razón, y empeora tu estado general... piensa antes en Dios y en el futuro y pide fuerzas para olvidar el mal pasado y comenzar una vida nueva, que será mucho mejor que esa que tanto te hizo sufrir... —le dije, deseando apartarle de los sinsabores que precisamente eran los factores de su complejo psíquico.

Pero él insistía, desahogándose y aliviando su corazón:

—Pero la traición fue muy grande y yo quiero que la señora sepa todo, porque hasta hoy me sangra el corazón... eso ya pasó hace mucho tiempo, no se cuantos años, no señora... pero ahora ya voy mejorando de vida, gracias a Dios. Estoy aliviado de mis dolores y puedo trabajar un poquito... faltan las herramientas para trabajar la tierra, mi azada, mi azadilla, mi pala, mi hacha... Sepa la señora que lo que el señor Romano hizo conmigo no se hace con un perro... Yo también soy persona ¿no? ¿o porque soy negro no soy persona? ¿Solo es él persona porque es blanco? Él vino aquí yo estaba tumbado en mi cama, tiritando de fiebre. Él me tiró de la cama, me echó en una estera vieja, diciendo que era más fresca para la salud que la cama, se llevó mi cama, mi colchón, mis colchas, mi mesa, mi armario, mis sillas y mis bancos pues yo tenía la casa muy arregladita porque hacía poco tiempo que enviudé; se llevó mi baúl de ropa, mis sartenes, mis platos y mis latas, se llevó hasta mis calabazas y mis coles, sí señora ¡él hizo eso, se llevó las zanahorias, las patatas, la lechuga, los guisantes! Ni las gallinas ni mis gallos de pelea y los huevos escaparon de su codicia, se llevó hasta mis herramientas, todo para pagar la deuda ¿tanto debía yo al señor Romano?

¿Fue o no fue un robo? Pero yo iba a pagar la deuda, si señora, la cuestión era estar bien para poder trabajar y ganar dinero. No tenía porqué hacer eso ¿verdad? Solo dejó aquella estera vieja... porque incluso la almohada me la regaló la vecina de ahí al lado, por bondad. Los vecinos rogaron al señor Romano que no hiciera esa maldad conmigo pero el respondió de mala forma, diciendo que iba a llamar a la policía para llevarme a un hospital, que yo le debía mucho a él y que no podía perderlo... Incluso porque yo no me iba a poner bien nunca, iba a morir, y antes de que otra persona se llevase lo que era mío, se lo llevaba él a quien yo debía mucho... ¿La señora vio cosa igual en su vida? Ah, lloré mucho y ahí me quedé sin recursos para

poder trabajar, empeoré mucho de mi enfermedad por el disgusto, y hasta hoy estoy así... y si no hubiera sido por la bondad de mis vecinas hasta habría muerto de hambre, ellas me traían la comida, estuve viviendo de limosna, señora...

–Entrega tu disgusto a Dios Pedrito, y no pienses más eso para conseguir la paz en tu corazón –dije apenada– pero Dios te concederá lo que el señor Romano se llevó de aquí. El es más infeliz que tú, pues al practicar tal violencia en vez de observar los deberes de la fraternidad para con el prójimo, se apartó de la gracia de Dios, mientras que si tú le perdonas estarás en Su gracia. ¿No te acuerdas de la respuesta de Jesús cuando el apóstol preguntó cuántas veces se debe perdonar al que te ofende? Jesús respondió: perdona hasta setenta veces siete... Es decir, perdona siempre... Lo mejor es que estés de acuerdo para ir al hospital para que te restablezcas y puedas trabajar en los servicios de Dios... y no más con la azada en las manos...

Pero él seguía, con la mente ahogada por el complejo que le impedía el progreso, quizás empujado por una necesidad de expansión que le sería beneficiosa:

–Que Dios Nuestro Señor nos perdone a él y a mí... a decir verdad, señora, yo ya odié al señor Romano mucho más de lo que le odio ahora. Pero al principio, sentí un odio por él, que si hubiera podido lo hubiera devorado vivo... Hice hasta un *trabajito* con fuego y pólvora para ver si él me devolvía lo mío. Quise poner *un mal* en él para vengarme. Pero el señor Romano parece que está hasta protegido. Tiene el cuerpo cerrado, sí señora, no entró nada en él, perdí el tiempo, empeoré porque me levanté y anduve sin tener que hacerlo y gasté hasta el último céntimo para comprar los accesorios para el *trabajito*...

–En eso hiciste mal Pedrito, porque deseando lo peor para el prójimo, te alejaste de Dios y te aliaste a los espíritus de las tinieblas. La ley de Dios manda perdonar y olvidar las ofensas, y Jesucristo, nuestro Maestro, nos aconseja amar a los propios enemigos, sin jamás desearles cualquier mal. No debemos por tanto, vengarnos de nadie. Dios nuestro Padre, es el único que sabrá y podrá corregir con justicia nuestras faltas. Perdona pues al señor Romano y vete tranquilo al hospital, porque te garantizo que muy pronto estarás fuerte y alegre para el trabajo que Dios te confíe.

El iba a contestar, pero, inesperadamente apareció entre nosotros la figura amable de José Evangelista, presentándose como si todavía fuera un hombre y diciendo que era un comprador de inmuebles. Se acercó a Pedrito, saludándole con atención apretando su mano y diciendo que había sido informado que él, Pedro deseaba vender su propiedad. El antiguo hortelano protestó débilmente, sin convicción en la negativa. Y para quien los viese conversando tan naturalmente, sin misticismo ni afectación trascendental, pensaría que eran dos ciudadanos negociando y no seres espirituales a quien solamente podrían interesar cuestiones espirituales. En cierto momento, con vivacidad José dijo, sacando del bolsillo una cartera y conservándola en la mano para que la viese el interlocutor:

–Deseo comprar un terreno en estas inmediaciones, y entre algunos que se que están en venta, el suyo es el que más me conviene por la proximidad a la estación de ferrocarril. A usted amigo mío le convendría mucho el negocio. Está enfermo, y así no podrá trabajar en sus labores, porque no tiene salud ni recursos y por eso sufre dificultades sin fin. Venda pues el terreno, yo compro y pago al contado... Después trataremos de la escritura... Guarde el dinero en el banco, vaya al hospital a tratarse... y cuando se ponga bien, al dejar el hospital, tendrá una cantidad razonable para comprar otra propiedad mayor y mejor que esta y seguir con su trabajo... A fin de cuentas soy su amigo y le aconsejo bien... somos de la misma raza y color. Nuestras abuelas y madres fueron esclavas, lloraron y gimieron en la cautividad, y eso nos debe unir... y esté seguro, amigo Pedro, que en mí tendrá un hermano leal a su disposición para protegerle y defenderle de hoy en adelante... Su infelicidad pasará, confíe en Dios y no tema...

La pobre entidad se puso a reír, encantada con el amigo que el cielo le enviaba. Me pidió opinión para vender o no la propiedad, ya plenamente familiarizado conmigo. Aprobé la propuesta de José, animándole a aceptarla, pues era lo mejor que podía hacer, comprendiendo el caritativo intento de José Evangelista para el bien de todos. Y por fin, Pedrito aceptó la propuesta, contagiado por la persuasión del “comprador”. Vi entonces como José sacaba el dinero de la cartera y se lo daba a Pedrito, que lo tomó febrilmente, guardándolo con rapidez en el bolsillo del pantalón. Le ayudé a prepararse para ir al hospital, ya que José se ofreció a acompañarle hasta allí.

Se puso una chaqueta vieja, como un hombre, se colocó en la cabeza el sombrero mugriento, cogió una pequeña maleta de mano, mientras que repetía, como para sí mismo:

–Dios Nuestro Señor es muy bueno, de verdad, y Jesucristo es nuestro Maestro y Protector, como dijo la señora... El señor Romano me hizo una traición muy grande, pero ahora, miren, encuentro gente buena que me ayuda. Lo que el señor Romano me hizo no se hace con un bicho...

–Olvida el pasado Pedrito, olvida y perdona, para que Dios perdona también tus faltas. Ahora piensa en el futuro para recuperar el tiempo perdido en las tinieblas del odio... Y ve con Dios...

No contestó y salió naturalmente, por la puerta de la calle, donde José le esperaba tranquilamente.

Parecía aturdido, somnoliento, distraído. No se despidió de mí. Comprendí entonces que se encontraba exhausto y que no tardaría en dejarse vencer por el llamado “sueño reparador”, fenómeno importante que se produce en el desencarnado después de la muerte, sin el cual no podría realmente estabilizarse en el verdadero estado espiritual.

Salí con él, abrazándole y entregándole al nuevo amigo ya en el portal del jardín, comprendiendo la buena intención del plan de José para reducir las angustias del prójimo, mientras razonaba, ya despertando del trance:

–El buen José Evangelista será también un profundo psicólogo, no obstante su humilde condición de ex-esclavo de raza africana. El sabe que incluso una entidad desencarnada, depende la inercia moral y espiritual en que se encuentre, se dejará convencer por la idea del lucro económico, preocupación absorbente del género humano...

Una vez entregado a las entidades espirituales consagradas a los servicios de recuperación de los espíritus atrasados en el progreso, Pedrito fue encaminado a Planos de Reajuste en la vida espiritual equivalentes a los hospitales terrenales, y allí esclarecido y reconfortado para una indispensable reencarnación, en base a la nueva etapa del progreso general. Y nunca más tuve noticias de él, aunque no le olvidé jamás y un gran afecto unió desde entonces mi espíritu al suyo y es con el corazón enternecido con el que escribo estos recuerdos. Esa entidad podría haber sido una persona humilde y sencilla cuando

estaba encarnado, pero la injusticia humana y el menosprecio de la sociedad le rebelaron profundamente, encendiendo una llama de odio en su corazón. Por eso mismo, porque odió e intentó vengarse, sufrió mucho alcanzado por las corrientes de vibraciones poco armónicas, pero sus faltas se tomaron en cuenta en base a su ignorancia y a la penuria en que vivió aquella fase de su propia evolución.

Al retirar tan incómodo “inquilino” invisible, el enfermo “C” mejoró sensiblemente, llegando a restablecerse. El mal físico ya era tratable por la cirugía terrestre y no por la medicina psíquica. Dos años después, aconsejado por el espíritu del Dr. Bezerra de Menezes, a través de la facultad mediúmnica de Chico Xavier, se sometió a una cuidadosa intervención quirúrgica, quedando totalmente curado.

Mientras, aproximadamente dos meses después de retirar a la entidad Pedro del domicilio de “C” para regiones apropiadas del mundo invisible, tuve ocasión de hablar con el amigo espiritual José Evangelista, en una memorable sesión íntima, en que ese amable siervo del Bien se incorporó a su médium preferida, una señora desconocedora de los principios espíritas, pero portadora de una facultad positiva y severamente dirigida por él en los preceptos del deber y la moral:

–Querido hermano José Evangelista –dije– ¿Se entiende como lícito ante los códigos espirituales, la farsa de la compra de la propiedad de nuestro Pedrito para obligarle a salir de allí? –pues creo sinceramente, con Allan Kardec, que todos nosotros, experimentadores espíritas, tenemos el derecho de procurar instruirnos con los espíritus que nos honran con sus atenciones, ya que la propia Doctrina Espírita nos concede tal derecho, para que las dudas no persistan oscureciendo nuestra razón.

La entidad se calló por algunos instantes, como si meditase sobre la impertinencia de la pregunta, quizás estimando la ventaja o desventaja de la respuesta, y finalmente respondió:

–Responderé a tu pregunta después que me digas como entiendes la cuestión de la Caridad y me indiques que “propiedad” poseía nuestro amigo Pedro, siendo espíritu desencarnado... Me quedé aturdida y sorprendida pues quizás todavía sugestionada por la fuerte mentalización de Pedrito, me había olvidado de aquel detalle, es decir, me olvidé que él no poseía nada en la Tierra. Pero respondí, algo decepcionada:

–Bien... Realmente él no tenía nada, era todo imaginación reviviendo su pasado... Entiendo que la Caridad y el propio amor de Dios irradiando virtudes sobre nosotros, sus criaturas, nos inspira la práctica del Bien, que realizaremos según nuestras fuerzas de asimilación y posibilidades, en la marcha de la propia evolución.

–Sí, puede ser eso, pero es mucho más que eso, porque la caridad es amor y el amor es infinito e indefinible. La “farsa de compra” ¿no fue caridad según mis posibilidades, para con nuestro amigo Pedro? ¿No fue caridad con el pobre “C” padre de familia cargado de responsabilidades que necesitaba trabajar para mantener a los suyos, y que hacía tres meses sufría los terribles reflejos de las vibraciones nocivas de aquél cuyo cuerpo físico había muerto de un cáncer generalizado? ¿No fue caridad con el propio Pedro, librarle de la fijación mental en ese cáncer que le hizo desencarnar hacía tanto tiempo, pero cuyo recuerdo le molestaba todavía, conservándole imaginariamente enfermo? ¿No fue caridad con la familia de “C”, que sufría por verle sufrir y temiendo un trágico desenlace, soportando las situaciones que la grave enfermedad de su padre arrastraba? ¿No fue caridad también contigo que te agotabas físicamente en los servicios de ayuda al enfermo y en las labores domésticas y por la noche continuabas agotándote mental y psíquicamente, en el penoso contacto con una entidad endurecida en las propias opiniones, enredada en los disturbios mentales provenientes de la amargura del odio y de la fijación a la materia? ¿Contigo, dedicada a enseñarle a amar y perdonar, dedicándote a él con paciencia maternal que te llevó cerca de dos meses en ese penoso trabajo, cuando tenías otras tareas con otros sufridores, quizás más graves que el mismo Pedro?

A veces, hija mía, nosotros los siervos desencarnado nos vemos en la necesidad de valernos de farsas de ese tipo para impedir que el mal se extienda, provocando crisis imprevisibles, y para preparar la enseñanza de que el amor resplandece y la verdad se manifiesta, reeducando al ignorante...

–Tienes razón querido hermano, comprendo y agradezco la lección... Pido perdón por mi impertinencia. Pero cuando Pedrito descubra todo lo que pasó podrá aborrecernos y querernos mal...

Él sonrió a través de su médium y me contestó:

–Cuando él lo comprenda ya estará ajustada su razón y no podrá querer mal a quien le ayudó en la desgracia. Por otra parte, por muy

ignorante y fijado a las cosas terrenas que un espíritu esté, al reconocerse favorecido por la justicia de la Espiritualidad, se adaptará a ella de buen grado y le será incómodo el pasado de amarguras que vivió en la Tierra incluso los recuerdos a veces serán como un castigo. Nuestro amigo Pedro muy pronto olvidará su huertito de coles, sus cañas de bambú y su pobre casa, donde tanto sufrió. Y cuando se de cuenta de la “farsa de la compra” como tu le llamas, no se enfadará sino que se reirá mucho de la propia ignorancia admirándose de la pesadilla que le cegó durante tanto tiempo y del triste papel que desempeñó, cultivando hortalizas que solo existían en sus fuerzas mentales de creación, como el adulto que se ríe de las tonterías que hacía cuando era niño...

Meditando sobre estos delicados acontecimientos, estoy obligada a reconocer cuantos beneficios bienes a veces de un supuesto mal que atormenta a las criaturas. Gracias a la enfermedad de “C” un infeliz suicida tuvo alivio inmediato para las propias desgracias, recuperándose para nuevas etapas de progreso a través del rescate, y una pobre alma sufridora, detenida en la propia evolución espiritual por los obstáculos del odio y egoísmo, se libró de los terribles complejos vibratorios en que se encontraba, para poderse reeducar en los principios de la ley de amor y de perdón, además de las lecciones positivas que se desprenden de todos esos acontecimientos para nosotros, que nos debatimos igualmente contra los complejos psíquicos que necesitamos corregir en nosotros mismos para conseguir fuerzas y tranquilidad para nuestro progreso. Si no hubiera sido por la enfermedad de “C” y mi pequeña ayuda, las dos entidades habrían sido ayudadas por las vías naturales de la Ley de Dios, en el momento preciso.

Los hombres son los colaboradores del Señor para ayudarse unos a otros y también a los espíritus desencarnados más necesitados. Por eso mismo ambos hubieran sido socorridos sino por los hombres, por siervos espirituales al servicio del Bien. Y así el Espiritismo es, en cualquier situación una gran ciencia que enaltece y orienta a las criaturas en la marcha evolutiva para la conquista del reino de Dios, el dulce Consolador que protege a las almas dolientes que luchan en el torrente de la adversidad, diciéndoles siempre que el Amor es el supremo bien que redime a la humanidad.

IX PREMONICIONES

“¿Cómo podemos juzgar la libertad del espíritu durante el sueño?”

“Por los sueños. Cuando el cuerpo reposa, creedlo, tiene el espíritu más facultades que en el estado de vigilia. Se acuerda del pasado y algunas veces prevé el futuro. Adquiere mayor potencialidad y puede ponerse en comunicación con los demás espíritus, bien sean de este mundo o del otro”.

“Estando entorpecido el cuerpo, el espíritu trata de romper sus grilletes e investigar en el pasado o en el futuro”.

El Libro de los Espíritus Allan Kardec, cáp. 8, pregunta 402.

Ha sido objeto de mucha meditación, por parte de los estudiosos de los acontecimientos psíquicos trascendentales, los curiosos fenómenos de premoniciones, presentimientos y profecía. Con frecuencia los protectores espirituales nos avisan a cada uno de nosotros, durante el sueño natural o provocado, de hechos que más tarde suceden tal como han sido vistos en esos trances, ¿será entonces que los sucesos de la existencia están preestablecidos fatalmente por un programa realizado en el más allá, programa que nosotros mismos, los humanos podemos ver y analizar contemplando su maqueta espiritual, por así decirlo, durante un sueño y así, puesto sobre aviso de lo que pasará?

Es posible que sea así de algún modo. Los hechos capitales de la existencia humana: pruebas, testimonios, reparaciones, etc., han sido delineados hasta cierto límite antes de la reencarnación, como revela la Doctrina Espírita. Nosotros mismos, si somos pretendientes lúcidos a la reencarnación, colaboramos en la elaboración del programa que tendremos que vivir en la Tierra y por tanto, ciertos acontecimientos que se producirán alrededor de nosotros, o con nosotros quedarán archivados en nuestra conciencia profunda, o subconsciente. Durante la vigilia o la vida normal de relación todo estará olvidado, sumido en las profundidades de nuestra alma. Pero con la relativa libertad que el sueño produce, podremos acordarnos de muchas cosas y los hechos

que van a suceder en un futuro próximo se verán con mayor o menor claridad y, al despertarnos habremos soñado lo que vendrá a ser considerado un aviso, o una premonición.

Es evidente que esa posibilidad proviene de una facultad psíquica que poseemos, una especie de mediumnidad, ya que la premonición no existe en el mismo grado en todas las criaturas, aunque sea algo común a cualquier ser humano y, si es bien desarrollada, podrá conceder importantes revelaciones y pruebas del intercambio humano-espiritual, tales como las profecías de carácter general, que se cumplirán en el futuro o de carácter restringido al propio individuo o a otro que le sea afín. Algunos casos de premoniciones por el sueño parecen tratarse de la facultad llamada onírica (mediumnidad por el sueño) tan citada en la Biblia y tan común actualmente. En importantes obras espíritas se estudia, investiga y describe ese fenómeno por eminentes investigadores de los hechos relacionados con el alma humana y sus fuerzas de acción. Los hechos modernos de premoniciones ya no podrán causar sensación, aunque continúen causando interés, y solo vienen a testimoniar los poderes espirituales que llevamos con nosotros y las relaciones con el mundo de los espíritus desencarnados.

Lèon Denis, por ejemplo el eminente colaborador de Allan Kardec, en su libro *En lo invisible* nos ofrece unos casos de ese fenómeno, rigurosamente comprobados por los acontecimientos posteriores y que ocurrieron con personajes importantes de la historia. Transcribe valiosas citas de otros autores en su capítulo XIII *Sueños premonitorios, clarividencia, presentimientos*:

“En los sueños se registran con frecuencia fenómenos de premonición, es decir se comprueba la facultad que poseen ciertos sensitivos de percibir, durante el sueño, las cosas futuras. Son abundantes los ejemplos históricos:

–“Plutarco en la *Vida de Julio Cesar*, hace mención del sueño premonitorio de Calpurnia, mujer de César. Ella presenció durante la noche, la conjura de Bruto y Casio y el asesinato de César e hizo todo lo posible para impedir que éste fuera al Senado”.

–“Vemos también en Cicerón *De divinatione*, 1, 27 el sueño de Simonides; en Valerio Máximo VII, párrafo 1, 8 el sueño premonitorio de Alesio Rufo y en VII, párrafo 1,4 el del rey Cresos, anunciándole la muerte de su hijo Athys.

–“En sus comentarios, Montluc refiere que un sueño le advirtió, la víspera del acontecimiento, de la muerte del rey Enrique II, atravesado por la lanza de Montgomery, en un torneo”:

–“Sully en sus “Memorias (VII, 383) afirma que Enrique IV tenía el presentimiento de que sería asesinado en una carroza”.

–“Abraham Lincoln soñó que se hallaba sumido en una tranquilidad de muerte, turbada únicamente por sollozos, se levantó, recorrió varias salas y al fin vio, en medio de una pieza, un catafalco sobre el cual estaba tendido un cuerpo envuelto en negro ropaje, guardado por soldados y rodeado por una multitud que derramaba lágrimas:

–¿Quién ha muerto en la Casa Blanca? –preguntó Lincoln.

–El presidente –contestó un soldado–, ¡ha sido asesinado!

En aquel momento, una prolongada aclamación de la multitud le despertó. Poco tiempo después murió asesinado”.

León Denis recuerda uno de los fenómenos más importantes mencionado por el astrónomo Flammarion en su libro *Lo desconocido y los problemas psíquicos*. El sensitivo aquí es el señor Bérard, antiguo magistrado y diputado:

–“Obligado por la fatiga, en un viaje, a pernoctar en una miserable posada en medio de unas montañas cubiertas de árboles, vio en sueños, todos los detalles de un asesinato que se cometería tres años después en la misma habitación que él ocupaba, y del cual fue víctima el abogado Vitor Arnaud. Gracias al recuerdo de este sueño el señor Bérard hizo descubrir a los asesinos.

Cita también el caso romántico de una señorita de la Charité (Nièvre), que vio en sueños al joven, desconocido para ella, con quien se casaría más adelante. Gracias a ese sueño, llegó a ser Mme. Emile de la Bédollière”.

Las obras mediúnicas espíritas y las obras clásicas del espiritismo advierten que muchos detalles, accidentes, enfermedades, contra-tiempos, situaciones incómodas, etc. no han sido programados en el Más Allá en ocasión de la reencarnación del individuo que las sufre sucediendo en la tierra, dada la imperfección del propio planeta o por efecto del libre albedrío del individuo, que puede actuar en su encarnación, creándolos y sufriendo sus consecuencias. El hombre posee libre voluntad y, si no se conduce con sensatez, puede llenar su exis-

tencia con grandes penurias que no corresponderían a su camino presente y que por eso son sólo una creación actual de su voluntad mal orientada y en absoluto programación traída de lo Invisible, como fatalidad.

Apoyándonos en la Ciencia Espírita que permite instruirse con los guías y amigos espirituales sobre puntos todavía oscuros de la misma, como lo es el fenómeno de las premoniciones, para las que no encontramos explicaciones satisfactorias en ningún compendio espírita, una vez preguntamos al amigo Charles sobre esto:

—¿Puedes aclararnos el proceso por el que se nos avisa de ciertos acontecimientos, en general importantes que se van a producir con nosotros y que muchas veces son como los vimos en sueños o en visiones?

Y el respondió, psicográficamente:

—“Existen varios procesos por los que el hombre puede ser informado de acontecimientos futuros importantes en su vida. Generalmente si él se hace acreedor a esa advertencia, implica cierto mérito o crecimiento psíquico del que lo recibe y esto se hace a través de un amigo del Más Allá, un pariente su espíritu familiar o el propio Guardián Mayor que le indican el evento, generalmente grave o doloroso, para que se prepare. Esto se hace siempre en lenguaje figurado o escenificado, lo que llamáis sueños premonitorios.

Otras veces es el propio individuo que, recordando los acontecimientos que le servirían de testimonio reparadores ante la Ley de Creación, programados en el mundo espiritual en vísperas de la reencarnación, los ve tal como acontecerán, como en los casos de muerte propia o de personas queridas, desastres, dolores morales, etc. etc. Y sus protectores espirituales que conocen su programa de peripecias diseñado antes de la reencarnación, le advertirán en el momento necesario, bien sea a través del sueño o por intuición.

Puede suceder que en un caso de traición de amor por ejemplo, prueba que tanto hiera a los corazones sensibles, o en los casos de deslealtad de un amigo etc., la persona durante el sueño penetre en el aura del otro por quien se interesa, y ahí descubra sus intenciones, leyendo sus pensamientos y los actos ya realizados mentalmente, como en un libro abierto pudiendo comprobar lo que el otro pretende hacer en su contra, como si fuese un sueño ya que todo fue hábilmente grabado en su conciencia y las imágenes fotografiadas en su cerebro,

permitiendo su recuerdo al despertar, aunque no sea muy claro. El hecho se producirá en el futuro y ahí tiene el aviso...

Por otra parte, siguiendo la trayectoria espiritual de las acciones de una persona encarnada, un amigo de la espiritualidad podrá deducir con precisión un acontecimiento que sucederá más tarde. Podrá comunicar esto a su amigo terrestre y lo hará de modo sutil en sueños o con presentimientos. El estudio de la Ley de Causa y Efecto es matemático, e infalible para las entidades espirituales elevadas y, de esta forma, se comunicará con su alumno terrestre a través de la intuición, presentimiento, premonición, sueño, etc. El estudio de la matemática de causa y efecto es obligatorio e indispensable para las entidades que quieran seguir la carrera trascendente de guardianes o guías espirituales.

Es un estudio profundo, científico que se ampliará hasta preveer el futuro remoto de la propia humanidad y los acontecimientos que se producirán en el globo terráqueo, como son hecatombes físicas o morales, guerras, hechos famosos, etc. de ahí provienen las profecías cuando el sensitivo, altamente dotado de poderes supra normales, comparte fielmente esta información a sus contemporáneos. Es uno de los estudios que requieren un curso completo de especialización. Además, se suma a ello la circunstancia de que todos esos acontecimientos están unidos, de manera general al curso de la evolución tanto del planeta como del individuo y el instructor de este último así como los auxiliares del gobierno del planeta, pueden percibir lo que sucederá de aquí a un año, un siglo o un milenio, por el estudio y las deducciones científicas sobre el programa de evolución de la Creación, pues el tiempo no existe en las esferas de la espiritualidad y la entidad sabia deducirá fácilmente y con precisión matemática, los sucesos en general, subordinados al trabajo de la evolución, como si se tratase del momento presente.

El individuo que sufrirá una prueba o que tendrá que presentar testimonios de valor moral por la expiación, jamás lo ignora en su estado espiritual de semilibertad a través del sueño o del trance mediúmnico (puede caer en trance mediúmnico sin ser espírita, en especial cuando se duerme), visto que consintió en experimentar todas esas lecciones reparadoras. Pero, si no conserva intuiciones de ese tipo en el estado normal humano, las almas amigas y piadosas podrán hacer que las recuerde en sueños, preparándole y ayudándole a adquirir fuerzas y

serenidad para ese momento. Hay casos en que el aviso vendrá por alguien próximo al paciente, pero accesible a las infiltraciones espirituales premonitorias. Agradeced a Dios las advertencias que os son concedidas antes de las pruebas. Ellas indican que no sufriréis solos, que amigos desvelados permanecen a vuestro lado dispuestos a enjugar vuestras lágrimas con los bálsamos del santo amor espiritual inspirado por el amor de Dios”.

Con esas pequeñas indicaciones y estudiando tan interesantes fenómenos, creemos que llegaremos a vislumbrar algo sobre el mecanismo de los avisos trascendentes que tantos de nosotros hemos recibido del mundo invisible antes que se produjeran acontecimientos importantes en nuestras vidas.

A continuación el lector encontrará unas cuantas advertencias de esa naturaleza, concedida a nosotros y a personas de nuestro entorno, y que tendrá interés para los estudios trascendentales. No nos es posible escribir un libro con toda la información que disponemos, además de aquellos hechos ocurridos con nosotros. Entendemos sin embargo que para el testimonio que la Doctrina Espírita nos exige y para esa verdad que tuvimos la felicidad de poder comprobar, serán suficientes los que aquí exponemos.

Yo era como todavía soy médium de premoniciones. Cualquier acontecimiento grave, feliz o desdichado respecto a la familia y menos frecuentemente en lo que se refiere a amigos y a la colectividad se me ha descrito en sueños a través de parábolas, mucho antes que sucedan, exactamente como el proceso por el que obtengo las novelas mediúnicas.

En el año de 1940, por ejemplo, cuando Benito Mussolini, poderoso primer ministro del rey de Italia se encontraba en la cima del poder, durante un sueño (trance onírico o mediumnidad por el sueño a que tanto se refiere la Biblia) me fue revelado su trágico fin, tal como luego pasó, incluso su cadáver profanado colgado de un poste y sus pobres ojos aterrorizados, fuera de las órbitas, como más tarde la prensa y los noticiarios cinematográficos expusieron al relatar los acontecimientos de Milán en 1945. Al día siguiente a ese sueño, referí el hecho a mis familiares como una premonición, pero no me creyeron pues no había efectivamente ninguna razón para ser informada, espiri-

tualmente, del futuro que esperaba al poderoso “Duce”, como era llamado ese personaje. Además ¿Cómo podría él caer tanto desde su prestigio de verdadero César?

Los años pasaron y al acabar la Segunda Guerra Mundial, los hechos sucedieron tal como yo asistí a ellos en sueños, hasta en sus mínimos detalles.

¿Pero por qué me avisaron a mí? ¿Abría yo quizá asistido a alguna clase del curso de “Causa y Efecto” en el Más Allá y retenido esos acontecimientos en mi recuerdo? ¿O que extraña corriente me había llevado a la percepción de acontecimientos que implicaban a ese personaje? ¿Sería una profecía? ¿Pero con que finalidad si yo no le iba a dar publicidad? ¿Sería por la existencia de corrientes favorables al hecho que animaban mis pensamientos ya que meditando frecuentemente en aquel hombre de estado suponía entrever en ella la reencarnación de cierto emperador romano con características muy parecidas a las del altivo “Duce”?

Son preguntas para la que no encuentro respuesta... Un año antes de ese extraño acontecimiento que implicaba a Mussolini, es decir en el mes de enero de 1939, viviendo entonces en Minas Gerais, soñaba frecuentemente con un cortejo fúnebre muy concurrido y que parecía muy real. Al frente del mismo iba un hombre con una bonita corona de flores naturales. Yo acompañaba al féretro detrás del coche funerarío, bañada en lágrimas y sintiendo como el corazón se destrozaba de angustia, pero desconociendo la identidad del muerto. Durante cerca de seis meses prosiguió la misma visión en sueños sistemáticamente, incómoda, irritante. También durante los desdoblamientos en cuerpo astral yo veía el mismo féretro, lo acompañaba y lloraba angustiada. Charles aparecía entonces y me hablaba con palabras consoladoras pero que nunca recordaba al despertar. Una noche, sin embargo, al acompañar el cortejo que persistía en los sueños vi que los acompañantes paraban. Trajeron un banco y el ataúd fue puesto sobre el. Reconocí el lugar de la escena: cierta calle de la ciudad de Barra do Piraí en el estado de Río de Janeiro, al lado de la línea férrea de Central de Brasil, esa calle lleva al cementerio local donde estaba mi madre.

Me acerqué al ataúd como movida por un irresistible automatismo, abrieron la tapa y vi un cadáver cubierto de flores. Retiré el paño que tapaba su rostro y entonces reconocí a mi madre.

En efecto, por el mes de setiembre de aquel mismo año mi madre enfermó gravemente. El uno de octubre por la mañana, yo intentaba reposar después de una noche insomne velando a la querida enferma. Me adormecí y luego en un sueño muy lúcido mi padre fallecido cuatro años antes se acercó a mí para decirme con satisfacción:

–Esperamos a mamá aquí el día diecisiete... le haremos una recepción como se merece... está todo bien...

El dieciocho de octubre expiraba, porque durante todo el día diecisiete solo tuvo vida orgánica bajo la acción de aceite alcanforado. Y los detalles que yo había visto en la larga serie de sueños ahí estaban: el cadáver de mi madre fue rodeado de bonitas flores ofrecidas por sus amigas y el cortejo fue idéntico al del sueño, incluso con el hombre delante cargando la bonita corona de flores naturales, como era costumbre en la época y el tránsito a pie, por la misma calle, camino del cementerio.

Varias son las formas por las cuales nuestros amigos del mundo espiritual, nos indican los grandes acontecimientos de nuestra vida. También la muerte de mi padre fue descrita antes que ocurriese, pero a través de una parábola por el espíritu de Bezerra de Menezes.

Como se verá más abajo, la visión por el sueño no fue tan fuerte ni tan dramática como la relativa a la muerte de mi madre, aunque encerrase el mismo aviso premonitorio. Al parecer el carácter de los instructores espirituales influye mucho en la forma en que crean las visiones o avisos que nos conceden, en esas o en otras circunstancias, que llevan el sello de su propia personalidad. El espíritu Charles, a pesar de su elevación, moral-espiritual y el inequívoco amor con que se consagra mi espíritu, se caracteriza por un modo enérgico de actuar, si cuenta hechos imprime el propio tono positivo en la forma de proceder. Como ya tuve oportunidad de relatar en estas páginas, exige el máximo de mis fuerzas mediúnicas y, en cuanto a las pruebas por las que he pasado, llegó francamente a declarar que no me ahorraría ninguna de ellas porque eran necesarias para la reeducación de mi carácter, solo prometiendo sufrirlas conmigo y ayudarme a soportarlas. Los dos libros que me concedió mediúnicamente –*Amor y odio* y *En las vorágines del pecado*– son obras fuertes, vigorosas en la exposición de lo dramático, capaces de llevar la emoción al alma del

lector. El sueño premonitorio anunciando la desencarnación de mi madre se caracterizó por escenas del mismo tipo dramático, emocionantes por el realismo y también por la persistencia, ya que durante cerca de seis meses las visiones me perseguían de forma constante. Bezerra de Menezes, sin embargo, con su carácter dulce y como temiendo molestar al prójimo, se refiere a asuntos igualmente dramáticos pero suavizándoles con expresiones más delicadas. Así son los libros mediúmnicos que me concedió así como el aviso del paso de mi padre para el mundo espiritual, aviso que dulcificó con la propia presencia, como para inspirar confianza y sugerir protección. De esta manera, un mes antes de la muerte de mi padre, ocurrida en enero de 1935 me vi durante un sueño al lado de este mentor espiritual y delante de una pantalla que podría ser cinematográfica. Mi padre había enfermado hacía ya un año pero en aquel momento había mejorado considerablemente y nadie esperaba un desenlace próximo.

Yo me sentaba delante de la pantalla, junto a mi padre, mientras Bezerra de Menezes, en un plano más elevado se mantenía de pie apuntando para la pantalla con un pequeño bastón de alabastro. Y dijo:

–Verás ahora lo que sucederá a tu padre dentro de bien pocos días... esos hechos son naturales en la vida de un espíritu y no debemos lamentarlos...

Apareció en la pantalla un edificio del tipo de una pequeña mansión antigua que tenía su belleza clásica, pero en ruinas. A cada momento el edificio oscilaba amenazando desmoronarse. Las paredes tenían grietas, los cristales de las ventanas rotos, la pintura ennegrecida, mientras que los ratones iban y venían por dentro y fuera de la casa, voraces, royendo las paredes y la madera y perforándolo todo. De repente el edificio se desmoronó con estruendo. Oí el ruido de las paredes al caerse hasta los cimientos, vi levantarse una polvareda y un montón de escombros por tierra.

Pero en su lugar había quedado otro edificio, el mismo tipo de mansión, grandioso y bello, de líneas clásicas pero nuevo, ligero, gracioso como construido con un material nebuloso brillante. Comprendí el significado de la escena y me puse a llorar. Pero mi propio padre que se hallaba presente en espíritu, me abrazó cariñosamente, al tiempo que exclamaba sonriente:

–¿Pero que es eso hija mía? ¿No eres espírita? ¿Por qué lloras?...

Un mes después mi padre moría de repente, víctima de un edema pulmonar agudo que se había roto ahogándole en sangre. Y yo en efecto sufrí y lloré mucho después de su muerte, pues de todos los hijos yo fui la que más padeció con su ausencia. A su vez, mi padre al enfermar un año antes había sido avisado de que dentro de un año sería llamado a la patria espiritual y que se preparase para el inevitable evento.

Hizo caso, organizó los papeles de la familia, puso todo en orden para evitarnos preocupaciones después de su muerte, el aviso había venido a través de la videncia en estado de vigilia, durante la hemorragia nasal que había durado diecisiete horas y que había marcado el inicio de su enfermedad. Se trataba por tanto de una manifestación espírita con aviso premonitorio. Y los amigos espirituales que entonces le visitaron fueron su madre y Charles, a quien él llamaba “Dr. Carlos”.

Se puede deducir que frecuentemente somos advertidos de los hechos dolorosos, pues mucho más raras son las noticias que tenemos de un futuro feliz.

El hecho que presentaremos a continuación se rodea del dramatismo observado en el referente a la desencarnación de mi madre. Diríase que el guía espiritual informante poseía el mismo carácter enérgico y positivo de Charles, aunque sus particularidades presentan cierta dosis de romanticismo y belleza.

—Una amiga de mi familia, Rosa Amelia S. G., residente en una antigua ciudad del estado de Río de Janeiro iba a casarse y encargó el vestido para la ceremonia a la antigua casa de modas “Parc-Royal” de Río. Faltaban solo quince días para la boda cuando la feliz novia que tenía solo dieciocho primaveras una noche soñó que recibía por correo el paquete con su ajuar. Muy contenta lo llevó al interior de la casa rodeada de sus familiares que acudieron curiosos pero al abrir la caja lo que encontró fue un traje completo de viuda, con el clásico velo negro típico de la época para las viudas recientes. La joven gritó horrorizada, cerró la caja bruscamente y se despertó llorando convulsivamente estuvo consternada durante dos o tres días. Pero la perspectiva feliz del próximo enlace, los preparativos, la presencia amable del novio que tenía muy buena salud y se reía mucho de las preocupa-

ciones y el nerviosismo de la prometida, intranquila por perderlo, la tranquilizaron enseguida, haciéndole olvidar la pesadilla.

En la semana de la boda llegó el paquete por correo y lo recogió ella misma tal como había soñado, pero no acordándose más del sueño que había tenido y comprobando, encantada, la hermosura de su vestido de novia, de satén blanco adornado de flores naranja y con un velo de tul vaporoso y lindo y una guirnalda simbólica. Se casaron al sábado siguiente. Dos meses después, sin embargo el joven esposo de visita en Río de Janeiro enfermó de tifus, volviendo a casa ya en estado grave y muriendo algunos días después. Y solo en la misa del séptimo día la joven viuda se acordó del sueño que había tenido antes de la boda, al verse vestida exactamente como el sueño había profetizado.

No me dijeron si el traje de viuda llegó por correo como los de novia, expedidos por la misma casa. Lo que estoy bien segura es que la joven Rosa Amelia permaneció viuda por veinte años. Por esa época cuando la conocí personalmente encontró al que iba a ser su verdadero esposo, extranjero, que venía de Europa. Era como su otra mitad y había permanecido ausente hasta aquella fecha. Se casó con él y vivió muy feliz otros veinte o más años, y a pesar del romanticismo de su vida, esta fue la expresión de una realidad que yo presencié y oí de sus propios labios.

Podría decirse que la técnica espiritual para tales casos permite que se repitan las clases de avisos, pues muchos de ellos se parecen, como los dos siguientes que son semejantes, uno con el citado por el escritor espírita Lèon Denis, en relación al anuncio de la muerte del presidente de los Estados Unidos de América del Norte, Abraham Lincoln, y otro con lo ocurrido a mi padre durante la noche en que enfermó, implicando no un sueño, sino la manifestación espírita a través de la videncia, con la particularidad de ser una noticia del desenlace que ya había ocurrido:

—La señora B.C.M., residente en una ciudad próxima a Río, era madre de nueve hijos y esperaba el décimo para dentro de un mes, aproximadamente. Nada hacía suponer en su estado un desenlace fatal, pues se sentía bien, tenía asistencia médica y no había tenido ningún problema en sus partos anteriores. Un mes antes de dar a luz, soñó que se encontraba en su casa y percibía un movimiento inusual en la

misma, llanto de sus hijos y hermanos y personas vestidas de negro que entraban y salían de la casa, silenciosas y consternadas.

Sorprendida, se encaminó al salón de visitas para enterarse de lo que pasaba, pues este hecho insólito le intranquilizaba. Al llegar allí vio un catafalco con un ataúd rodeado de velas, la pared cubierta de coronas fúnebres, gente entristecida y a sus hijos deshechos en llanto. Preguntó entonces a una persona:

–¿Qué ha pasado? ¿Quién ha muerto?

–¡Míralo! –le respondieron.

Se acercó al ataúd, retiró el paño que velaba el rostro del muerto y se reconoció a sí misma.

Un mes después, la señora B. daba a luz a su décimo hijo, pero una circunstancia imprevista le hizo abandonar el envoltorio carnal para alcanzar las consoladoras estancias espirituales. El movimiento en su residencia, el día de sus funerales fue exactamente como el que vio durante el sueño, según sus propias descripciones a la familia y a los amigos, antes de morir.

El otro caso, no menos dramático y real, es sin embargo diferente, ocurriendo de la siguiente forma:

–La señora N. O. residía en una ciudad de Minas Gerais, pero fue a Río de Janeiro para someterse a una delicada operación quirúrgica. Su hijo más joven, de quince años de edad, era alumno de un afamado colegio religioso de la ciudad minera, y su madre le dejó allí interno mientras ella era operada en Río. Hacía tres días que había sido operada cuando el colegio hizo una excursión a un pantano próximo. Al atravesar un frágil puente de madera que enlazaba ambos extremos del pantano y hacerlo los ciento veinte alumnos y profesores a la vez, el puente se rompió lanzando al agua a numerosos jóvenes, entre los que se encontraba Alejandro, el hijo de N. quién perdió la vida junto a otros cuatro compañeros. Los familiares no contaron lo sucedido a la madre enferma, esperando a que se recuperase. Pero cinco días después del desastre, en la madrugada, la enferma confesó haber distinguido en la penumbra una neblina que inundó el cuarto:

–Tuve la impresión –decía– de que la neblina se levantaba del lecho de un gran río. Mi hijo se fue levantando lentamente, como surgiendo del fondo de las aguas. Le reconocí y me dijo:

–Mamá, te vengo a decir que el domingo por la mañana morí ahogado en el pantano...

Y los familiares no pudieron hacer más que confirmar el acontecimiento a la pobre madre la cual al parecer, mereció clemencia del cielo, pues soportó con entereza la gran prueba.

En lo que respecta a mí, una manifestación del mismo género, pero con perspectivas diferentes, se acaba de presentar en mi vida de médium practicante, con impresionante realismo:

–Mi hermano, Pablo Aníbal, empleado de la Compañía Siderúrgica Nacional, en la ciudad de Volta Redonda, en el estado de Río de Janeiro, había enfermado gravemente en diciembre de 1964. Era un antiguo caso de nefritis que se había agravado, volviéndole hipertenso con frecuentes amenazas de edemas pulmonares y disneas muy dolorosas. En mayo de 1965 su estado se agravó de tal forma que temimos un desenlace inminente. Era benjamín de los siete, el más querido por los seis hermanos que le vieron nacer y nuestra tristeza era mayor cada día que pasaba, pues aunque la Doctrina Espírita nos consuele, comprendiendo los dictámenes de las leyes naturales y dándonos resignación ante las pruebas diarias, la muerte en la Tierra todavía constituye una seria prueba para los que ven partir a sus seres queridos hacia el otro plano de la vida, y ninguno de nosotros quedará indiferente ante este hecho inevitable.

Yo estaba a su lado en el hospital, donde estuvo durante trece meses, y el veinticinco de mayo, en la madrugada fatigada e insomne, me recliné junto a la cama y me sobrevino una ligera somnolencia, entrando en estado de semi-trance, adecuado para el intercambio con lo Invisible. Vi entonces que mi madre, fallecida hacía veintiséis años se aproximaba a nosotros miraba atentamente al enfermo y luego se volvió hacia mí diciendo con naturalidad:

–Descansa tranquilamente. Morirá en enero de 1966.

Mi hermano Pablo Aníbal, efectivamente, falleció el dieciocho de enero de 1966.

Hay otros avisos que traen alegría y felicidad, que parecen revelaciones protectoras, y que implican caridad para el que lo recibe y

expresan la simpatía que un encarnado puede inspirar a los desencarnados.

Algunos de esos avisos, como el que a continuación citamos, se diría que eran intrigas o maledicencia, pero si analizamos en profundidad el hecho, nos daremos cuenta que en lugar de intrigas demuestran el espíritu de justicia y protección al ser más débil. Bastará un ejemplo para que todos meditemos, no sólo sobre la necesidad de cultivar el verdadero Espiritismo y practicarlo, sino también sobre la prudencia que debemos tener al decidirnos a dar ciertos pasos importantes en nuestra vida de relación, pues, como ya hemos dicho, no todas las pruebas que sufrimos en la Tierra han sido programadas como algo imperioso en nuestro camino.

Muchas tristezas, disgustos y sufrimientos son el fruto de la irresponsabilidad de nuestros actos bajo nuestro libre albedrío, en la presente existencia.

—Una joven espírita que conocí, residente en Minas Gerais, era médium y era muy caritativa con los espíritus sufridores desencarnados. Conmovía su ternura afectiva con los obsesores, los suicidas y los endurecidos del Mundo Invisible y era digna de ser imitada. Les rodeaba de protección y amor, orando por ellos diariamente, con súplicas vehementes, leía la Doctrina Espírita y el Evangelio invitándoles a oírlo, compartiendo su comunión con lo Alto; daba limosnas a los huérfanos, viejos y enfermos, era un corazón sentimental y romántico, incluso en la práctica de la doctrina de los espíritus, ya que les ofrecía flores cogidas de su jardín, margaritas, rosas y violetas, cultivadas por ella misma, diciéndoles en pensamiento mientras removía la tierra o las regaba:

—Mirad queridos hermanos: estas flores son vuestras las cultivo para vosotros. Mirad como Dios es de bueno y generoso que a través de un pequeño esfuerzo nuestro, permite que misteriosamente, de la tierra salgan estas bonitas flores para alegrar nuestras vidas. Todo es bello, bueno y generoso dentro de la naturaleza y alrededor nuestro, desde el Sol que nos alumbra y calienta protegiéndonos la vida hasta la tierra que nos regala los frutos de su fecundidad. ¿Por qué solamente seremos malos nosotros? Practiquemos siempre todo lo bello y agradable, sepamos cultivar el amor en nuestros corazones para con todo, y veremos que todo sonreirá alrededor de nosotros, dándonos alegría, felicidad y nuevos horizontes para realizar mayores y mejores conquistas.

Así como nuestros malos pensamientos, al atraer corrientes espirituales negativas, actúan en contra nuestra haciéndonos infelices, los buenos, un sentimiento suave, una actitud afable atraerán corrientes amorosas que suavizarán las peripecias diarias. Y así como nuestras malas acciones son vistas por los desencarnados atrayendo a los de orden inferior para convivir con nosotros o incluso para obsesionarnos, también nuestras buenas actitudes atraerán a los buenos espíritus a nuestro lado y actuarán sobre los inferiores para neutralizar sus intentos contra nosotros y reeducarles con nuestro ejemplo.

La joven en cuestión se ganó el aprecio de los espíritus del Más Allá, incluso en las regiones más infelices, dada su dedicación a los sufridores, que pasaron a estimarla mucho, reconociéndola como una amiga y una abnegada protectora. Gracias a su bondad, era respetada por aquellos infelices que se encontraban en el radio de acción de sus actividades mediúmnicas, y a los que les gustaría un día poderle demostrar igualmente amistad y gratitud. Marcia, como así se llamaba, se enamoró del Sr. R. S. M. al que conocía superficialmente, y que la pidió en matrimonio. Dadas las circunstancias de su vida particular, era huérfana y sufría la angustia de su situación social al no tener familia, creía que el matrimonio iba a resolver todos sus problemas y que aquel hombre sería el amigo que el cielo le enviaba para ser su protector en la Tierra, una bendición que la compensaría de todos los disgustos que había pasado en su condición de huérfana pobre. Era sincera, sentimental y romántica y creía que el novio también lo era. Quince días después de la petición de mano, comenzó a soñar que un grupo de espíritus de humilde categoría y mediocre nivel moral en el Más Allá, le avisaban sobre las intenciones de su prometido y otros detalles de su mal carácter y hechos de su vida particular.

—¡Es un hipócrita! —Decían a la vez, indignados, señalando al pretendiente, que durante los sueños aparecía a su lado— ¡Un hipócrita, capaz de cualquier infamia! Cree que eres heredera de una fortuna y eso es lo único que le mueve hacia ti... No te ama, pues es incapaz de amar a nadie... y si insistes en ese compromiso tendrás grandes problemas en tu vida...

Y pasaban a enumerar los defectos del Sr. R. S. M. y la serie de deslices que ya había cometido.

Las primeras veces que soñó esto, la joven Marcia lo atribuyó a sus propias preocupaciones e incluso a mistificaciones de espíritus

perturbadores, que querían perjudicarla. Pero, al repetirse con mucha insistencia, se impresionó de tal forma que realizó averiguaciones sobre el individuo a quien iba a confiar su propia vida, constatando entonces la verdad de los avisos contenidos en los sueños, avisos que provenían de corazones sensatos y amigos. Se rompió el compromiso y la joven espírita continuó en su dulce tarea de aconsejar a los necesitados del mundo astral con las manifestaciones de su ternura espiritual y evangelizadora...

Finalmente, concluyendo esta larga exposición, el más interesante de cuantos sueños premonitorios me han advertido, ocurrió en mi juventud, cuando me comprometí con la Doctrina Espírita y mis dieciocho años florecían llenos de aspiraciones tiernas y bonitas. Fue una parábola vivida por mí bajo la sugestión de la entidad espiritual que me advirtió que me debería fortalecer para renuncias muy dolorosas y difíciles, para que mayores sinsabores no me hicieran todavía más infeliz.

Como veremos, la técnica usada por los mentores para profetizar las luchas y sufrimientos por los que yo debería pasar, fue semejante a las demás premoniciones e idénticas a las escenificaciones vividas para recibir los libros que me fueron concedidos a través de la psicografía. Hay que destacar que ese sueño, muy lúcido, mostraba escenas tan reales y vívidas que yo podría afirmar que todo era *sólido, material* y no fruto de una fuerte sugestión por el poder de la voluntad mental.

Me vi delante de un gran puente en ruinas, que debía atravesar para llegar al otro extremo. Abajo rugía un río tenebroso de aguas revueltas y crecidas que sacudían el puente. Yo estaba vestida de forma vaporosa con los cabellos sueltos y coronada de rosas blancas. La noche a la luz de la luna era bella y sugestiva dejando ver el azul del cielo y las estrellas que brillaban muy limpias. A mi lado percibí a una entidad elevada, era Bittencourt Sampaio, envuelto en una túnica romana vaporosa y brillante y con una corona de laurel, como los antiguos intelectuales romanos y griegos. Me decía:

–Es necesario que lo atraveses... es el único recurso que tienes... tendrás ayuda...

Me eché a llorar, temerosa ya que al intentar entrar en el puente, oscilaba con mi peso. Entonces, Bittencourt Sampaio tomó mi brazo y repitió:

–¡Venga, no tengas miedo! ¡El que quiere lo consigue! ¿No sabes que la fe mueve montañas? ¡Tendrás ayuda, ten confianza!

Amparada de esta forma, atravesé el puente lentamente, deshecha en lágrimas, mientras las aguas rugían abajo, amenazando tragarlo y a mí también. A cada paso se producían nuevos bandazos del puente, cuyo suelo en mal estado me dejaba entrever el abismo que existía bajo mis pies. Llegando al lado opuesto, me acuerdo todavía que el gran amigo repitió el aviso del futuro que me esperaba y que no era nuevo para mí porque ya había tenido otras profecías sobre el mismo:

–Es el único recurso que tendrás para poder vencer: dedicarte al Evangelio de Cristo y a la Doctrina de los Espíritus. No esperes nada del mundo porque este nada te concederá eres un espíritu culpable, a quien la clemencia del cielo extiende su mano para poder levantarse del oprobio del pasado. No conocerás el matrimonio, no tendrás un hogar y espinos y luchas se acumularán bajo tus pasos... Pero, unida a Jesús y a la Verdad, obtendrás fuerzas y tranquilidad para soportar y vencer todo...

Efectivamente la premonición se realizó íntegramente, día a día, minuto a minuto: mi existencia ha sido una travesía constante sobre un río de dolores que el Consolador amparó y fortaleció.

Podríamos citar otros muchos ejemplos, muchísimos, recogidos por todos del círculo de las propias relaciones de amistades o de la observación, tanto que podrían llenar uno o más libros interesantes, para deleite de los estudiosos de los hechos sobrenaturales. Pero los que se exponen aquí bastan para recordarnos que sobre todo ofrecen grandes demostraciones de la verdad eterna que no debemos despreciar, manifestaciones del mundo espiritual que se relaciona con nosotros, tomando parte en todos los sucesos de nuestra vida.

Prueban además la existencia del alma más allá de la muerte, sus complejas posibilidades, su individualidad después de desprenderse de los lazos carnales, los derechos que le son concedidos por la ley de Creación, de entenderse con los hombres, manteniendo con ellos

relaciones afectivas o protectoras; su interés humanitario por los mismos, los nuevos poderes adquiridos por ella después de la muerte, el amparo que nos dispensan aquellos seres caritativos que con sus avisos en las vísperas de nuestras pruebas o de los grandes acontecimientos que nos sorprenden, nos preparan para los sucesos inevitables de la existencia, intentando suavizar lo posible nuestros dolores. Y sobre todo también resaltan que una Doctrina tan completa, como es el Espiritismo, realmente merece por nuestra parte mucha renuncia y devoción para ser bien estudiada, comprendida y practicada, pues es cierto que no nos será lícito a ninguno de nosotros ser indiferente al alto patrón de esa Ciencia Celeste, que felizmente adoptamos para, bajo sus directrices, alcanzar el fin glorioso que la Creación Suprema nos destina.

X LA OBSESIÓN

“¿Puede un espíritu tomar temporalmente el cuerpo de un persona viva, es decir, introducirse en un cuerpo animado y actuar en lugar del otro que se halla encarnado en ese cuerpo?”

“El espíritu no entra en un cuerpo como se entra en una casa. Se identifica con un espíritu encarnado, cuyos defectos y cualidades sean los mismos que los suyos, a fin de actuar conjuntamente con él. Pero el encarnado es siempre quien actúa, según quiera sobre la materia que está revestido. Un espíritu no puede sustituir a otro que está encarnado, por eso tendrá que permanecer unido a su cuerpo hasta el término fijado para su existencia material.

El libro de los Espíritus, Allan Kardec, pregunta 473.

Uno de los más bellos estudios que el Espiritismo ofrece a sus adeptos, es el de los casos de obsesión. Creemos que ese difícil aprendizaje, esa importante ciencia de averiguar obsesiones, obsesores y obsesionados debería constituir una especialidad entre los practicantes del Espiritismo, es decir médiums, dirigentes, pasistas, etc. Así como hay médicos pediatras, oftalmólogos, neurólogos, etc., también deberían existir espíritas especializados en los casos de tratamiento de las obsesiones, ya que en ellos es necesaria una dedicación absoluta a tal particularidad de la Doctrina, para llevar a buen término el mandato. Tal ciencia, sin embargo no se podrá limitar a la teoría requiriendo una paciente y precisa observación de los casos de obsesión que se presenten, pues es sabido que la observación personal, la práctica en el ejercicio del sublime mandato Espírita enriquece de tal forma nuestros conocimientos sobre cada caso que encontramos que, cada uno de ellos, cada obsesionado con que nos encontremos en nuestro camino de espíritas constituirá un tratado de ricas posibilidades de instrucción y aprendizaje, en torno a la curación, cuando esta sea posible.

Tantas son las formas, los tipos de obsesión con lo que nos hemos encontrado en nuestro largo recorrido de Espírita y médium, que sería

necesaria casi una enciclopedia para examinarlos todos. En aras de la brevedad preferiremos tratar algunos casos observados por nosotros mismos en los que actuamos o bien como médiums o como consejero de los implicados en el fenómeno, es decir obsesor y obsesionado. Pero antes de entrar directamente en el tema vamos a reflejar algunos esclarecimientos del maestro por excelencia del Espiritismo, Allan Kardec, cuyas sensatas advertencias no han sido jamás desmentidas por lo observado por sus seguidores, hasta el presente momento. Además de la pregunta 473 arriba citada existen la número 474 y siguientes. Pregunta Allan Kardec, a los instructores espirituales:

–Dado que no hay posesión propiamente dicha, es decir, cohabitar dos espíritus en el mismo cuerpo ¿puede el alma depender tanto del otro espíritu, que se encuentre subyugada u obsesionada hasta el punto de que su voluntad se quede, en cierta forma paralizada?

Y el instructor espiritual respondió:

–Sin duda que esos son los verdaderos poseídos, pero es preciso que sepas que esa dominación no se efectúa nunca sin que aquel que la sufre lo consienta, bien por su debilidad o por deseársela. Muchos epilépticos o locos, que más necesitaban un médico que exorcismos, han sido tomados por poseídos.

–¿Puede alguien por sí mismo apartar a los malos espíritus y liberarse de su dominación?

–Siempre es posible a cualquiera quitarse un yugo, siempre que lo quiera con voluntad firme.

–¿Pero no es posible que la fascinación ejercida por el mal espíritu sea tal que el subyugado no la perciba? Siendo así ¿podrá una tercera persona hacer que cese ese dominio? Y en ese caso ¿qué condiciones debe reunir?

Si es un hombre de bien su voluntad puede cooperar apelando el concurso de los buenos espíritus, porque cuanto más digna sea la persona, mayor poder tendrá sobre los espíritus imperfectos para alejarles y sobre los buenos para atraerles. Sin embargo nada podrá hacer, si el que esté subyugado no se presta a ello. Hay personas a quien les agrada una dependencia que halaga a sus gustos y deseos. En todo caso, aquel que no es puro de corazón no puede tener ninguna influencia, los espíritus buenos no le atienden y los malos no le temen.

–Las fórmulas del exorcismo ¿tienen alguna eficacia sobre los malos espíritus?

–No, y cuando estos espíritus ven que alguien se lo toma en serio se ríen y obstinan.

–Hay personas animadas de buenas intenciones y que sin embargo son obsesionadas ¿Cuál es entonces el mejor medio de librarnos de los espíritus obsesores?

–Acabar con su paciencia, no dar ningún valor a sus sugerencias y mostrarles que pierden el tiempo. Viendo que no consiguen nada, se apartan.

–La oración ¿es un medio eficiente para la cura de la obsesión?

–La oración es siempre un poderoso auxilio. Pero, creed que no basta que alguien murmure algunas palabras para obtener lo que desea. Dios asiste a los que actúan, no solo a los que se limitan a pedir. Es pues, indispensable que el obsesionado haga por su parte lo necesario, para destruir en sí mismo la causa de la atracción de los malos espíritus.

Es evidente que en lo que acabamos de leer, se trata solo de casos de obsesión en personas que más o menos conocen el hecho y que, por eso mismo, estarían en condiciones de ayudar a su propia curación con el vehemente deseo de liberarse del incómodo asedio, y cuya fuerza de voluntad fuese la terapia principal. Pero la observación la práctica de los trabajos trascendente del espiritismo, nos indican que, en la mayoría de los casos el obsesionado no se encuentra en absoluto en condiciones de ayudarse a sí mismo, bien por la subyugación total por la que se dejó envolver o por la debilidad o ignorancia que su vida de no creyente y materialismo produjo, afinándole con las imperfecciones de orden general.

Cabe entonces a los espíritas que tratan el caso, es decir médiums y directores de los trabajos prácticos, actuar con todo lo que la Doctrina proporciona, con el fin de testimoniar el valor de la misma. Pero, como vimos en las preguntas citadas anteriormente, y como la observación nos demuestra, será necesario a unos y a otros un conocimiento sólido de la doctrina para un análisis indispensable de las comunicaciones del obsesor y una dedicación ilimitada al trabajo, un corazón reeducado en los principios del amor y fraternidad, un equilibrio mo-

ral auténtico o por lo menos el deseo sincero de adquirir esas cualidades a través del esfuerzo diario por una reforma personal, con el fin de imponerse al obsesor por el ejemplo y la pureza de sentimientos y de esta manera convencerle para su propia reforma moral.

El propio médium a solas consigo y con sus lecturas y oraciones, podrá contribuir mucho para la conversión del espíritu endurecido, pues sus ejemplos y el amor que demuestre por él podrán cautivarle y convertirle en un amigo y de ahí a aceptar los consejos sugeridos no habrá tanto. Pero para llegar a eso será necesario al médium a su vez muchas renunciaciones y reformas personales, una fe inquebrantable, asistencia espiritual comprobada y segura y la posibilidad de permanecer en condiciones vibratorias mentales y físicas satisfactorias, constantemente, a diario y no solo en los momentos en que se siente a la mesa de comunión con lo invisible para el desempeño de su sagrado mandato, pues del elevado desempeño de los médiums depende el éxito de las reuniones espíritas en general y de la curación de las obsesiones en particular.

Eso afirmamos, sin excluir la responsabilidad de los directores terrenos de las mismas de cuya seguridad moral y conocimiento de causa dependen los buenos logros de cualquier reunión práctica de Espiritismo, sin olvidar la responsabilidad de cada uno de los componentes de la mesa. Se puede decir por tanto, que esos trabajos son el fruto de una comunión sublime entre los médiums directores de sesiones y guías espirituales bajo el patrocinio de Jesús, Maestro Mayor de toda la Ciencia, y que por eso mismo, todos tenemos grandes responsabilidades, su desempeño es sagrado y no se puede realizar con indiferencia o poca dedicación. Por eso creemos que los trabajos para curaciones de obsesión deberían ser una especialidad de determinados espíritus y realizarse siempre en ambientes discretos donde los rumores del mundo no penetren pues es sabido por cuantos se dedican a las investigaciones trascendentales, que las vibraciones ambientales influyen poderosamente, bien o mal, en los trabajos prácticos del espiritismo. Esas atribuciones, es decir la dedicación a los casos de obsesión, requieren una constante y profunda atención, observación y estudio, absorbiendo de tal forma las preocupaciones del experimentador, que sería positivo que él solamente se dedicase a esa área, para bien de él mismo y de su trabajo.

En el capítulo XXVIII de *El Evangelio según el Espiritismo*, en la “Oración para el comienzo de la reunión” existe la siguiente advertencia que instruiría a los médiums que la estudiaran con atención así como a los dirigentes, pues la instrucción espírita no puede perder de vista ningún detalle que ayude a consolidarla:

“Y vosotros, buenos espíritus que os dignáis a venir a instruirnos, hacednos dóciles a vuestros consejos, apartadnos de toda idea de egoísmo, orgullo, envidia y celos; inspiradnos indulgencia y benevolencia hacia nuestros semejantes, presentes o ausentes, amigos o enemigos; haced en fin, que por los sentimientos que nos muevan conozcamos vuestra saludable influencia sobre nosotros.

A los médiums a quienes encomendáis transmitirnos vuestras enseñanzas dadles la conciencia de la santidad del mandato que se les confía y de la seriedad de la tarea que van a realizar, a fin de que pongan en ella el fervor y recogimiento necesarios”.

Pero, no todos los obsesores son malos en realidad, y de muchos de ellos podremos hacer amigos espirituales mediante el buen tratamiento fraterno que les demos.

Nos acordamos aquí de uno de esos obsesores al que conocimos durante unos trabajos de curaciones de obsesión, realizados en la antigua “Casa Espírita” de la ciudad de Juiz de Fora, en el estado de Minas Gerais, que nos decía estas palabras al exhortarle a abandonar la infeliz actitud de perseguidor del prójimo:

–“Perdona, querida mía. Siento contradecirte. Pídeme cualquier otra cosa y la atenderé de todo corazón. Pídeme que sea bueno y caritativo con cualquier otra persona, que rece por los que sufran como te veo hacerlo aquí todos los días, pídemme sea lo que sea y me esforzaré por complacerte. Pero no me pidas desviar de él (el obsesionado) el castigo que tanto merece, porque eso está más allá de mis posibilidades, ¡si tú supieras lo que me hizo! A mí me gustas mucho tan maravillosa en tus oraciones tan afectuosa, tan buena para mis compañeros de desgracia, me gustas muchísimo. Te estaré eternamente agradecido por todo el bien que me estas proporcionando y estaré dispuesto a servirte en cualquier ocasión en que pueda serte útil. ¡Pero a él no! Le odio con todas las fuerzas de mi corazón ultrajado por su maldad y no le dejaré”.

–Tu drama fue vivido hace mucho tiempo amigo ¿por qué retenerlo en el recuerdo para seguir sufriendo su amargura? ¿no sería más reconfortante procurar perdonar y olvidar, dando treguas al corazón sufriente para intentar la felicidad en la práctica del amor fraterno? – Le dijimos, pero pareció no oírnos pues continuó con la frase interrumpida:

–“Sí querida mía, solamente puede vivir en dos lugares, en el hospital donde ahora se halla o en la cárcel, pues ambos sitios los conocí por su culpa. Es un miserable, créeme, peor que yo y merece lo que está sufriendo...”

Ese obsesor, como vemos no era de los más duros ya que admitía actitudes amables para otros que no fuesen su adversario, y era sincero, declarando que no le iba a abandonar, en vez de mistificar como hacen otros diciendo que se van a apartar de los obsesionados solo por alejarse de nuestra insistencia. Y tanto en las sesiones prácticas, como a solas, durante la vigilia o en nuestros trances de desprendimiento, demostró siempre un gran afecto y respeto por nosotros. En cierta ocasión cuando nos asaltaron los dolores de una gran prueba lo tuvimos a nuestro lado intentando aliviarnos, como un buen amigo lo hace en la Tierra aunque no sea una persona realmente virtuosa es capaz de querer bien y favorecer a un amigo. Un año más tarde se cansó de practicar la venganza, avergonzándose de sí mismo y se arrepintió abandonando su presa que se recuperó lentamente. Esto pudo ocurrir por haber adquirido conocimiento sobre el Evangelio y la Doctrina Espírita conviviendo con nosotros en las sesiones. Se despidió y se encaminó hacia nuevos ciclos de progreso. Esta entidad permaneció reeducándose en las sesiones de la antigua “Casa Espírita”, asistiendo a los trabajos prácticos y estudios durante cerca de dos años, observando el elevado ideal que movía a aquellas personas, que no tenían otro interés sino el de progresar en la práctica del Bien y del amor a Dios.

La instrucción doctrinaria, el ejemplo, la paciencia y el amor son factores indispensables para el éxito de los trabajos de las curaciones de obsesión. Y no creamos que cualquier entidad endurecida en el error pueda convertirse y arrepentirse rápidamente, por la magia de nuestro adoctrinamiento durante una o dos reuniones. Ellas quizá permanecerán frecuentando nuestros trabajos para instruirse y reeducarse con nuestro contacto, haciendo un aprendizaje rudimentario con nosotros para conseguir nuevas etapas de instrucción y progre-

so. Algunas de allí mismo volverán a reencarnar, sin alcanzar la Espiritualidad. Y entonces, el obsesionado también recibirá nuevas enseñanzas positivas. De todas formas, no se conseguirá nada si el obsesionado no ayuda a su curación procurando renovarse moral y mentalmente, corrigiendo sus imperfecciones y actuando así contra las sugerencias maléficas del obsesor. A través de la oración humilde y fervorosa conseguirá mucho para sí mismo pues tal procedimiento, digno y agradable a las leyes de Dios, cansará al obsesor que se retirará pronto, comprendiendo que se ofende a sí mismo cuando busca ofender al prójimo. El obsesionado puede hacer mucho por la regeneración moral de su obsesor lo que acrecentará sus méritos ante el mundo espiritual, atrayendo simpatía y protección.

Conviene recordar estos párrafos de *El Evangelio según el Espiritismo*, de Allan Kardec, muy convenientes para el trabajo de las curaciones de obsesión, se encuentran en el capítulo 28 ítem 81 en el prefacio de la “Oración para los obsesionados”. De su lectura y meditación resalta la necesidad de disponer de un pleno conocimiento de causa para aquellos que se dedican a los casos de obsesión:

–“En los casos de obsesión grave se encuentra el obsesionado como envuelto e impregnado de un fluido pernicioso que neutraliza la acción de los fluidos saludables y los rechaza. De dicho fluido dañino hay que liberarle. Ahora bien, un mal fluido no podrá ser eliminado por otro fluido igualmente malo. Mediante una acción muy similar a la del médium curativo en los casos de enfermedad, hay que expulsar el fluido perjudicial con ayuda de un fluido mejor que produzca en cierta forma el efecto de un reactivo. Esta es la acción mecánica, pero no resulta suficiente, porque es preciso también actuar sobre el ser inteligente al cual hay que tener el derecho de hablar con autoridad, y tal autoridad solo emana de la superioridad moral: cuanto más grande sea la superioridad moral tanto mayor será la autoridad.

Y eso no es todo, pues para asegurar la liberación del obsesionado se necesita así mismo llevar al espíritu perverso a renunciar a sus malos propósitos, moviéndole a arrepentirse y a desear el bien, por medio de instrucciones hábilmente administradas, en evocaciones particulares que se hagan con miras a su educación moral. Entonces se podrá obtener la doble satisfacción de liberar a un encarnado y convertir a un espíritu imperfecto.

La tarea es mucho más fácil cuando el obsesionado, comprendiendo en la situación en que se halla, aporta su concurso poniendo voluntad y orando. No sucede lo mismo si seducida por el espíritu embustero, la víctima está ilusionada con las supuestas cualidades de quien la domina y se complace en el error en que este último la sume, porque en tal circunstancia, muy al contrario de colaborar con quien le asisten, rechaza su ayuda. Tal es el caso de la fascinación, siempre infinitamente más rebelde que la más violenta de las subyugaciones (consultar *El libro de los médiums* Capítulo XXIII). Digamos por último, que en todos los casos de obsesión, la plegaria es el más poderoso auxiliar de la acción contra el espíritu obsesor”.

En la observación al final de este punto, existe también una interesante nota que completa la instrucción doctrinaria:

La cura de las obsesiones graves requiere mucha paciencia, perseverancia y devoción. Exige así mismo tacto y habilidad par incidir al bien a espíritus que muchas veces son muy perversos, endurecidos y astutos, pues lo hay rebeldes en grado extremos. En la mayoría de los casos es preciso guiarse por las circunstancias. Pero, sea cual fuere el carácter del espíritu, existe un hecho cierto, y es que no se logra nada con la compulsión o las amenazas, ya que toda la influencia estriba en el ascendiente moral. Otra verdad, también comprobada tanto por la experiencia como por la lógica, es la total ineficacia de los exorcismos, fórmulas cabalísticas, palabras sacramentales, amuletos o talismanes, prácticas exteriores y signos materiales de cualquier género que sean.

Una obsesión que se prolongue por largo tiempo puede ocasionar desórdenes patológicos y requerirá, en ocasiones, un tratamiento simultáneo o consecutivo, ya sea magnético o médico, a fin de conseguir que el organismo del paciente se restablezca. Una vez eliminada la causa, queda todavía luchar contra sus efectos (ver *El libro de los Médiums*, capítulo XXIII “De la obsesión”).

Debemos añadir a las interesantes observaciones de Allan Kardec, las consideraciones que detallamos a continuación, dictadas psicográficamente en respuesta a determinadas preguntas hechas por un médico espírita. Tantas son las peticiones de esclarecimientos sobre las obsesiones que recibimos, que no será inútil una investigación continua sobre todas las clases de ese hecho terrible que parece amenazar al hombre de la cuna a la tumba, bajo múltiples disfraces, lo

que indica el mal existente en las profundidades de su propia alma, conciencia o mente. Las citadas consideraciones las recibimos del espíritu del Dr. Adolfo Bezerra de Menezes y las presentamos a título de estudio y observación y no como una afirmación segura, sabiendo que un médium, siempre lego en las comunicaciones que recibe de lo Invisible y desconocedor de los fundamentos científicos, nunca podrá asegurar como realidad aquello que obtiene a través de su facultad sino ofrecerlo al estudio de otras personas más competentes.

He aquí la pregunta:

—¿Las enfermedades mentales están siempre vinculadas a problemas espirituales, incluso aquellas que tienen una base orgánica?

Respuesta de Bezerra de Menezes:

1. Es cierto, con algunas excepciones como pueden ser: fatiga mental, depresiones nerviosas ocasionadas por algún factor patológico, impurezas de la sangre, sífilis y otras de fácil verificación. La locura de origen alcohólico podrá tener causa espiritual, ya que el alcohólico puede ser un obsesionado, o atraer espíritus afines que compliquen su situación. Pero no todas las enfermedades mentales tienen origen en la obsesión, aunque sean de origen psíquico. El mundo espiritual es muy intenso y los hombres están lejos de comprender esta intensidad. A su vez, el ser psíquico, incluso el periespíritu y sobre todo la mente, son potencias inimaginables para los hombres. Siendo así los sentimientos de un desencarnado alcanzarán una intensidad indescriptible si no estuviera lo bastante equilibrado o evolucionado, para dirigirlas normalmente.

Con el fin de entender lo que vamos a decir debemos tener en cuenta que el periespíritu está ligado al cuerpo físico durante la encarnación por una red de vibraciones nerviosas y le dirige como potencia equilibradora. El remordimiento, por ejemplo que es un importante sentimiento y que al desencarnar un espíritu puede llegar a enloquecerle, podrá impulsar al espíritu a reencarnar en un estado vibratorio precario como puede ser excitado, deprimido, alucinado, desesperado, etc. Y siendo así, llevará para el cuerpo en que habite predisposiciones para un acentuado desequilibrio nervioso, intoxicaciones magnéticas que provocarán más tarde una enfermedad mental, donde pueden existir has-

ta visiones (del pasado en que delinquiró) al chocar con una posible fatiga mental, emoción fuerte o excesos de cualquier naturaleza, como el sexual o alimenticio. Parecerá una obsesión, pero en realidad estará obsesionado solo por su memoria profunda que vinculó a su personalidad si existe remordimiento, crimen o delincuencia.

Y si existió crimen, la conciencia, con falta de armonía, puede llevar la desarmonía a todo el ser de muchas formas. La mente enferma reflejará su anormalidad sobre el periespíritu que está dirigido por ella, y éste sobre el cuerpo físico, que es esclavo de ambos, a través del sistema nervioso. Y tenemos ahí la enfermedad mental con base orgánica vinculada a problemas espirituales, pero sin ser propiamente una obsesión en sí. Si se trata a ese paciente por las vías espíritas comunes, es probable que no se recupere o que lo haga difícilmente, ya que no existe un obsesor propiamente dicho. Y si se evoca a un obsesor, insistiendo en la atracción se dará la posibilidad de comunicarse con el espíritu del supuesto obsesionado, que será alcanzado por las corrientes vibratorias, sufrirá una especie de trance, se adormecerá y dará una comunicación. Se referirá a “el”, es decir, al cuerpo que ocupa como si se tratase de otra persona (sabemos que el espíritu de un vivo al comunicarse en una reunión, se refiere a su propio cuerpo usando la tercera persona del singular). Si esos intentos están bien planificados y aplicados, el tratamiento beneficiará al comunicante, ya que será adoctrinado evangelizado, instruido, consolado, etc. pues dicho tratamiento se usa en el Mundo Invisible para encarnados sufridores y desequilibrados, con muy buenos resultados. Pero si el instructor encarnado le confunde con un obsesor desencarnado y procura convencerlo con argumentos que no se ajusten al caso, confundirá al comunicante que se retirará disgustado y desorientado.

Así pues, para evitar ese contratiempo, conviene que los dirigentes de las sesiones conozcan el terreno en el que actúan, que dispongan de médiums bastante seguros para transmitir las instrucciones de los mentores, indicando los intentos que se harán. Las sesiones de estudio doctrinario serán de gran utilidad en tales casos, si el paciente estuviera en condiciones de asistir a ellas.

2. Un suicida podrá renacer con un deplorable estado mental (físico-psíquico) cuyos trastornos aumentarán a medida que el periespíritu vaya dominando el cuerpo, o en ocasiones se producirá esto desde el nacimiento. Un disparo en el corazón acarreará una enfermedad prenatal de ese órgano. El atropello por un tren producirá un entorpecimiento vibratorio del periespíritu, dado el violento traumatismo provocado y de aquí una disposición en el cuerpo físico para el entorpecimiento de los músculos, nervios, médula espinal y glándulas cerebrales en la encarnación siguiente y, por ello, una tendencia quizás irremediable para la parálisis, la demencia, el retraso mental, etc. Un tiro en el oído provocará disposición para la sordera, cáncer o anomalías cerebrales, además de lo citado en el párrafo anterior y una posible ceguera, pues el cerebro fue afectado por el suicidio, el cerebro periespiritual se resintió de dichos efectos a través del sistema de vibraciones electromagnéticas. El envenenamiento conllevará enfermedades del aparato digestivo, alteraciones del sistema circulatorio, dispepsias nerviosas, etc.

Y todas esas causas psíquicas, alterando los centros nerviosos y el sistema de sensaciones existente en el cerebro, se ramifican, a través del sistema nervioso, por el cuerpo y van a afectar al órgano correspondiente al que, en el periespíritu fue señalado por el suicidio anterior. No olvidemos aquellos que se matan arrojándose de grandes alturas: esos podrán renacer predispuestos a la locura e, invariablemente, serán nerviosos, inquietos, tendrán ataques y serán considerados como epilépticos, cuando sus convulsiones y manifestaciones solo son vínculos mentales que reviven sensaciones pasadas con ocasión de una contrariedad o cualquier otro choque emocional. Así tenemos nuevas enfermedades mentales vinculadas a problemas espirituales, pues todo eso, alterando extraordinariamente el sistema nervioso, estableció una red de complejos que afectará al buen funcionamiento mental, ya que es el periespíritu enfermo el que dirige un sistema nervioso que se volvió igualmente enfermo. Muchos de tales pacientes podría decirse que son obsesionados. Pero en verdad no lo son sino por los propios trastornos de conciencia y emocionales que arrastran de una existencia a otra. Y necesitarán tanto de un hábil psiquiatra como de la asistencia del mundo

espiritual y de la reeducación moral proporcionada por el Evangelio.

3. El periespíritu, amigos míos es un cuerpo vivo capaz no solo de enfermarse si la mente enferma, sino de reflejar también los estados de conciencia deplorables o sublimes, y los estados de conciencia muy graves podrán ocasionar enfermedades mentales en un ser encarnado y estamos convencidos que dicho estado se refleja incluso en su aspecto exterior.
4. Todos esos casos, influyendo en el sistema nervioso que es el vehículo natural del periespíritu en el encarnado, afectarán muchas veces al cerebro. Por eso los sistemas glandulares del complejo cerebral humano pueden ser alcanzados. Los ataques, convulsiones, epilepsia, hipocondría, neurastenia y depresiones son de origen espiritual y a menudo son casos también basados en la obsesión, en la sugestión hipnótica obsesiva (la sugestión hipnótica solo es una obsesión temporal, cuando no sea positiva), etc. El tratamiento psíquico en tales casos será muy útil aunque no exima del tratamiento físico.
5. Viciando la mente con pensamientos inferiores de cualquier naturaleza, una persona estará sujeta al desequilibrio total y, posiblemente, provocará el asedio obsesivo de los afines desencarnados, porque el obsesionado lo es por sí mismo o por otros, porque lo desea. La curación en esos casos, más que de los demás dependerá de ellos mismos, es decir de su renovación moral y mental, de la práctica del bien, de la reeducación total que se impongan, siendo tales casos muy difíciles de ser tratados. No perdamos de vista que el cuerpo humano es solo un aparato delicado, cuyas baterías y sistemas conductores de vida son dirigidos por las fuerzas del periespíritu, y este a su vez comandado por la voluntad, es decir por la conciencia, la mente.
6. Añadiremos que existen, en los sanatorios para alienados, enfermos considerados incurables y que son recuperables en realidad. La psiquiatría diagnosticó el mal de acuerdo con los estudios de la ciencia oficial, que solamente observó los efectos del mal sin tener en cuenta la verdadera causa, que es psíquica. El supuesto enfermo incurable se conservará así porque sus fuerzas mediúnicas se encuentran todavía en germen, esas fuerzas o agentes transmisores son: electricidad, magnetismo y fluido

vital, las mismas propiedades que son propias del periespíritu que también es una fuerza. Para que el efecto mediúmnico se produzca, sobre todo el normal, implicando vibraciones capaces de combinarse con las vibraciones de lo Invisible, es necesario que esas propiedades vibren armoniosamente entre sí y con el sistema nervioso del propio médium lo que no siempre sucede. De ahí la razón por la que Allan Kardec dijo que la mediumnidad es una facultad espontánea que no debe de ser provocada sino aceptada cuando se presente naturalmente, sin insistir en su desarrollo.

La facultad mediúmnica no alcanza el nivel necesario, la posibilidad del desarrollo normal en un año ni en diez, sino a través de etapas reencarnatorias. Puede suceder que la fuerza trinitaria (electricidad, magnetismo y fluido vital) de que está revestida el periespíritu, sede de la mediumnidad, no produzca todavía la armonía del producto vibratorio, que es el diapasón normal necesario para el hecho transmisor mediúmnico. Por ejemplo un fluido vital excesivo para un nivel delicado de magnetismo, esencia trascendente, no permitirá el diapasón armonioso de vibraciones exigido para el equilibrio de la facultad. Puede suceder que el grado de electricidad existente en el periespíritu sea una fuerza excesiva, que la función mediúmnica excitará todavía más, alcanzando las glándulas cerebrales y haciéndolas enfermar. Siendo así si el periespíritu todavía no posee el necesario equilibrio de fuerzas para el fenómeno de la transmisión mediúmnica, solo será un aparato defectuoso que tenderá a perfeccionarse con el tiempo para las funciones normales, de las cuales la mediumnidad es de las más importantes.

Si, en ese estado se dan contactos magnéticos de un agente exterior (el espíritu comunicante) fenómeno que se podrá producir fuera de la Doctrina Espírita, se presentarán dificultades inmensas, ya que las glándulas cerebrales mal accionadas por aquella fuerza trinitaria, no soportarán los choques que se deriven de la citada comunicación, el cerebro sufrirá importantes conmociones y un tipo de demencia, pacífica o violenta, desafiando la curación a través de la medicina pero un tratamiento psíquico, sabio, consciente, a través del magnetismo espiritual podrá remediar. Esa facultad no será desarrollada ni dará frutos,

el paciente estará siempre como atacado por causas mórbidas indefinibles, ya que todavía no existe su posibilidad, pues sabemos que el propio hombre todavía no alcanzó la plenitud que la creación exige de él, es un ser todavía inacabado, en elaboración, que solo estará plenamente creado cuando sus facultades generales se equilibren en funciones coordinadas. Y no debemos ver en tales casos la expiación ni el rescate, se trata solo de evolución, teniendo en cuenta que la evolución de cualquier naturaleza no se hará sin grandes choques y conmociones. Esto lo vemos en el propio planeta, que penosamente viene evolucionando entre choques milenarios, lo mismo que el hombre. También la mediumnidad en elaboración, podrá producir “enfermedad mental vinculada a problemas espirituales”, sin que tales disturbios sean normales u obligatorios en la evolución de cada uno.

7. No todos los casos de complejos psíquicos proceden de la llamada “expiación” o del “rescate”. La criatura encarnada está sujeta también a accidentes diversos durante su viaje por la Tierra, en un planeta donde proliferan fuerzas heterogéneas. Muchos casos deplorables que asaltan a los hombres encarnados podrán ser consecuencia de sus errores del presente o estarán unidos al plan de evolución, que impulsa a la humanidad al progreso natural, razón por la cual no existe injusticia ni aberración en tales casos, si no el cumplimiento de una ley auxilio de la naturaleza al paciente. No podemos además olvidar que el hombre vive en un planeta inferior y que muchos contratiempos y trastornos que sufren son el resultado del estado del Planeta y de él mismo, que evoluciona con el. El asunto es tan complejo que podría ser infinito y no podemos explicarlo con breves palabras.

La variedad y tipos de obsesión son impresionantes a los ojos de un buen observador. Afirman los instructores espirituales que las más peligrosas y difíciles de curar son aquellas que, de manera oculta, solapan la voluntad del obsesionado a través de una sugestión continua, ininterrumpida, ejercida sobre todo durante el sueño del paciente, transformándose en una hipnosis maléfica. Además son ignoradas por todos ya que no muestran perturbaciones mentales en el individuo

atacado. Sometido de esta forma a la acción oculta del obsesor, el obsesionado dará la impresión de ser una persona normal, pero en verdad es como un autómatas que cometerá crimen o suicidio, si así se le ordena. Esa obsesión es de muy difícil cura, indican los mentores, porque cuenta con la complicidad del obsesionado que se complace en la práctica de los errores a que le induce el obsesor. Veamos lo que nos aclara Bezerra de Menezes en su libro *Dramas de la obsesión*, concedido a nosotros a través de la psicografía.

–“Podrá decir el lector recordando que siendo así, nadie tendrá responsabilidad sobre los errores que cometa bajo tales influencias. Añadiremos que la responsabilidad también es del propio obsesionado, ya que no hubo una verdadera alteración mental así como también ningún hombre o mujer será jamás influenciado u obsesionado por entidades de esa categoría si no les ofrece a estas un campo mental propicio a la penetración del mal, pues la obsesión de cualquier naturaleza, solo supone dos fuerzas simpáticas que chocan y se unen en una permuta de afinidades”.

Durante nuestro largo ejercicio de trabajo y observaciones espíritas, nos hemos encontrado con obsesiones violentas fácilmente curables y otras aparentemente pacíficas absolutamente incurables, a la vez que otras, semejantes a asedios o acciones implicaban más un fenómeno mediúmnico que de obsesión, como la manifestación de espíritus en un médium moralmente incapaz de asumir su compromiso de mediador entre lo Invisible y la Tierra, y que necesitaba más de una renovación personal y de la iniciación doctrinaria que de desarrollar la facultad que tenía, la que haría de él sin su renovación personal, un eterno juguete de las fuerzas inferiores del mundo invisible. Es sabido que no siempre conviene al médium y al propio criterio de la Doctrina Espírita desarrollar una facultad mediúmnica que aflora por los canales de la obsesión sin que exista un tratamiento previo del médium que será moral, mental y físico y paralelo a la preparación por el estudio y la meditación. El buen desarrollo mediúmnico que solidifica la facultad evitando crisis obsesivas variadas, no implica solamente la frecuencia a ciertas sesiones, sino principalmente, la cultura moral interior del pretendiente al intercambio con lo invisible, el cultivo de las buenas cualidades del carácter, el estudio la meditación, la práctica del bien, el método y la organización de los trabajos espíritas y de la propia acción en la vida diaria, la oración, la lectura

edificante que corrige vicios mentales, el amor generalizado irradiado para manifestaciones superiores, en suma una renovación de valores que nunca podrá ser rápida pero sí constante en los propósitos de progreso. Todo eso lentamente perfecciona, abrillanta y solidifica la facultad mediúmnica, evitando posibilidades de desvío para el campo de la obsesión.

Hay obsesiones sorprendentes, como la siguiente, cuya naturaleza da mucho que pensar, pues diariamente podremos encontrar, casos idénticos, desconociendo que se trata de una obsesión.

La presenciamos en 1930, en el antiguo “Centro Espírita de Lavras” sirviendo nosotros mismos de intérprete de Bezerra de Menezes para el servicio de curación. En todos los procesos de curas de obsesión será de utilidad que un médium bastante desarrollado y fiel a elevado mandato, sea el portavoz de las instrucciones de los guías espirituales, lo que quiere decir que no nos debemos arrojar por ese difícil camino si en el grupo no existe un médium de ese tipo.

—Un joven de doce años, único hijo varón del dueño de una modesta finca de los alrededores de la ciudad (Lavras), cuyo nombre era José Teodoro Vieira ¹¹, tenía una especie de parálisis infantil desde los dos años de edad, que le deformó terriblemente las piernas, dejándolas torcidas, unidas por las rodillas, los brazos también estaban arqueados y tiesos e incluso su semblante presentaba rasgos de atontamiento y como si estuviera hinchado por un esfuerzo desconocido. Además de eso, era también mudo.

Al entrar en el centro, acompañado por su padre, los dos videntes allí presentes y yo misma percibimos una forma oscura y compacta cabalgando al chico como si fuera un caballo, ya que hasta las riendas y el freno de la boca existían en la misma sombra oscura. El enfermo tenía la espalda doblada, como sometándose al yugo de su caballero, se quejaba de dolores musculares, lumbares, de oído y de garganta y

¹¹ Los nombres propios que citamos aquí son ficticios o están cambiados para fines literarios. Los nombres verdaderos no deberán ser revelados al público, porque la ley de Fraternidad, que el Espiritismo acata, lo prohíbe, a no ser que exista un consentimiento especial de las personas citadas, para que sus nombres sean declarados íntegramente, lo que no me fue posible obtener para el presente caso (nota de la autora).

todo indicaba que tenía una especie de reumatismo incurable o parálisis parcial sifilítica de orden crónico, pues los médicos consultados habían agotado los recursos científicos para curarle; el pobre padre se había gastado casi todo su patrimonio para el tratamiento, pero el mal permanecía, desafiando al tiempo y a todos los intentos. Se trataba de una obsesión típica como las citadas en el Evangelio, que tenían hasta el poder de volver sordo y mudo al paciente y que Jesús y sus apóstoles curaban con tanta facilidad mediante la imposición de manos. Durante los diez años de dominio, esa terrible obsesión había afectado músculos y nervios, glándulas y el sistema nervioso, lo que había desorientado a los médicos que, tratando al enfermo con los métodos científicos no lograban siquiera un pequeño alivio.

Yo era entonces la médium responsable para el intercambio espiritual del “Puesto mediúmnico” de “Asistencia a los necesitados” del Centro arriba citado, verdadero templo de amor y ciencia trascendente. Ya en esa época el espíritu de Bezerra de Menezes me honraba con su asistencia para todos los trabajos mediúmnicos por lo que le hice inmediatamente la consulta necesaria, a lo que respondió:

–“Haced las peticiones para el enfermo en vuestras sesiones normales. Que se someta a un tratamiento de pases diarios en el propio centro por tres o más médiums y que asista a las reuniones que pueda. El caso es sencillo...”

Nos dio una receta homeopática que se le proporcionó gratuitamente por parte de la “Asistencia a los necesitados”. Después de la primera sesión y cuando el paciente solo había recibido pases, se presentó un antiguo esclavo africano, de Brasil, revelándose contra la violencia que estábamos cometiendo, retirándole a la fuerza del dorso de su “corcel”.

–“¿Porqué no puedo también castigarle? Él me castigó mucho –decía– él fue mi amo y me sometió mientras estaba vivo... Ahora me toca a mí someterle con mi látigo y mis espuelas... ¿No era yo el burro de carga que él azotaba? Pues ahora el burro es él y la carga soy yo... No les voy a dar mi montura...”

–¿Pero no te das cuenta que este chico solo tiene doce años y no puede ser tu amo cuando la esclavitud ha sido abolida hace tantos años?... –expresó el presidente de la mesa inteligentemente, intentando un esclarecimiento doctrinario.

–“Ya ya... –dijo la entidad– yo se bien lo que digo y quien es él, mi burro... Es el niño Teodoro Vieira, sí, no me engaño no... Yo nunca le perdí de vista...”

Ese obsesor fue retirado fácilmente y encaminado a las estancias de lo Invisible convenientes a su estado, quizás a una reencarnación inmediata, y siguiendo el tratamiento recomendado el chico enfermo se curó totalmente en treinta días.

Hablando con el padre del joven supe que el “niño Teodoro” había sido el bisabuelo del propio enfermo que poseía algunos esclavos, siendo un pequeño hacendado de la zona rural de la vieja ciudad. Por la ley de reencarnación los acontecimientos nos hacen deducir que el joven José Teodoro Vieira era la reencarnación de su bisabuelo. Ahora, en la cuarta generación de su propia familia padecía la venganza de un esclavo que no había sido capaz de perdonar los males recibidos y, no creyendo en la justicia de Dios, la hacía por su mano. Me acuerdo todavía de la última receta dada por Bezerra de Menezes al joven obsesionado: belladona y china de quinta dinamización y seis frascos de un antiguo reconstituyente muy usado en esa época.

Asombrado, el padre del chico y toda la familia se hicieron espíritas, deseando instruirse en el tema, mientras que el hijo, que era mudo, hablando normalmente explicaba con una sonrisa:

–“Yo sabía hablar, si, pero la voz no me salía porque *algo raro* apretaba mi lengua y presionaba mi garganta”.

Ese *algo raro* sería con certeza *el freno* forjado con fuerzas maléficas invisibles...

En el antiguo “Centro Espírita de Lavras” tuve ocasión de presenciar los casos de obsesión más extraños y sensacionales. Podríamos decir que aquel núcleo era especializado en tales casos, dado su aspecto de “Santuario” donde las repercusiones mundanas no encontraban eco. El lector se acordará del libro *Dramas de la Obsesión*, cuyos personajes principales fueron auxiliados allí. Algunos de aquellos casos parecían grotescos, humorísticos, otros dramáticos, incurables, que los guías espirituales nos indicaban inmediatamente recomendando oraciones y pases que beneficiarían a los infelices perseguidos y a sus perseguidores. Haría falta un libro para los numerosos casos que

presenció allí y en otros lugares, en los que intervine como médium o consejera. De todas formas citaré algunos en estas páginas confiando sean provechosas.

En la misma ocasión en que ocurrió el caso antecedente, un joven de dieciocho años, natural de la zona rural de aquella tradicional ciudad de Minas Gerais fue llevado al Centro Espírita por su hermano mayor, que deseaba curarle de las travesuras que venía practicando. El joven a quien llamaban Juanito saltó inmediatamente hacia las sillas vacías del salón, haciendo equilibrios en el respaldo de las mismas, que eran muy frágiles por ser de paja y no habían soportado el peso sin romperse de no ser por el fenómeno de levitación, espontáneo y asombroso. El joven iba y venía por los respaldos de las sillas como un equilibrista de circo, luego hacía mímicas y piruetas serpenteando en el suelo o caminando sobre las manos y saltando graciosamente cuando en su estado normal era un campesino modesto y tímido. Para su cura no fue necesaria ninguna sesión práctica. Se apartó a la entidad intruso mediante los pases, aplicando una poderosa corriente magnética entre cuatro médiums y al comunicarse a través de la médium de incorporación, se identificó como un pobre equilibrista de circo, al que le había caído simpático el chico y le estaba enseñando su arte, para que pudiese vivir mejor que como un labrador. El paciente fue igualmente curado con mucha facilidad, ya que no se trataba de una obsesión odiosa y sí de una fuerte acción amistosa de lo Invisible en un admirable médium de efectos físicos.

Una vez liberado de su amable “profesor”, el chico declaró que asistía a todo lo que practicaba, pero no podía evitarlo. Tenía vergüenza de lo que hacía y miedo de los impulsos que le obligaban a tales piruetas y se agotaba mucho, sintiéndose falto de fuerzas. No se trataba, por tanto, de un desarrollo mediúmnico según dijeron los mentores. El paciente no se interesaba por el Espiritismo, sentía terror por lo que ocurría y creía estar poseído por un demonio, no poseyendo condiciones morales para el cultivo de su prodigiosa fuerza psíquica. Abrir las compuertas de la mediúmnidad en semejante persona, sería exponerle a las hordas obsesoras y quizás a los aprovechados terrestres, que podrían explotar su don. Se recomendaron pases apaciguadores y la fuerza mediúmnica se quedó tranquila hasta nueva orden...

Una noche, en el amplio salón del Centro vimos un nuevo y edificante fenómeno de levitación que ocurrió con otro obsesionado, espontáneo como el primero, sin necesidad de provocarlo:

–Una persona natural de la ciudad de Formiga en Minas Gerais, el señor Joaquín V., era un pequeño hacendado y vivía plácidamente en su finca. Es extraño constatar como los obsesores tenían preferencia por las personas del campo, pues en aquella época eran numerosos los casos que afectaban a hombres y mujeres de las zonas rurales. Aquella persona sin embargo sabiéndose presa de los “malos espíritus”, recurrió al Centro Espírita de Lavras para solucionar su angustioso problema. En la reunión, creo que el obsesor más bromista y holgazán que propiamente malo, quiso mostrar sus habilidades, creyendo que infundía admiración y respeto a los presentes. Al llegar al salón el señor Joaquín V., subió por la pared, dio tres o cuatro pasos en la misma, por encima del nivel del suelo y repitió la proeza varias veces, quedándose cada una de ellas en sentido horizontal y riéndose a carcajadas.

Invitado a descender y a no repetir la hazaña, bajo la concentración de las personas presentes hizo caso encaminándose voluntariamente para el “Puesto mediúmnico” pareciendo estar previamente informado de que debía ir allí, como si estuviera conducido por los mentores. A través del médium J. P. se identificó como el “chico de la portera”, compañero del “enfermo” que quería ser recordado por él porque se sentía olvidado por el viejo amigo. Y declaró conscientemente:

–No, no quiero hacer ningún mal a mi amigo, pues me cae muy bien y por eso estoy aquí. Pero hace tanto tiempo que yo morí y el nunca me dirigió una oración ni una misa, ni un responso, y eso me dolió... Así que hago esto para que se acuerde de mí...

Encantada con el contenido de la comunicación, le pregunté:

–¿Y como haces para conseguir que tu amigo suba por la pared?

–Mira... él es flaco, y a mi me gusta jugar. Le tomo por el brazo y digo: –¡Vamos a jugar un poco amigo mío! Y el viene conmigo. Eso me divierte...

Después volviéndose para el amigo que, más tranquilo miraba al médium con ojos asustados dijo:

–Manda celebrar una misa para mí amigo, no seas rácano... Yo se que tu tienes dinero...

Era evidente que el bromista conservaba la creencia católica romana en el Más Allá, pues exigía una misa como protección en el nuevo estado en que se encontraba, y no sabía explicar en absoluto como actuaba para conseguir la proeza de su amigo, subiendo por las paredes.

Pero lo cierto era que él producía un fenómeno de levitación idéntico a los de “suspensión de lo más pesado que el aire”, como los realizados con mesas y sillones pesados: envolvía al amigo en sus propias fuerzas fluidicas y le mantenía equilibrado en el aire por breves instantes. Quizá fuera dirigido por otras entidades más expertas, interesadas en despertar nuestra atención y obligarnos a un estudio más profundo del Espiritismo.

–En el mundo espiritual donde vives ahora, ¿nadie te advirtió que no deberías atormentar así a tu amigo? –le interrogué, buscando información doctrinaria. Y él respondió, con la misma naturalidad:

–¿Qué mundo?... Yo vivo en el mismo sitio, donde él. Acostumbro a pasar los días aquí y allá, paseando... No fui para ningún otro mundo, no y hasta me dan miedo esas cosas... Por eso quiero la misa y los rezos de mis amigos...

No se si el señor Joaquín V. atendió a la petición del viejo amigo del Más Allá, lo que se es que, una vez curado ingresó en el espiritismo y regresó a su tierra natal para estudiar la admirable Doctrina de los Espíritus. En cuanto al amable amigo, “chico de la portera” recibió las oraciones sinceras del “Centro espírita de Lavras” durante mucho tiempo. Y el médium J. P. en la primera comunicación de aquella entidad, oyó estas expresiones del señor Joaquín V., que todos interpretamos como una testificación de la identidad del comunicante:

“¡Ni la muerte puede con el amigo Chico! Él fue siempre así gracioso y bromista. Dios lo tenga en su Gloria...”.

Esta fue la primera oración dedicada al amigo, que no le había olvidado después de la muerte...

También tuvimos obsesiones violentas en ese mismo Centro, que llevarían uno o dos años para ser resueltas, exigiendo de nosotros una dedicación sin límites. Igualmente se dieron otras incurables, que pesaban en nuestro corazón por ver por una parte al obsesionado sufrir su propio infierno en situaciones de tortura, que el propio genio de

Dante Alighieri no concebiría y por otra la falta de clemencia del obsesor que no se decidía a la renovación de sí mismo para una doble victoria, la suya y la de su víctima, que el Cielo contemplaría con júbilo.

Muchas veces, sin embargo, alcanzábamos la victoria sobre el obsesor. Pero el obsesionado, una vez liberado del verdugo, se sumergía de nuevo en la indiferencia o en las bajas pasiones, despreocupándose de su propia redención a la luz del Evangelio, y era nuevamente atraído por las fuerzas inferiores por afinarse con ella. Era pues un obsesionado porque quería serlo. Como se puede ver, en tales casos no existían persecuciones procedentes de viejos odios del pasado, sino incumplimiento del deber ante la ley Divina, pues el obsesionado, poseyendo fuerzas mediúmnicas destacadas, atraía hacia sí mismo compañías perjudiciales del mundo invisible a través de su mal proceder diario. En estos casos no habrá posibilidad de curación por que esta depende de la reforma de la persona.

Citaremos ahora dos ejemplos, recogidos de nuestra labor mediúmnica. Fueron los más penosos e ilustrarán suficientemente el calvario del médium en su odisea de intermediario entre las fuerzas de dos mundos.

—La joven Marta G. R. se casó por amor con su primo P. S. R. Quince días después del matrimonio la esposa se sintió mal, diciendo que una sombra masculina se aproximaba a ella en la noche, en el sueño y la ataba fuertemente con cuerdas de los hombros a los tobillos. Se impresionó mucho con esos sueños y empezó a vivir asediada por angustias y miedos. Si la familia de Marta la hubiera encaminado a un Centro Espírita a los primeros síntomas, quizás se hubiera podido remediar a tiempo, pero en lugar de eso le llevaron al médico. El mal progresó rápidamente, a pesar del tratamiento, tanto que al poco tiempo se veía enteramente atada por cuerdas y pasó a vivir rígida, con los brazos pegados al cuerpo, endurecidos, impedida de movimientos. Se sentaba y caminaba con dificultad como si realmente tuviese estas ataduras. Su alimentación requería ayuda externa, como un bebé, hasta su higiene personal tenía que realizarse con la ayuda de otras personas. Por fin, la joven dejó de hablar y enmudeció. Entonces la llevaron al Centro Espírita de Lavras desde su ciudad que estaba en las orillas del Río Grande.

Como podemos ver se trataba de una obsesión a través de la sugestión o hipnosis durante el sueño, del tipo más grave que conocemos. La obsesionada se entregaba sin reacción, ya que le era muy difícil luchar contra una fuerza maléfica de tal naturaleza.

Consultados los mentores nos dijeron que el mal era incurable una obsesión por venganza de ofensas pasadas y celos pasionales y que la paciente moriría al dar a luz, pues estaba en los primeros meses de su embarazo.

A pesar de eso no la abandonamos, la asistimos con un tratamiento de pases constantes e instrucción evangélica, perseverando en súplicas por el obsesor.

Marta era huérfana de madre y bien pronto su marido se cansó de vivir junto a una esposa inútil, desinteresándose de ella y su enfermedad. Le quedaba su padre, compasivo y amoroso aunque la situación era insostenible y la enferma fue internada en una Casa de Salud Espírita, donde recibió tratamiento médico y espírita adecuado, pero en vano.

El obsesor jamás nos dijo la razón de tan odiosa actuación. Se limitaba a declarar que la joven le pertenecía, que era su esposa y la de ningún otro.

Asistía a las sesiones, se apoderaba del médium y era visto nítidamente por los médiums videntes que lo describieron como un hombre joven trajeado elegantemente al estilo de inicios del siglo pasado, y sus facciones duras demostraban gran odio. No se le pudo convencer para dirigirnos la palabra y sugestionaba a la enferma para que enmudeciese y no dijera nada respecto al caso. La paciente murió al poco tiempo.

No había condiciones físicas para el nacimiento de la criatura, y al enmudecer no fue posible saber lo que sentía, impidiendo así la cesárea.

Respetuosos del terrible pasado espiritual de Marta, los mentores no nos dieron las explicaciones que queríamos oír. Además solamente acostumbran a relatar los grandes dramas en novelas o cuentos moralizantes. Pero como el médium posee poderes vibratorios capaces de captar las noticias que se desprenden del aura de los espíritus que se comunican con ellos, y como no le fue ordenado que guardase secreto

en este caso, ya que la humanidad precisa conocer esas verdades para meditar sobre ellas, descubrimos que el móvil de la terrible posesión había sido el adulterio femenino practicado en la pasada existencia que el esposo ultrajado y celoso no había sabido perdonar, interpretando también como adulterio el actual matrimonio de Marta. Por su parte, ella había prometido fidelidad al antiguo esposo durante la estancia de ambos en la vida espiritual, antes de la actual encarnación, intentando librarse de su persecución. Al no cumplir su palabra en la actual encarnación, durante el sueño, su conciencia abrumada de culpa se entregó al castigo sin intentar reaccionar. En cuanto al bebé que sufrió reflejos vibratorios debía estar también complicado en el drama del pasado, según podemos deducir al compararlo con otros casos descritos en obras mediúmnicas. Sin embargo jamás tuvimos más información al respecto de este caso.

Se preguntará el lector: ¿Cómo estos casos pueden suceder dentro de las leyes superiores del Amor, establecidas por el Ser Supremo?

La respuesta es simple y concisa: esto será consecuencia de infracciones a las mismas leyes, efectos lamentables de causas lamentables, frutos del libre albedrío mal orientado de cada uno.

Pasemos al segundo caso donde contemplamos los resultados de los malos actos practicados por nosotros.

El reverendo padre J. era un joven de treinta y dos años, culto, profesor de latín y portugués, orador elocuente que arrebatava a sus fieles con sus bellos sermones filosóficos y religiosos y era muy estimado por sus amigos y alumnos. Una mañana en la pequeña ciudad del sur de cuya parroquia era vicario y cuando celebraba la misa, abandonó de repente el altar y muy agitado se fue a su casa, próxima a la Iglesia y se encaminó al huerto empuñando una azada, poniéndose a cavar en la tierra como un poseso. Su madre, muy extrañada al ver esto, ya que J. seguía con las vestiduras de oficiar la Misa, se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué haces hijo mío? ¿Por qué estás cavando?

Y él con voz ronca y emocionada, los ojos brillantes y el rostro arrebatado, le respondió lacónicamente:

—Aquí hay un tesoro enterrado, necesito encontrarlo...

Unos días más tarde hubo que internarlo en un hospital psiquiátrico, ya que su excitación aumentaba cuando no podía cavar el suelo. No seguí el tratamiento médico del enfermo, ya que eso pasó durante mi juventud y lejos estaba entonces de sospechar que algún día lo escribiría en un libro.

No me interesé pues por los acontecimientos, solo relativamente y por eso nunca supe el diagnóstico realizado por los psiquiatras de hospital. Pero es evidente que aquí existía la llamada “fijación” algo muy grave para la psiquiatría, se, que el joven sacerdote estuvo hospitalizado durante catorce años sin mejorar, falleciendo en el hospital. Algunos padres de sus alumnos que eran espíritas, intentaron caritativamente hacer algo a favor del amigo. Diez Centros Espíritas se interesaron por el caso, entre ellos el Gremio Espírita de Beneficencia de Barra do Piraí y el Centro Espírita de Lavras donde yo practicaba la mediumnidad, y en todos ellos los mentores desahucieron al enfermo, diciendo que estaba alcanzado por partida doble, física y espiritualmente, una terrible expiación cuyo estado se encontraba por encima de nuestras posibilidades de análisis, añadiendo:

–“La obsesión tiene vericuetos y complejos que el hombre difícilmente puede comprender. La propia evolución general del paciente está incluida en ella. Su propia mente se enmaraña y se acomoda a ella, sufriendo reflejos incurables en una sola existencia, a manera de intoxicación letal, incluso cuando el obsesor se ha retirado. Acostumbra a desplazarse al estado espiritual, llevando hasta siglos a veces hasta ser completamente disuelta. Orad por ambos él y el obsesor y sabed que, al reencarnar el enfermo arrastraba consigo la obsesión que solamente ahora se ha revelado ostensiblemente, cuando sus vibraciones se han encontrado totalmente poseídas por las del obsesor”.

Mientras, el perseguidor se presentaba en todos los núcleos espíritas que se dedicaban al caso. Pero no decía nada, se incorporaba al médium, oía lo que le decían y callaba. Eso es muy característico de los obsesores más intransigentes, los que hablan mucho, amenazan o insultan, lloran y se lamentan, no son los peores sino fanfarrones, comediantes que proceden así pensando atemorizar o conmover para engañar mejor. Es una característica de la desesperación en que se encuentra. Pero no así los que callan, estos están seguros de lo que hacen, vienen para de una manera cínica y poco piadosa ostentar sus

fuerzas en una provocación, son orgullosos e intransigentes en el odio que demuestran hasta el sacrilegio antes las leyes de Dios.

No se conmueven ni se hacen amigos de los que intentan convertirlos, y a veces son arrastrados, como castigo, para las inmediaciones de mundos inferiores donde se quedan para su propia instrucción, en un supremo intento de rehabilitación, regresando después a la tierra para nuevos intentos de progreso. Los médiums videntes distinguían fácilmente a aquel obsesor y estaban de acuerdo en su descripción, existiendo un intercambio de cartas entre los componentes de los núcleos espíritas que trabajaban en el caso, para una mejor coordinación. Se trataba de un espíritu con la apariencia de un hombre de tez oscura, con un pequeño bigote y sombrero de paja grande, como los campesinos, ropas modestas, oscuras y dejaba translucir el placer que sentía en mostrar a los médiums los dos brazos con las manos mutiladas. Nada conmovía a esta infeliz entidad, cuyo endurecimiento era penoso para cuantos se interesaron por ella. No obstante, jamás perjudicó a ninguno de nosotros. Después de comparecer en varias sesiones en todos aquellos núcleos de trabajo espíritas, se despidió afirmando que nunca más volvería y diciendo lo siguiente:

—“Sois unos necios y os desprecio ¿no entendéis todavía que el padre J. es el más feliz de los mortales? El tiene ahora lo que siempre ambicionó desde los tiempos pasados. Le hago creer que vive en cavernas de oro, diamantes, de rubíes, de esmeraldas, y que todo le pertenece como si fuese un califa de *Las mil y una noches* y le obligo a cavar el suelo para descubrir más cuevas... ¿No nos obligaba él en otro tiempo a trabajos forzados para adquirir oro, siempre oro? Ahora él es mío, me pertenece como antes yo le pertencí, le compré con mi vida, que fue despedazada por él... tengo poderes sobre él y haré de él lo que quiera... ¿Veis estos brazos sin manos? Fue el quien las mandó cortar a machetazos, no odié al verdugo que me las cortó porque era esclavo como yo y tuvo que obedecer las órdenes recibidas. ¡Fui su esclavo, sí! Era la persona de confianza de la familia, y un día desapareció en la hacienda una cantidad importante de dinero. ¿Quién la habría robado? Yo, por lo menos nunca lo supe, pero él me acusó y yo era inocente. Y como no confesé, mandó cortarme las manos para no volver a robar. Desesperado de dolor y de vergüenza, me maté tirándome de un dique al agua. Pero nunca le abandoné. ¿Oísteis hablar de la Inquisición? ¡Pues eso era la Inquisición! Y él era enton-

ces, inquisidor de todos nosotros, los esclavos. He sido su sombra desde aquellos tiempos. Cuando él murió, después al encontrarme en su camino, sintió tal pavor de mi presencia que deseó volver deprisa a la Tierra y dedicarse a la religión como defensa. Pero no le sirvió de nada: ¡Yo no quiero que sea religioso, quiero que sea rico! Él quería oro, oro y oro, y por eso sacrificaba a los esclavos en los trabajos forzados o con el látigo. Pues ahí está el oro, él ahora lo tiene...”.

El director de los trabajos del Centro Espírita de Lavras le aconsejó:

—¿Por ventura no crees tu en Dios, hermano mío y no temes las consecuencias de ese odio para ti mismo cuando las leyes Divinas mandan perdonar las ofensas y amar al prójimo? ¿No tienes corazón? ¿No sabes que el padre J. era el sustento de su vieja madre y de su hermana soltera? ¿No deseas la felicidad para ti mismo, sacrificando tu deseo de venganza? ¡Perdona y olvida, por Dios te lo pido, para que tu corazón se alivie de los sufrimientos que hace tanto tiempo soportas! Mientras permanezcas aferrado a ese odio, serás desgraciado. Experimenta el perdón por el amor de Dios y verás como todo se transformará alrededor de ti...

—“Estás equivocado, no necesito ni quiero cambios en mi forma de existir, ni me siento desgraciado ¿Qué tengo yo con su madre? ¿Acaso él se compadeció de la mía, cuando la obligaba a los trabajos forzados siendo una anciana y estando exhausta? ¿Por qué le he de perdonar? Él me educó y el Dios que él me hizo conocer no es ese al que tu te refieres, es odio y crimen ¿Acaso tenía él corazón para enseñarme otra cosa, y como puedo amarle si con él solo aprendí a odiar?”.

A partir de esa fecha nunca apareció en ningún núcleo espírita.

Mientras, el infeliz obsesionado, imposibilitado de tener una azada en el hospital, cavaba el suelo con su uñas debajo de las baldosas del patio y hasta los azulejos de la celda con sus dedos sangrando y deformados, y solo se calmaba cuando le ofrecían montones de piedras, en las que suponía ver tesoros y piedras preciosas. Frecuentemente estaba desnudo o mal vestido pues destrozaba sus ropas y tomaba el alimento con la boca directamente del plato que era metálico para que no lo rompiese.

Semejante infierno, como ya dijimos, duró catorce años durante los cuales no reconoció siquiera a su propia madre ni a su único amigo, tal era la transformación que había sufrido su personalidad.

No obstante, es posible que la versión del obsesor, para disculparse, fuese falsa. Los mentores no esclarecieron este asunto y nosotros debíamos ser discretos ante su silencio. Las entidades obsesoras como la que acabamos de presentar, son normalmente hipócritas y mentirosas, dramáticas y teatrales, inventándose a veces historias terribles donde siempre figuran como víctimas. Nunca se humillan y reconocen que también se han equivocado. El experimentador prudente debe de estar siempre prevenido contra esto, no aceptándolas ciegamente. A su vez, los mentores son discretos y no siempre desvelan el doloroso pasado de los personajes –obsesores y obsesionados– sino a través de obras literarias instructivas para ejemplo de todos, y conviene no preguntarles, para no incurrir en la indisciplina, dando margen a la mistificación. Además nos dice la fraternidad que busquemos ayudar a los que sufren y a los que se equivocan a rehabilitarse sin la curiosidad de escarbar en su pasado. Este vendrá a su tiempo, en una obra espírita, como instrucción y ejemplo para nuestra propia reeducación. El obsesor del padre J. podría haber falseado la verdad al describir el pavoroso drama de su propio pasado. Pero aquel que esté informado sobre la barbarie de los tiempos de la esclavitud en Brasil –similar a la de la Inquisición– creará en la historia, que fue hecha vehementemente y con amargura en todos los Centros Espíritas que se interesaron por el caso y también es verdad que los médiums videntes observaron sus brazos con las manos cortadas.

De todo de cuanto aquí decimos podemos deducir la gran responsabilidad que pesa sobre los hombros del espírita, pues si esos deberes no son confiados por el Consolador es por que tenemos posibilidad de cumplirlos, una vez que nos dediquemos a estos delicados aspectos del quehacer transcendental pues él, el Consolador, nos proporciona las credenciales para ello. Muchas de las curaciones realizadas a través de la mediumnidad sorprenden incluso hasta los que las piden. Llegan a ignorar cuando y como se realizó la curación, hecho significativo indicando que todos somos meros instrumentos de los guías espirituales, sin que haya razón para vanagloriarnos como autores de las mismas.

En cualquier caso no es ocioso recordar una vez más las condiciones para prevenir la obsesión o para remediarla, en nosotros o en el

prójimo, ya que el trabajo es duro, requiriendo la máxima atención en sus mínimos detalles, por parte de aquellos que se dedican a tan edificante especialidad:

1. Ascendencia de médiums y adoctrinadores (directores de sesiones prácticas) sobre el obsesor y el obsesionado, lo que implica un estado de superioridad moral que atraiga la existencia de la Espiritualidad Superior.
2. Conocimiento pleno o profundo de la causa que defienden, con observación atenta de las diferentes obsesiones, ya que la obsesión desorienta en ocasiones y se debe tener la absoluta certeza de la asistencia de los guías espirituales auténticos durante la operación.
3. Valentía absoluta –la valentía de la fe– para enfrentarse al obsesor y también al obsesionado, que puede ser tan duro y rebelde como el primero, y vencerles con las armas de la fraternidad y el amor, sin acobardarse, siendo enérgico cuando sea necesario con la energía que el amor inspira y no la violencia o el orgullo.
4. Humildad ante sí mismo y ante las leyes divinas, constatando que las victorias conseguidas se deben sobre todo a Jesús, Maestro y reeducador de los hombres y de los espíritus, y no a nosotros, que nada somos sino antiguos obsesores y delincuentes, que rescatan ahora su vergonzoso pasado a través del amor y del trabajo mediante la oración, vigilancia y dedicación al compromiso firmado, esforzándose por mantener equilibrada la armonía vibratoria con los espíritus protectores de los trabajos, sin olvidar jamás que, si no lo hacemos así, el obsesor intentará atacarnos durante el sueño y será necesario tener defensas ante ello. Y recordar además que la mediumnidad es un don sagrado y una función de abnegación y sacrificio al servicio de los designios de Dios con la humanidad.
5. El ambiente donde se realicen los trabajos deberá ser resguardado de actividades que no sean los servicios doctrinarios ya que los trabajos de curaciones de obsesión requieren una pureza de vibraciones y armonías fluídicas que actúen favorablemente sobre los participantes, incluso sobre los mentores, que se apartarán de todo aquello que se desvíe de las normas instituidas por la Doctrina. Todo esto es propio de los templos de ciencia y fe a lo que no debemos ser indiferentes y asumir nuestra gran responsabilidad.

6. No conviene que el obsesionado asista a las sesiones realizadas en su beneficio durante un estado agudo de su mal, ni el obsesor deberá ser adoctrinado por intermedio suyo. Otro médium bien desarrollado y asistido espiritualmente, intervendrá con la buena voluntad de servir, recibiendo mediúmicamente al obsesor para que sea aconsejado. El obsesionado, afectado por las vibraciones dominantes del obsesor, no estará en condiciones de prestarse a una comunicación normal, es un enfermo necesitado de tratamiento, y no un médium propiamente dicho. El fenómeno de la transición del malhechor desencarnado hacia otro médium se podrá provocar si no se presenta espontáneamente, bien por orden de los mentores que orientan los trabajos o por la atracción magnética del director de los mismos, que apoyará las manos sobre el obsesionado y el médium, simultáneamente, sin que esta actitud sea siempre imprescindible.
7. Es necesario que los responsables de los trabajos oren y vigilen a cada paso, procediendo en su casa y en la sociedad como lo hacen en el Centro Espírita, es decir, de acuerdo con los requisitos que la Doctrina Espírita establece como norma moral para sus adeptos, ya que servirán de patrón y ejemplo para la enmienda de los obsesores, que prestarán atención a los hechos de su vida diaria y solo les respetarán si ven en ellos superioridad moral.
8. El obsesionado, si no intenta renovarse diariamente mediante el autodomínio o la autoeducación, progresando en moral y edificación espiritual, jamás dejará de sentirse obsesionado, incluso cuando su primitivo obsesor se regenere. Su renovación moral será la principal terapia, en los casos en que él pueda actuar.
9. Si un médium no se conduce acorde a la doctrina, o por cualquier otra circunstancia demuestre señales de dominio por un obsesor, es indispensable que suspenda cualquier labor mediúmica, ya que sus comunicaciones no inspirarán confianza y podrá también perjudicar en alto grado, dando enseñanzas para afianzar la obsesión. En ese caso deberá ser rigurosamente tratado por los compañeros y también por un médico, ya que puede ser que se encuentre agotado en sus fuerzas vitales y nerviosas, estado favorable al mal, que se propagará al aspecto físico y mental.

10. La recomendación anterior (9) se aplicará a los médium mistificados, ya que la mistificación persistente es el primer grado de obsesión. En los casos de lo que llamamos animismo (automatismo mental), será conveniente que se aparte de las sesiones prácticas y se dedique a otras actividades en el Centro, donde pueda ser útil.

La Siembra Divina es extensa y fecunda y en cualquier situación podemos servir al Bien y a la Verdad si existe un real deseo de servicio, y no solamente en el campo mediúmnico. Muchos supuestos médium atrapados en los complejos del animismo, una vez que han sido apartados o rectificadas de las pretensiones mediúmnicas, han conseguido equilibrarse en otras actividades, sirviendo realmente a la Doctrina Espírita y al prójimo. El automatismo mental o animismo es una obsesión de la propia mente que puede ocasionar consecuencias desagradables para quien la cultiva.

Acordémonos que el gran Pablo de Tarso, uno de los mayores médiums que produjo el Cristianismo antes de convertirse en el puntal del mismo se recogió en el desierto durante tres años para realizar su iniciación. Y eso mismo hicieron los demás médiums del pasado, es decir, los profetas y los grandes iniciados.

Tengamos por tanto idéntica actitud, si queremos ser obreros seguros y fieles a la Doctrina de los Espíritus, capaces de vencer los terribles complejos generadores de la obsesión.